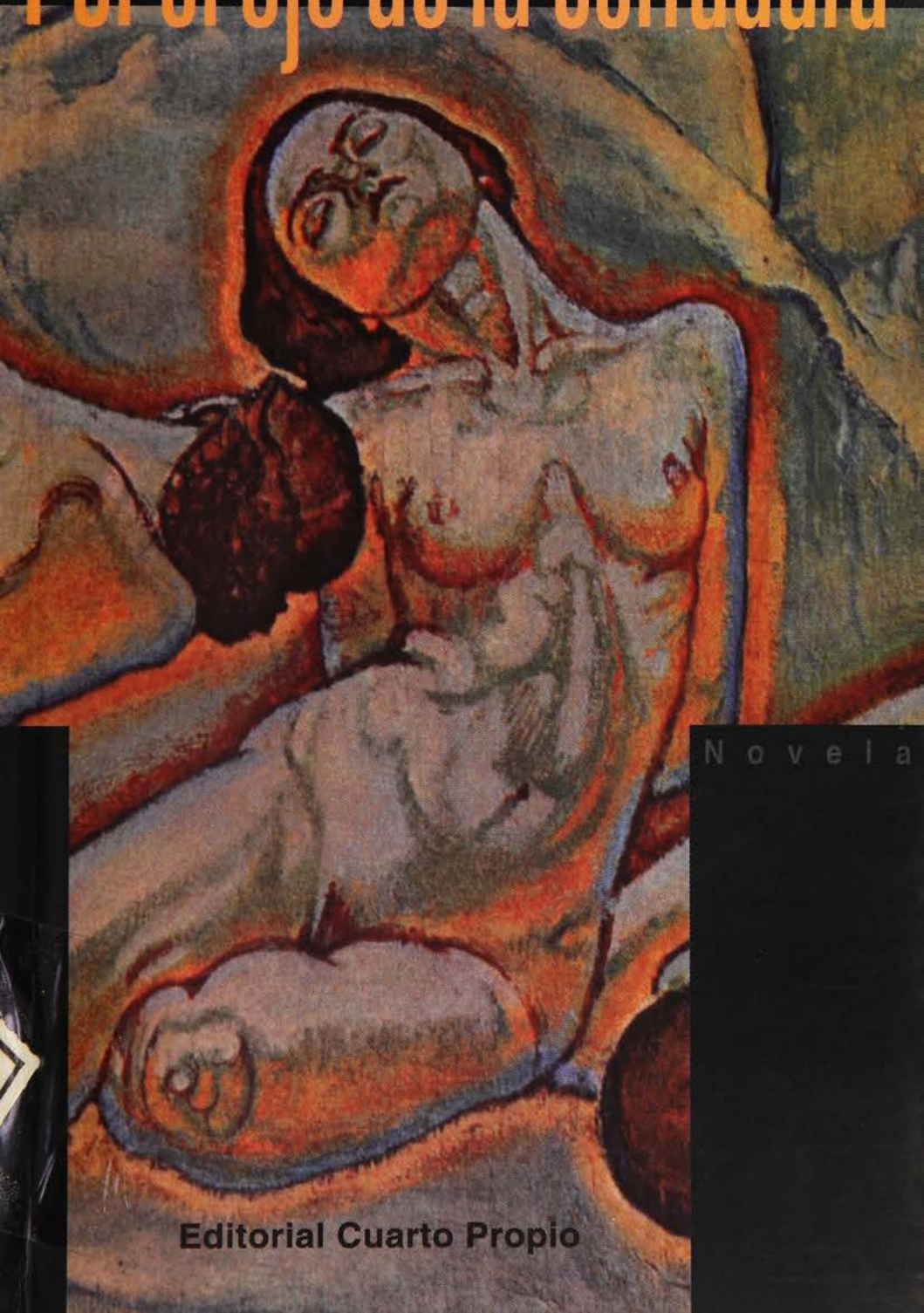


Jorge Scherman Filer

Por el ojo de la cerradura



Novela

Editorial Cuarto Propio



Fotografía: Isaac Tunekawa

Jorge Scherman Filer nació en Santiago (1955). Estudió Economía en la Universidad de Chile (1973-1979). Posteriormente, realizó un Master of Arts en Economía y estudios de Doctorado en Historia Económica en la Universidad de Toronto, Canadá (1982-1985). Dentro de su labor como economista fue autor del libro *Techo y Abrigo* (Programa de Economía del Trabajo, 1990).

Desde 1989 se ha dedicado a la literatura. En 1994 publicó la novela *Sócrates Despliega el Arcoiris* (Red Internacional del Libro). Sus minicuentos *Alter Ego* y *Gallinita Ciega* fueron publicados en *Pares Cum Paribus* (1996), revista (electrónica) de literatura y arte de la Facultad de Humanidades y Filosofía de la Universidad de Chile.

En la actualidad cursa estudios de postgrado en literatura en el Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile.

NAL DE CHILE

41-511

1

0634

Serie Narrativa

POR EL OJO DE LA CERRADURA

Jorge Scherman Filer

Por el ojo de la cerradura



EDITORIAL CUARTO PROPIO

POR EL OJO DE LA CERRADURA

© Jorge Scherman Filer
Inscripción N° 111.708
I.S.B.N. 956-260-176-5

Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia, Santiago
Fono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622
E-mail: clic@netup.cl

Foto portada: *Tres mujeres*, Koloman Moser, 1914
(Museum Moderner Kunst, Viena)
Diseño portada: Ximena Milosevic
Composición: E.M.T. S.A.
Impresión: Dolmen Ediciones

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1ª edición, diciembre de 1999

Se prohíbe la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la editorial.

A Rebeca,
por nuestro espacio cómplice

A la amistad de Marisol,
y a su apoyo en mi quehacer con la palabra

¿Quién se atreve a decirme
que debo arrepentirme
de la esperma quemante que me trajo?
Porque sangra de abajo
yo no vendo ni rajo mi pasión.

Silvio Rodríguez

Primera Parte

1

VIERA MIRÓ HACIA el carrusel de los doce apóstoles en el reloj de la Vieja Alcaldía; esperó la aparición del esqueleto que completaba el ingenioso mecanismo para señalar las horas; y calculó que era el momento de iniciar la caminata hacia la casa-correo ubicada al final de la calle Jan Neruda. Como en su primera visita se sentía acompañada por el consejo de Grisha: "lo hermoso de Praga se descubre alzando la vista".

Cogió el maletín y dando un largo rodeo disfrutó de su último día en la ciudad. Con la vista perdida en las cornisas llenas de sorpresas, le resultaba difícil concebir que ese jueves de marzo marcaría el término de sus encuentros con su hermano. La imagen de Grisha lanzándole un beso mientras se alejaba el tranvía que la llevaba al centro de la urbe renacería siempre en su mente. Viéndolo de pie en el frontis de la iglesia donde tres lustros más tarde se inmolaría el comando que dio muerte a Heydrich, recordaría sus ojos vivaces, su sombrero alón y un terno demasiado amplio para su enjuta figura.

Los adoquines repicaban duros y certeros y el aire fresco de la mañana primaveral dulcificaba su andar. Pero la calma matinal se desvaneció al llegar a la escalinata que llevaba a la catedral de San Vito, sorprendida por el ruido de un vehículo advirtiéndole que estaba metida en una trampa. La cogieron por la espalda sin darle la oportunidad de moverse ni de verle la cara a nadie, y la llevaron

vendada al segundo piso de una casa cercana al sitio de su captura. Las siguientes horas se le tornaron una pesadilla de insultos; de golpes en el rostro y los pechos; y en duros interrogatorios sobre el destino de los papeles encontrados en su maletín.

Viera se negó a hablar mientras no le aclarasen quiénes eran sus captores.

—Eso a ti no te importa —le dijo quien parecía comandar el grupo—, colabora y no te pasará nada malo.

Creyó reconocer un acento alemán tras el checo casi perfecto de aquel hombre, y decidió apoyarse en su nacionalidad rumana y en su condición de simple mensajera de los papeles que le habían entregado sus amigos acuñados en los meses transcurridos entre la subida de Kerensky y el asalto al *Palacio de Invierno*.

—Los recogí hace una semana en Kishinev. Iba a dejarlos en un escondite acordado de antemano; no sé quienes son sus destinatarios —respondió mientras se limpiaba con un pañuelo la sangre que se le escurría por la comisura de los labios.

—¿Adónde los llevabas?

—A la basura, ...tras los depósitos que están en la esquina donde me detuvieron.

—¿Y a qué hora los recogerían?

—No tengo la menor idea —repitió una y otra vez con voz lacónica.

—Sabemos que tu hermano vive aquí bajo otro nombre, ¿dónde está?, él te envió a dejarlos, ¿no es cierto?—, inquirió el mismo desconocido apretando un puño y endureciendo sus ojos oscuros y precisos.

Viera guardó silencio unos segundos, repasó mentalmente su coartada y habló con un tono ajeno e indiferente:

—Grisha está en Kiev, como siempre, ahora dedicado al ajedrez de tiempo completo.

Ya lo había decidido: éstas serían las últimas palabras que estaba dispuesta a dejar escapar de su boca.

El hombre volvió a insistir y, frustrado por la mudez de la prisionera, ordenó continuar con los golpes hasta que se desplomó sobre la silla. Viera intentó fisurarse; negar su cuerpo; desdoblarse como un faquir hasta dejar sus poros llagados y tumefactos flotando en un olvido definitivo. Con la mente hundida en una ebriedad crónica, logró deslizarse hacia la dulce placidez de una inconsciencia que la liberó del sufrimiento y de la inquina.

Despertó tendida en la cama de un sanatorio para tuberculosos. Le ardía cada músculo, el cuero cabelludo pero, más que nada, la espalda y los pechos.

—A pesar de los hematomas, sus pulmones aún respiran —le dijo amablemente una enfermera cuando preguntó qué hacía en aquel sitio—. Yo la atenderé durante el día. Mucho gusto, mi nombre es Martina.

—¿Cómo llegué a este lugar? —le preguntó con voz cortante.

—La trajo la Policía. Dijeron que la habían encontrado anteayer tirada en la calle en las afueras de la ciudad. El oficial ordenó que la atendiéramos y les informáramos cuando la demos de alta. Volverán a hablar con usted —le respondió Martina.

Dejó transcurrir el tiempo, ceder los moretones y, buscando una laguna mental hasta que la salud le permitiese retomar el rumbo, se abandonó a la somnolencia y la cotidianidad del hospital. Debía intentar saber de su hermano, regresar a Kishinev y alcanzar a despedirse de Samuel.

Temía que el cerco tendido a su alrededor permanecería más allá de su sombra mientras continuara en Praga. Si Grisha continuaba libre —o por lo menos vivo—, la búsqueda mutua se encargaría tarde o temprano de resolver la

encrucijada. Tan sólo serían necesarios ciertos ritos y dejar claves caminando por la ciudad. Confiaba en que la reconstrucción de los diálogos planeando la entrega del material le develaría la estrategia para poder regresar con alguna certeza que conformara a su madre y la salvara de su propia angustia de ignorar el destino de su hermano. Rescató la noche bebiendo cerveza negra en el *U Fleku* y hablando con Grisha sobre la porfía de Lenin ante la dirección bolchevique, insistiendo en el imperativo de lanzar la insurrección a la brevedad, del rechazo inicial de la mayoría de los asistentes a la reunión, y cómo Trotsky había apoyado al líder sin condiciones. Se había reído hasta las lágrimas cuando su hermano, recurriendo a toda su capacidad histriónica, le relataba que cuando abandonaron la sala los *goyem* del grupo, Trotsky había mirado a Zinoviev diciendo: "ahora podemos conspirar en *yiddish*".

Esa anécdota la condujo con una sonrisa al subterfugio que andaba buscando. Sólo requería de un intermediario para no comprometer al rabino. El viejo David Malamut les escondía de vez en cuando material en tumbas predeterminadas del cementerio judío, adonde pasaban a recogerlo los amigos de Grisha. El rabino se alegraba: era su contribución, decía, "para que sin proponérselo nos ayuden a llegar por fin a la tierra prometida". Aquella, pensaba Viera, constituía una extraña alianza, aceptada por ambas partes como un símbolo de la complicidad y el retorcimiento de la mente y del alma judías.

—Confío en que los rojos nos ayuden a convencer a los ingleses de que deben partir; el resto es un enigma que nos ha acompañado siempre como pueblo—, afirmaba el anciano tirándose sus largas patillas trenzadas hasta que el dolor le obligaba a dejarlas flotar de nuevo en el aire.

Viera estaba planeando un encuentro casual con Ester Friedman a fines del mes en curso, segura de que acudiría

como todos los años a ponerle flores a un primo-amante muerto en una escaramuza menor en el frente de batalla durante la Primera Guerra Mundial. A través de Ester podía llegar a David Malamut, y del rabino a su devoto más fiel –Isaac Berlin–, para que él conectara finalmente a la casera de Grisha en la Calle Karlova.

Dudó varios días acerca de la conveniencia de ser ella misma la que se acercara a Ester en el cementerio. Pero carecía de alternativas, debía correr ese riesgo. Tenía la intuición de que aquellos hombres la vigilarían hasta que dejara el país, y ya nada justificaba su presencia en Checoslovaquia después de abandonar el hospital.

El dilema lo resolvió la enfermera, una tarde mientras dormitaba en el parque, mitad sumida entre la modorra y el decidir por fin qué hacer.

–Viera, ¿desea algo antes de partir pasado mañana?–, le preguntó la mujer.

Sorprendida, abrió los ojos. La mirada llana de Martina, sumada a la dulzura con que la había atendido, la convenció de que podría solicitarle el favor de ayudarla para saber de Grisha. Le explicó cómo y cuándo acercarse a su amiga; le insistió que sería necesario prolongar su estadía en el sanatorio; y asegurarse con Ester una fecha muy cercana para un reencuentro.

Esperó inquieta hasta la noche en que la enfermera le traería noticias luego de su contacto con Ester en la tumba de Aaron Friedman. Paseó por la habitación, incapaz de mantenerse recostada aunque fuese unos minutos. Entre las nubes asomadas por una de las ventanas, la luna y algunas estrellas alimentaban sus aprensiones: ¿podría romper Martina la desconfianza de Ester y convencerla de la veracidad del contacto?

El cielo se cerró antes del alba, y una lluvia fina y persistente se mantuvo flotando durante toda la mañana

hasta que Martina entró en el cuarto. Se la veía tranquila y, con su habitual rostro serio le habló por primera vez en perfecto ruso:

—Su amiga se alegró mucho al saber de usted; me pidió tres días para intentar darle una respuesta. Deberá armarse de paciencia.

El mecanismo ya se había puesto en movimiento. Ahora debía esperar, como en todos los encuentros con Grisha. Era el único ser que la había llevado a vivir aventuras dentro de una realidad cotidiana marcada por el tedio. Grisha había escapado de ese entorno a los quince años, presa de un enamoramiento que lo condujo a seguir el peregrinar de la familia de Ana Madlikova, logrando al mismo tiempo huir del repudio judío a sus sentimientos por una joven cristiana hija de un funcionario del zarismo. Grisha aprendió a forjarse una existencia independiente y logró ser reconocido gracias a su talento para el ajedrez. Volvía a Kishinev cada vez que se lo permitía su escuálida beca, sus quehaceres políticos y sus interminables jornadas frente al tablero. Jamás se había permitido dejar de escribirle a su madre viuda, ni tampoco cejaría en sus intentos de ganar la partida más importante de su vida: minar la decisión del padre de Ana. Desde hacía meses se rumoreaba en el pueblo que con ambas manos abiertas sobre el *Evangelio según San Juan* había jurado que ni siquiera cubierto de oro y de gloria aceptaría el casamiento de Grisha con su hija.

Martina regresó de su labor de intermediaria cuidándose de no revelar el lugar del segundo encuentro. Encontró a Viera pensando en Samuel y en la nueva vida que le depararía la opción de iniciar su matrimonio en el otro extremo del mundo. Junto a la bandeja con los remedios venía un papel doblado en cuatro. Intuyó que la hoja podría alterar su destino, obligarla a permanecer en Euro-

pa del Este, o servirle para siempre de pasaporte inoficioso –el perdón familiar–, para cruzar el Atlántico.

Al reconocer la letra de Grisha se le aceleró el corazón y, agradecida, le tomó una mano a Martina. Leyó las cinco líneas y sintió una creciente tibieza apoderándose de su piel, el calor de un deseo misterioso: “Mi cabeza de canastillo, el Rey y su gente detectaron la celada cuando ya no era posible avisarte. Lo sentimos de verdad. Nos espera algún día nuestra partida en Kiev y tú sales con las blancas, te lo mereces. Un beso y hasta siempre. Te quiere, Grisha”.

2

VEO A MAMÁ DAR vueltas por la casa, todos los días le caen gotitas de sudor por la frente y la nariz. La veo triste y me da pena. Nada sabemos de papá y ya ha pasado tiempo desde que se fue a Chile. La tía Anita dice que debemos tener paciencia, él escribirá cuando tenga un laburo, una casa donde recibirnos, y que eso no pasa de un día para otro. Encuentro que la tía Anita tiene razón, pero mamá igual está nerviosa. Ella sabrá, conoce bien a papá y dice que de todas maneras debiera al menos habernos mandado una carta.

Me gustaría ver feliz a mamá, trato de portarme bien pero no siempre puedo. Igual juego a cambiarme el vestido y los zapatos para estar lista cuando llegue el invierno o vayamos a encontrarnos con papá. Pero si le muestro las pintas que me invento termina enojada.

Y mamá sigue esperando noticias. Me contó que papá fue a buscar laburo porque aquí en Buenos Aires está repleto de gente y además no es católico. Parece que los católicos tienen todos los trabajos y tuvieron a Cristo y ahora tienen un Papa. En cambio nosotros todavía estamos esperando un Mesías y nos cuesta encontrar trabajo. A veces no me puedo dormir en las noches pensando que si hubiese llegado nuestro Mesías seríamos más felices, mi papá estaría laburando aquí y mi mamá no lloraría por las noches.

Pasado un tiempo desde la partida de papá, tía Anita

ya no hablaba de por qué las noticias no llegaban. Nos traía algo de comer de vez en cuando y conversaban mucho tiempo con mamá encerradas en la cocina. Una tarde don Luis, el cartero, tocó a nuestra puerta y mamá corrió a quitarle la carta que tenía para nosotras. Pero no era de Chile, venía de Kishinev. Era de mi abuela Brana, la mamá de mi mamá. La abrió y la leyó en voz alta, hasta que la abuela le contaba que el tío Grisha estaba muerto en vez de preso. Ahí mamá dejó la carta en la cama, se puso a llorar y a tiritar. Me asusté mucho. Nunca la había visto llorar con tanta pena.

Dejó de comer y durante las semanas siguientes se pasaba sin hablar durante horas mirando por la ventana. Me tomaba en brazos y me decía qué vamos a hacer mi niña, tu madre por ti debe vivir, pero ya no quiere. Se puso muy flaca, sus ojos estaban tristes y su cara se llenó de arrugas. Cosía en silencio sin prender el radio, sin cantar en *yiddish* las canciones de cuna que tanto le gustaban. No me gustaba verla así, era mi mamá pero distinta, caminaba despacito y se apoyaba en las murallas.

Tía Anita venía todo los días a vernos y le decía a cada rato debes comer Viera, si no es por ti hazlo por tu hija.

Como un año después se acabó la escuela, llegó el verano con sus calores y su humedad y nada de nada. Comíamos poco, siempre papas o fideos, también a veces leche y un *borscht* si mamá conseguía dinero por alguna costura. Nos poníamos felices: era como si hubiese un cumpleaños. Un día mamá dijo para esto no me vine de Moldavia, y ahí supe que estaba enojada con papá.

Acaso porque estaba en segundo grado, mamá y tía Anita ya no se encerraban en la cocina a conversar. Mamá había empezado a comer, poco o poco, a moverse más rápido, y cuando se arregló con un lindo peinado parecía de nuevo joven, pero ahora tenía algunos pelos blancos.

Engordó un poco, pero igual se veía flaca. Las arrugas de la cara se le quedaron marcadas y sus lindos ojos grises, como decía papá, ya no eran los de antes.

Tía Anita le repetía lo mejor es quedarse en Buenos Aires. Siempre conversaban de lo mismo, hasta que terminé las clases en diciembre y mamá me llevó una mañana un desayuno muy rico a la cama. Se sentó a mi lado con su cara seria y sentí que algo importante pasaba. Me dijo que nos íbamos en busca de papá, porque una hija debe estar junto a su padre y una mujer tiene que hacer todo lo posible si quiere estar cerca del hombre que ama. Me alegré mucho, volvería a ver a papá y porque estando con ella yo era feliz, en Argentina, Israel o en mi nuevo país que sería Chile. Antes de cumplir ocho años tendré tres países le dije a mamá, y ella me abrazó y se rió con ganas.

El viaje fue largo. Por la ventana del carro se veía al principio casi siempre lo mismo, vacas y pastos y más vacas y más pastos, hasta que llegamos a Mendoza. Todo después era seco, horas de horas, y de pronto el tren empezó a subir lento y vi por primera vez la nieve. Ahí el viaje se puso entretenido mirando el río, las montañas tapadas por esa sábana blanca. Hacía mucho frío. La nieve, me dijo mamá, eran gotas de lluvia que aquí, por la baja temperatura, se convierten en motas de algodón que cubren los cerros y con el calor se deshacen formando los ríos. La encontraba linda y estaba contenta porque me habían aburrido tantas vacas iguales dándose vueltas por esos campos que no tenían fin.

De pronto, el tren se detuvo y mamá dijo que habíamos llegado a la aduana donde nos revisarían los papeles y los equipajes, y que para entrar a un nuevo país se deben tener los papeles en orden y no llevar contrabando. Ya entenderás, me dijo mamá, no tiene importancia, nosotras

no vamos a tener dificultades con la policía de aduanas, todo saldrá bien.

Nos subimos de nuevo al tren y al poco rato se puso de punta, y la bajada era mucho más rápida que cuando veníamos del lado argentino. Mamá me explicó que ya estábamos en Chile y que en el mismo día llegaríamos a Santiago, donde estaba mi papá, pero yo sabía que mamá no estaba segura de que él vivía allí.

Al parar el tren cogimos las maletas y los paquetes y nos bajamos. La estación era como la de Buenos Aires, pero en chiquitito. Todos gritaban mientras caminaban a comprar boletos. Algunos pasajeros preguntaban la hora en que partía el tren a Valparaíso.

Me dormí en un asiento de la Sala de Espera de la estación después de que mi mamá dejó las maletas en una Custodia, me llevó al baño a hacer pis y dijo que haría unas averiguaciones.

Mamá me despertó, nos sentamos en un carro muy feo y apenas partimos me acordé de cuando la tía Anita y el tío Israel nos fueron a dejar a la estación en Buenos Aires. Habíamos llegado cargadas de maletas y de paquetes. Nos ayudó un hombre con un carro de madera hasta el coche donde teníamos asientos. La tía Anita, que siempre decía todo lo que pensaba, le había dicho a mamá por la ventana cuando ya el tren comenzó a moverse que era una estupidez esa aventura pero igual buena suerte, tendrás siempre una amiga en Argentina.

Desperté de nuevo y estábamos en una plaza. El sol estaba arriba y hacía mucho calor, pero no sentí la humedad de Buenos Aires. Mamá me besó en la cara y miró un papel que tenía sobre la falda. Por aquí debe ser, dijo leyendo una dirección. Pasó un niño con unos diarios bajo el brazo y mamá le preguntó dónde quedaba la esquina de la Avenida Brasil y Huérfanos. En la otra cuadra, ¡hora,

dijo y apuntó con el dedo hacia el otro lado de la plaza. Mamá le dio unas monedas, le entregó un número y le pidió que por favor le dijera a la dueña de la pensión que estábamos esperándola con las valijas. Pasó un rato hasta que apareció un señor viejo. Dijo que venía de parte de Sofía Froimovich y nos llevaría hasta su casa. Es conocida de tu tía Anita, me contó mamá, se vino a Chile después de casarse, como tu madre.

La señora Froimovich, como siempre la llamó mamá, era una viuda, o sea una mujer con el marido muerto, nos dijo el caballero. Creo que él pensaba que mamá apenas hablaba castellano, pero el señor viejo no sabía que ella entendía muy bien. Nos contó también que la señora Froimovich nos tenía una pieza reservada. La tía Anita le había escrito una carta, me dijo mamá, y ya veo que la recibió.

La señora de la pensión era muy amable, muy tranquila y muy callada. Le dio unas órdenes al señor de las maletas y le hizo unas preguntas a mamá. Después escribió en un cuaderno, le explicó cómo usar el baño y la ducha y se fue diciéndole que conversarían después del almuerzo que lo servían a la una y media en punto. Nos lavamos bien porque estábamos sucias después de cuatro días de viaje y bajamos a comer. Estaba muerta de hambre. Terminamos el postre, mamá me pidió que me fuera a la pieza, que debía conversar con la señora Froimovich y que no me moviera hasta que ella regresara. Me fastidió por qué todo era tan complicado si sólo faltaba que nos encontráramos con papá y seríamos de nuevo felices.

La tarde se hizo larga, me aburría, y comencé una vez más a pensar que jamás había entendido por qué nosotras debíamos esperar tanto para ver a papá. Como si él fuese el Mesías, pensaba acordándome de las historias religiosas que me contaba la tía Anita. Nunca le entendí bien eso del Mesías y del pueblo elegido, así que se lo había pregunta-

do a mamá. Es verdad, Cristo fue judío, pero dejó de serlo cuando afirmó que él era hijo del Dios único y de todos los seres humanos, me explicó muy seria. Hija, un Dios de todos no podría hacer diferencias. Y por qué los judíos hablamos de la tierra prometida, mamá. Ahí respondió que había sido prometida por Jehová a Moisés como el país de los judíos, pero mamá no creía que fuéramos un pueblo elegido ni por Dios ni por nadie. Apenas mi mamá había terminado le aseguré que era la última pregunta, que no me la podía seguir guardando, y si yo era argentina cómo podía ser judía o de Israel. Tendrás siempre dos patrias, o todas las que la vida te dé, contestó, y como se dio cuenta que no había entendido mucho volvió a decirme que éramos habitantes de todos los países, del mundo, a veces acá, a veces allá, dependiendo de cómo le iba a mi papá con el laburo.

Quizá la tierra prometida era por fin Chile, pensé, abrí mi maleta y me cambié de ropa varias veces. Me miraba en el espejo que había detrás de la puerta pero nada me gustaba, hasta que la luz comenzó a irse y mamá no volvía. Ya iba a bajar al comedor a buscarla cuando apareció con la misma cara que tenía cuando supo de la muerte del tío Grisha. Se acercó a mí, ni se fijó en mi vestido ni en mis zapatos, me tomó entre sus brazos sin fuerza y me dijo, sí hija, tu padre está acá en Santiago, veremos si tuvo algún sentido abandonar Buenos Aires.

3

MARINA APARECIÓ en mi vida de improviso. Se presentó en una fiesta en casa de Gonzalo. Nunca pudimos descifrar a través de quién había llegado donde mi amigo. Presentí que la amaría desde nuestro primer contacto.

Conversamos esa noche sin entrar en honduras, bailamos toda la velada y, al terminar la fiesta, ya cerca de la madrugada, Marina sólo accedió a que la dejara en un paradero de taxis. Antes de bajarse de mi automóvil, mientras yo intentaba sin éxito que pactásemos una cita, me dejó estupefacto con una frase que lanzó como al vuelo, casi con indiferencia: "Heredé un corazón de fuego; arriesgamos hasta el final de la partida, aunque nos acorralen hasta el jaque mate". Y antes de subirse al primer vehículo me volvió a sorprender pidiéndome mi número de teléfono.

Llamó a la semana siguiente y comenzamos a vernos. La compañía de Marina eran el éxtasis, la plenitud y el miedo. Nunca deseé estar sin ella, pero a partir de nuestra separación cuando partió a España volví a sentirme por un instante parado sobre tierra firme.

Vanamente, traté de ubicarla por teléfono en casa de su madre y de conseguir el nombre del sello grabador que lanzaría su último disco compacto. Incluso llegué a obtener el lugar de la tumba de su abuela en el cementerio de Chacarita, donde me había contado solía ir a poner flores en octubre. Oí hablar, murmurar acerca de Marina, pero

nadie fue capaz de darme la menor pista cierta de sus andanzas. Quedé así a su arbitrio, expectante de una llamada telefónica, decepcionado de oír por el auricular voces queridas que en ese instante sentía apenas como ecos lejanos, pues mi realidad se iniciaba y agotaba en Marina.

Pasaron varias semanas, hasta un día cuando me contaron que la habían visto cantando en un réquiem a los caídos el día de *Corpus Christi*. Vestida a la última moda, con su pelo corto y una colita de adolescente naciente de la nuca, Marina había entonado el *Ave María* de Schubert y dos hermosas canciones de su propia creación dedicadas a los muertos durante aquella jornada aciaga. Luego se había marchado después de darle un beso al hijo de uno de los homenajeados en el ceremonial. No lograron darme una razón coherente del por qué irrumpió en ese ritual. "La sorpresa fue general; nadie la conocía ni había escuchado su voz poseída por la nostalgia", me contaron varios conocidos, las mismas personas que solían ocuparse de difundir la leyenda acerca de Marina. Me deslumbraaron tantas historias tejidas en torno a su figura y sucumbí al mito acerca de esa mujer con el rictus cansado de sopor-tar juicios de barrio y bohemia.

Sus rastros efímeros eran tan sutiles como contradictorios. Meses más tarde, Lily, mi íntima amiga desde la adolescencia, me aseguró que acompañaba como diseñadora a las modelos que se paseaban sobre la pasarela de uno de los hoteles más elegantes de Nueva York dando a conocer los nuevos modelos de invierno de *Benetton*. ¿Tu estás segura que era Marina Mavlis?, le pregunté con una tenue esperanza. Me miró con cara de compasión y se sonrió mientras acariciaba mi pelo entrecano. Yo sabía que Lily no sabía de dobleces y que el acertijo volvía a ser la mujer que añoraba encontrar de nuevo, aunque sólo fuese

para comprobar que nuestra única noche juntos no había sido una fantasía.

Opté por refugiarme en mi trabajo pero me resultó imposible. Rompía todos los borradores de cada uno de los proyectos en marcha. Por fin deseché todo, traspasé los trabajos pendientes a otra firma de arquitectos amigos y decidí partir a vagar por Europa.

Mi obsesión por conocer Praga se remontaba a mi infancia, al deseo de recomponer el entusiasmo del rostro con que mi padre describía su recorrido por las viejas tabernas, el sabor de la cerveza negra y las imágenes del cementerio judío y la nave gótica de cinco ojivas de la vieja sinagoga que no podía permitirse cruces en su interior. Marina había comentado al pasar sobre sus ancestros moldavos, divagado unos minutos acerca de una abuela despidiéndose por última vez de un hermano en la década de los años veinte.

Al contarme de su amor por Praga y sus constantes retornos a la ciudad, Marina había alzado una y otra vez su rostro hacia la oscuridad previa al amanecer y, casi en un susurro, me había confesado una pasión que la acosaba desde la adolescencia:

—Debo rehacer la senda, andar de nuevo el camino de las mujeres de mi familia, descubrir el trasfondo de este maldito karma.

Nuestra coincidencia con Praga me otorgó un norte para darle un destino claro a mi peregrinar sin rumbo cierto más allá que dejar pasar el tiempo y no sentirme totalmente a la deriva. Viajaría como si el andar por aquellos parajes, deambulando por las mismas calles que para ella escondían tal vez la explicación de su destino, yo le concediera alguna validez a mi existencia. Y no por mí mismo, sino porque al intentar replicar su búsqueda, yo me convertía por un instante en su homenaje. Era mi

manera de quererla pero, sobre todo, mi secreta esperanza de encontrar a Marina en los únicos recodos donde quizás sería posible dejar de ser otro amante de paso y convertirme en el hombre que rompiese el hielo que parecía haber esculpido incluso en torno a su sombra.

—No es tu culpa, Diego, a ustedes los machos hace siglos que les torcieron el alma —recordé sus últimas palabras—. Tus promesas las hemos oído mil veces, y sabes que no podrás cumplirlas.

Me iría a Europa dispuesto a desmentir aquella sentencia, sin la menor certeza de cruzarme en su camino, queriendo tan sólo regalarle un testimonio de mi interés. En verdad no tenía el menor indicio de que Marina hubiese iniciado el peregrinaje que según ella necesitaba transitar.

Justo un día antes de partir a Praga vía Ginebra me encontré con su voz en el respondedor telefónico: “Estaré en Toledo una semana. Iré todas las tardes a ver *El Entierro del Conde de Orgaz*”.

A pesar de la sensación de triunfo que me embargó, preferí mantener la reserva de mi pasaje a Suiza, pero arreglé la combinación haciendo una escala en Madrid con un día de desfase con destino a Zürich. Era mi manera de defenderme, un subterfugio estúpido: ¿de qué me servía continuar a Praga si todo había sido una jugada de Marina, una burla a la que sólo cabía responder con el olvido?

Viajé a España intentando perderme entre la embriaguez y el sueño, acortando las horas en el divagar de los recuerdos de nuestro último encuentro. Y así, entre la consciencia y la ebriedad, cansado, descendí en el aeropuerto de Barajas a las ocho de la mañana con cuarenta grados de temperatura.

Arrendé un auto y corrí hacia la autopista Madrid-Toledo. Mientras conducía, todo mi cuerpo era un nudo de

ansiedad, pero no la ansiedad placentera que acompaña la víspera de los encuentros esperados, sino la ansiedad inquieta de la incertidumbre, la derrota y el desengaño. Repasaba una y otra vez mis recuerdos, nuestras voces, sus gestos, un ancla que afincara a Marina aquella tarde a la casa-museo del *Greco*.

La memoria apenas me permitía rescatar su imagen pronta a marcharse del departamento mordisqueando un trozo de pan, revolviendo el café con la misma velocidad incontrolada con que yo veía y sentía avanzar los punteros de mi reloj y el velocímetro del Seat en pos de la ciudad del *Alcázar*. Un caleidoscopio de diapositivas, de tiempos sobrepuestos y, lacerante, la autocompasión y el pánico.

Recobré el aplomo cuando un letrero me informó que faltaban diez kilómetros para llegar a mi destino, centrado en la preocupación de no equivocarme en entrar a Toledo, encontrar lo que recordaba de una visita anterior era la subida donde debería estacionar el vehículo y caminar, seguir las señales, llegar a la judería, hacer el giro, pasar por la tienda de las figuras *Lladró*, cruzar el umbral y mirar aquel difunto de rostro barbado elegido por Marina para darme la oportunidad de volver a verla.

Crucé el umbral y allí estaba, de pie, en el centro de la habitación, de frente al cuadro pero mirando hacia la calle, sola en su inmovilidad, maravillosamente triste y ausente.

Al sentirme entrar giró un poco más el cuello dejando su rostro de medio lado reflejado en la ventana. Valiéndose de ese cristal y el brillo de sus pupilas como en un juego de espejos, me miró con esos ojos que se parecían tanto a la distancia, se acomodó la colita del pelo teñida de añil y me saludó con una de esas frases suyas tan estudiadas:

—Me enteré que ibas a Ginebra, espero no haberte desviado de tu rumbo. Hace meses, desde que nos vimos, que tu olor ronda mi cuerpo.

4

SAMUEL SE MARCHÓ y Viera permaneció en casa de su madre en Kishinev. Grisha aún vivía en Praga, pero ahora ella era una mujer casada a la espera de que su marido le hiciera llegar el dinero para comprar un boleto en barco que le permitiría reunirse con él en Buenos Aires. Sabía que el reencuentro en América del Sur les tomaría algún tiempo, de seguro varios meses entre cartas, preparativos y su viaje.

Trataba de quebrar el tedio estudiando español en un silabario que consiguió con el único judío *sefardí* que se conocía en los alrededores. Además, su hermano le hizo llegar un diccionario y una versión resumida del *Quijote*, un libro que le parecía maravilloso a medida que iba siendo capaz de entender castellano. Jamás había escuchado a su madre hablar de Cervantes. Desde niños, Brana Fischer solía leerles –siempre recostada en su cama y cubierta por un grueso edredón de plumas–, a los clásicos rusos y otras novelas de la literatura universal. Cuando Viera le preguntó qué sabía del escritor español, encarnó las cejas, guardó silencio unos instantes y dijo apenada: “...uuuh, el Manco de Lepanto, las traducciones rusas que llegaron a mis manos fueron siempre muy malas, por eso nunca lo leí realmente”.

Asumió la frustración de su madre como un desafío, hasta que logró ubicar en Bucarest a un estudiante de literatura habitual en las tertulias del grupo de Grisha,

quien le facilitó con un tono doctoral lo que según él era "la mejor traducción al ruso de la primera gran novela de la lengua castellana, y de la historia de la humanidad".

El Quijote se transformó no sólo en una forma de aprender el idioma, sino en su primer contacto con las raíces de una cultura que pasaría a ser parte integrante de su propia vida. Los meses transcurridos hasta que tuvo noticias de Samuel desde Argentina, quedarían guardados en su memoria junto a la imagen del hidalgo y su escudero, y serían siempre en sus recuerdos los primeros seres de habla hispana que había conocido.

La primera carta de su marido llegó a sus manos a través del lechero, quien la había recibido de un primo de Samuel. Marcó el inicio de una correspondencia que se alargó más allá de lo que jamás hubiese sido capaz de imaginar. Había llegado bien a Buenos Aires y ya estaba trabajando de ayudante de Salomón, un primo muy querido de Viera, vendiendo corbatas casa por casa. Esperaba independizarse en un par de meses y ahorrar al mismo tiempo lo suficiente para enviarle el dinero para el viaje.

Las noticias de Samuel acentuaron sus esfuerzos por dominar el castellano y le provocaron una ansiedad que apenas le permitía dormir unas horas. Arregló toda su ropa, inició la preparación de su equipaje, y se dio el tiempo para despedirse con calma de su gente.

Tratando de no olvidar detalles, le escribió una larga carta a Grisha diciéndole todo lo que significaba su amor y su amistad; pidiéndole que se cuidara; y asegurándole que dondequiera ella estuviese él siempre la acompañaría. Terminaba afirmándole que tarde o temprano volverían a verse, así fuese necesario recorrer medio mundo. Envío la misiva a Praga sabiendo que pasaría por varias manos antes que le llegara a Grisha a través de la red que dirigía León Feldstein.

Pasadas varias semanas su sobre volvió intacto dentro de otro más grande con una nota. Cerró los ojos, bajó la cabeza apoyando la frente en las manos y juntó fuerzas antes de leer unas breves líneas donde reconoció la letra del *Rey*: “No lo entiendo, pero tu hermano fue llamado desde Moscú y, según sabemos, está detenido. Lo acusan de ser trotskista. Estaba viendo cómo hacértelo saber cuando llegó tu carta para él. León”.

Viera se quedó sin aliento. Se sentó en la cama sin poder sostenerse en sus piernas, y releyó una y otra vez aquellas palabras. Invadida por la desazón fue incapaz de contestarle a su madre, quien le preguntaba insistente:

—¿Qué ocurre hija, qué ocurre?

Ante un silencio que se prolongaba más allá de la tensión, por fin Brana Fischer tomó la nota y la escrutó con una mirada cargada de angustia.

—Siempre supe que Stalin no era de fiar, es un antisemita— dijo en *yiddish*.

Viera la abrazó conteniendo su propio dolor, confundido con una rabia que jamás había sentido, con un odio que ni siquiera había experimentado por sus captores de Praga.

Se las ingenió para hacer uso del llamado “tren secreto” —como lo habían denominado los bolcheviques desde que Moldavia había vuelto a ser territorio rumano—, y llegar en pocos días a Moscú. Allí Viera se enredó en oficinas públicas y del Partido Bolchevique, averiguando, ubicando a militantes conocidos de su hermano con algún acceso a las autoridades. Todos los esfuerzos fueron inútiles, nadie sabía de Grisha Gleiser en la URSS, y quienes decían tener información lo hacían en el extranjero, realizando estudios de especialización en ingeniería eléctrica.

Pasaron los días sin saber nada concreto, hasta que en una de sus múltiples conversaciones, un conocido de Gris-

ha que había vuelto de su relegación en Siberia con el triunfo de la revolución, le aseveró que su hermano estaba de vuelta en Praga. Dedicó horas tratando de rescatar y precisar las fechas y detalles que manejaba su informante.

—¿A qué se debía aquel último viaje?

—No lo sé, él se movía a niveles más altos, nunca dijo nada. Yo sólo lo alojé en mi casa —le respondió amablemente.

—¿Y por qué supo entonces usted que él estaba allá? —insistió.

—Su hermano dejó ese recado para el ingeniero Aizman, a quien estuvo esperando un día antes de partir. Yo no lo conozco, ni jamás había oído su nombre. Me pareció más bien un amigo con quien jugaba ajedrez.

Viera decidió llegar por ahora hasta ese punto con sus averiguaciones. Estaba ya sin dinero y se negó a pedir favores en ese ambiente que se le había tornado hostil. Optó por volver a Kishinev y ver desde allá cómo retomar el rumbo que la condujera a conocer el destino de Grisha.

Hizo el viaje de vuelta y al llegar a su hogar, se encontró con otra carta de Samuel traída esta vez directamente por su primo. Venía el dinero para el pasaje, las indicaciones de cómo conectarlo en Buenos Aires y los deseos de un buen viaje y de verla pronto.

Conversó largas horas con su madre; le relató con lujo de detalles todo lo que había pasado durante su estadía en Moscú; y terminó diciéndole:

—Puedo equivocarme, pero para mí la clave está en ese ingeniero Aizman, quien debe ser realmente amigo de Grisha si sabía lo de Praga. Debo ir allí y hablar con León.

—¿Y tu marido? —inquirió Brana Fischer.

—Él puede esperar y entenderá. Parto mañana. Escribiré de inmediato unas líneas para Samuel —y le pidió que se encargara de enviar la carta.

Praga tuvo el sabor amargo que le otorgaba la ausencia de Grisha, acentuada por la imperiosa necesidad de mantener la semi-clandestinidad. Debía limitarse estrictamente a dar con el paradero del *Rey*.

Eligió ir hacia Ester Friedman directamente a través de David Malamut, intuyendo que de esa manera reducía al mínimo la huella que la llevaría hacia León Feldstein. A los dos días ya tenía concertada la cita con su lugarteniente de confianza, el único de la red que conocía su paradero.

El viejo la recibió cariñosamente, le agradeció y le felicitó por su comportamiento anterior, y sin dejar de usar el *yiddish* le preguntó:

—¿Qué tan mal andan las cosas como para que hayas venido directamente a hablar conmigo? No tenemos más información después que te devolví la carta.

Viera le hizo una síntesis de sus actividades y de la información rescatada en Moscú, y luego fue directo al tema:

—¿Sabe usted quién es el ingeniero Aizman?

El anciano se tomó la barba, cerró los párpados y comenzó a juntar y despegar los labios, como hacen los rabinos cuando rezan en voz baja. Le tomó ambas manos entre las suyas, abrió los ojos y dijo entornando una ceja:

—Es peor de lo que yo sospechaba. Aizman formaba parte del equipo de ingenieros, muchos de ellos judíos, quienes participaron en el diseño del plan de electrificación. Han sido acusados de haber dado a conocer el proyecto a los alemanes. Grisha es un buen amigo de Aizman y tu hermano, la última vez que fue a Moscú, dejó un mensaje en su casa. Y será difícil saber algo, el hermetismo allá es total. Todo es una gran burla —y volvió a cerrar los ojos.

Viera sintió las palabras del *Rey* como una lápida. Ahora se cerraba el círculo; parecía claro que Grisha, sin

saberlo, había ido al encuentro de Aizman. De allí el resto era predecible.

León Feldstein dejó que ella sacara las conclusiones, se paró soltándole las manos y le tomó la cabeza por detrás mirándola de frente:

—Sí, Viera. Grisha se enredó sin quererlo en un secreto de Estado y no será nada fácil liberarlo de la mano de Dzerzhinsky.

Sintió una punzada en el corazón, le temblaban las piernas y apenas podía contener la nitidez de hermosos recuerdos desgajándose a pedazos. Quiso decírselo a León Feldstein, entibiarse al alero de sentimientos comunes pero se contuvo, tuvo temor de que el viejo mirase las cosas de manera diferente; entonces se sentiría más perdida, más derrotada y, sobre todo, más desengañada.

Vaciló unos instantes, se paró como si fuese una convaleciente chequeando que sus piernas eran capaces de sostenerla, besó al *Rey* en ambas mejillas y se despidió con un simple *Shalom*.

Caminó durante horas por el centro de la ciudad, deteniéndose en la entrada de todos los lugares que conoció con Grisha. Calculó el tiempo que faltaba hasta que saliera el tren y se dirigió al cementerio judío. Allí encontró por unos instantes el silencio y la paz para revisar qué había estado haciendo de su vida y cómo las opciones de ayer carecían hoy de sentido.

Vagó entre las tumbas, hasta que el crepúsculo se fue posando sobre las piedras. Junto con la huida del sol, frías y distantes, perdieron su brillo. La noche se dejó caer, y su presencia pétrea acompañada por los difuntos le provocó una primera inquietud huidiza. Dudó; salió del recinto; regresó buscando al azar, a ciegas con los dedos, hasta encontrar unas palabras talladas en hebreo. Deslizó las yemas; palpó una a una las letras gélidas; y las recorrió con

lentitud hasta descifrar el nombre. No le decía nada, pero la embargó el miedo, un espanto irrefrenable y huyó despavorida. Cruzó la puerta principal del cementerio y sin voltear la cabeza, con la oscuridad pegada a su espalda, se encaminó hacia la estación del ferrocarril.

En la plaza de la Vieja Alcaldía el reloj terminaba de anunciar la medianoche.

5

MAMÁ PARECE ASUSTADA. Creo que ella ya sabe adónde está mi papá, pero no quiere ir a verlo. Mentira, sí quiere y no se atreve. Debe sentirse como yo cuando la maestra me pregunta, sé la respuesta pero me da miedo contestar y el dedo se me queda pegado a la falda, y después me da rabia que una compañera conteste por mí.

Le pregunté qué te pasa mami y me respondió, ten paciencia hija, estoy viendo cómo hacerlo. No entendí por qué hay que ver cómo hacer algo tan fácil como ir a buscar a papá. O será que no tenemos su dirección y entonces es igual que cuando estábamos en Buenos Aires aunque mucho más cerca, pero de todas maneras no podemos estar con él. Sabes dónde vive, volví a preguntarle porque ya no me aguantaba las ganas. Sí, sí sé, y ahí está el problema, contestó mamá, tu padre tiene otra casa acá, se ha vuelto a casar, por eso no tuvimos noticias de él, y se puso otra vez a tirar. Me puse nerviosa y no sabía qué hacer, hasta que mamá por fin se calmó.

En eso estábamos cuando entró la señora Froimovich y sin que ella abriera la boca mi mamá le dijo no se preocupe, iré con la niña, es lo mejor. Y ahí se puso a arreglarme, eligió mi vestido más lindo, mis zapatos de charol negro, me hizo un moño y me colocó una cinta en el pelo. Después sacó de una maleta mi chaleco de hilo blanco, para cuando refresque en la noche dijo, se sentó frente al espejo y me mandó a que la esperara en el comedor.

Bajó al poco rato, se veía linda, como era cuando vivíamos con papá, y nos fuimos caminando hasta la misma plaza donde nos había venido a buscar el señor en la mañana. Son tres cuadras hacia el poniente y luego dos hacia la izquierda, al sur, dijo como ayudándose a ubicar con las palabras.

Mamá caminaba rápido, miraba los números de las casas, los nombres de las calles y a veces un papel con un mapa que le dibujó la señora Froimovich. Tenía que correr para poder seguirla pero no decía nada, no me importaba, pues me moría de ganas de ver a papá.

No podía entender cuál era el problema de lo que me había dicho mamá, y lo único que saqué en limpio, como decía tía Anita, es que a veces los grandes son bien complicados. Si mi papá tenía otra casa qué importaba si nosotras no teníamos ninguna después de desarmar la de Buenos Aires. Y que estaba casado, bueno también mi mamá se había casado con él, y antes, pensé, y la otra señora no era mi mamá y punto.

Todavía hay luz, pero el sol se escondió por el otro lado de las montañas, porque aquí sale por los cerros, por los mismos que pasamos en el tren. Deben ser cerca de las nueve y hoy es lunes, dice mamá y mueve la cara hacia el otro lado de la calle. Se para justo cuando iba a decirle que estoy cansada, que vaya por favor más despacio si ella tiene las piernas más largas. Y parece que adivinó, me tomó en brazos, cruzó lentamente hacia la otra vereda, y sin bajarme se fue directo a una puerta de madera café con una mano de fierro tomando una bola grande y colgando hacia abajo. Me sostuvo con un solo brazo y con la otra cogió la mano y golpeó fuerte.

Esperamos un momento, hasta que abrió la puerta una señora de la edad de mamá y le preguntó a quién busca. Mamá me bajó al suelo, se arregló el vestido y le

dijo con una voz muy seria estará Samuel Goldstein, díga-le de parte de Viera. La señora como que se puso blanca y dijo un momento, le avisaré y cerró la puerta.

Nos quedamos tomadas de las manos sin hablar. Pasó un rato largo hasta que la puerta volvió a abrirse y apareció papá. Nos miró a las dos y sin decir nada se agachó frente a mí, me abrazó diciéndome niña mía, niña mía, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Mamá estaba como una estatua de esas que yo había visto en los parques y en el museo. Hasta que papá se paró, me tomó ahora él en brazos, cerró la puerta de la casa y le dijo a mamá: Viera, caminemos, luego hablaremos.

Partimos de vuelta camino a la pensión, yo feliz de estar al lado de los dos, y ellos muy serios como cuando fueron al funeral del papá del tío Israel en Buenos Aires. No hablaron ni una palabra hasta que llegamos. Papá tenía una cara rara y mamá de enojada, como cuando me retaba.

Entramos sin hacer ruido. La señora Froimovich estaba tejiendo en el comedor. Saludó a papá y desapareció apurada hacia la cocina. Mamá me acompañó al cuarto y me ordenó quédate aquí y no te muevas, trata de dormir, tenemos que conversar con tu padre.

Papá está como distinto, allá me daba un beso antes que me durmiera, en cambio ahora me miró desde abajo de la escalera, me dijo buenas noches hija y desapareció por el pasillo del primer piso. Mamá apagó la luz y salió rápido de la pieza. Tendrán prisa de hablar pensé, y al tiro me bajó el sueño. Me dormí con ganas de verlos sonrientes y cariñosos.

Amanecí sola en la cama, y papá no estaba acostado con mamá. Ella todavía dormía. Qué le pasará, pensé, si siempre se levantaba tan temprano. Deben haber conversado mucho y hasta tarde si mamá sigue con sueño, así que debo ser buena y tratar de no hacer ruido.

Al despertarse mamá tenía la misma cara de enojada de ayer, pero con más pena, como si en vez de encontrar a papá lo hubiese perdido. Tendremos que buscar un lugar independiente para las dos, fue lo primero que dijo, esta pensión es muy cara para nosotras, y no podemos comer-nos los ahorros. Y se levantó, se fue al baño, volvió vestida y salimos a buscar donde vivir. Según mamá no debemos gastar más allá de nuestras posibilidades. O sea, le dije, que la pensión y mi papá están más allá de nuestras posibilidades, y mamá se rió y me dio gusto porque hacía mucho tiempo que no la veía un poco contenta.

Miraba el periódico que había comprado, se fijaba en los números, tocaba, entrábamos y siempre encontraba que era demasiado oscuro, o sucio, o encerrado, y vuelta a empezar. Varios días estuvimos en lo mismo hasta que me aburrí y le dije si acaso mi papá no nos iba a ayudar a encontrar donde vivir y por qué no lo habíamos visto de nuevo. Necesitamos un hogar con o sin tu padre, dijo muy seria, y lo vamos a hallar, te lo aseguro. Ahí me di cuenta de que seguía enrabada con él y preferí callarme la boca.

Por fin encontramos un lugar que le gustó. Era una casa rara, un largo pasaje lleno de piezas a los lados, y tenía un baño al fondo y un lavadero. Mamá dijo que estaba bien porque las dos piezas tenían harta luz y además era limpio y seguro.

Volvimos a la pensión y mamá le dijo a la dueña nos vamos mañana, viviremos cerca, y a unas cuadras de la casa de Samuel. Eso puede ayudar Viera, le comentó la señora Froimovich. O bien se irá todo al diablo, respondió mamá, y se apuró en subir a nuestra pieza. Guardamos las cosas, mamá me ordenó espérame aquí que voy a pagar lo que debemos y a ver si nos pueden ayudar con el traslado.

Partimos temprano en la mañana y al llegar al conventillo, como le decía el señor de las maletas, había un

montón de niñas y niños jugando. Al vernos entrar se quedaron tiosos y nos miraban como si fuésemos de otro planeta. Mamá arregló con una vecina para que nos abrieran la casa, y sin decirme una palabra se puso a desempacar todo lo que iba sacando de las maletas. Asomaba la cabeza hacia afuera por la puerta apenas abierta, y me moría de vergüenza de que mamá me dijera eres una floja o una mirona. Pero nada, siguió ordenando como si yo no estuviera hasta que por fin dijo estoy lista, ahora vamos a ver qué hacemos de comida, acompáñame al almacén.

Los niños estaban de vacaciones, así es que corrían todo el día por el pasaje, salían a la vereda y volvían a entrar haciendo mucho ruido. No me atrevía a salir, aunque quería estar afuera con ellos, pero me entretenía poniéndome una y otra vez la ropa que tenía, claro que lo hacía cuando mi mamá andaba en la calle. Comenzó a comprar cosas para llenar las piezas, salía y entraba una y otra vez, me dejaba encargada a una señora de quien se había hecho amiga bien rápido. Me puse contenta porque teníamos una casa y ya no estaba vacía, no tan linda ni grande como la de Buenos Aires, pero como decía mamá tu hogar es tu hogar y nadie te lo puede quitar.

Terminó el verano y entonces tuve que ir de nuevo a la escuela. Se llamaba Liceo 3 de Niñas. Me moría de la risa con ese nombre tan bacán. Ya estaba en tercer grado, de preparatorias aquí en Chile, la casa quedaba a unas diez cuadras y no tenía que cruzar la Alameda, que era una calle bien peligrosa donde arrollaban a los chicos, a los grandes y también a los perros. Mamá me fue a dejar la primera semana de clases hasta que aprendí el camino y entonces empecé a irme sola después de almuerzo.

Al principio mamá no laburaba, pero cuando la casa ya estuvo mejor arreglada y entré a estudiar, compró una máquina de coser, mandó a hacer unos avisos que repartió

por todo el barrio y pegó en los dos almacenes cercanos y empezó a recibir trabajos. Ya tiene harta pega la señora Viera, sobre todo de las niñas de la calle Maipú, le escuché decir a doña Juana riéndose mientras conversaba con otra vecina en el boliche de don Marcial. Era la amiga que se había hecho mamá en el conventillo y me cuidaba cuando mamá salía a hacer sus diligencias. Me mataba de risa con esa palabra tan cómica que usaba doña Juana cuando mamá salía y le decía, regreso pronto, se la dejo encargada.

Seguía echando de menos a papá, pero era como si se lo hubiese tragado la tierra. Ya tenía amigas en la escuela y el barrio. Aunque al principio me costó un poco, las materias eran parecidas a las de mi escuela en el *Once*. Mamá decía que ganaba poco dinero, pero la comida era más rica que en los últimos meses en Buenos Aires y nunca más le escuché quejarse acerca de nuestra pobreza. Poco a poco, las dos piezas se fueron completando, mamá forró los sillones, hizo cubrecamas, toallas inmensas que cuando me bañaba me tapaban enterita y me encantaba, y la cocina se llenó de frascos con comidas y aliños, y tuvimos lechero y hasta un juego especial de té para las visitas, como le decía mamá. No sé para qué si a la casa no venía nadie, claro que estábamos recién llegadas y una no se hace de amigos que invite a tomar el té tan rápido.

Un día antes de que llegaran las vacaciones de invierno mientras volvía del liceo oí mi nombre unas cuadas antes de llegar a casa. Tuve miedo pero después me di cuenta de que era la voz de papá. Me dio primero alegría verlo, y después una rabia atroz de que por su culpa estuviésemos solas. Se acercó, me hizo cariño en la cabeza y preguntó cómo estaba. Me quedé callada y sin poder aguantar las lágrimas me alejé corriendo.

No entendí por qué no iba a la casa, al menos a vernos si no quería vivir con nosotras. No entiendo a los mayores,

hacen cosas tan raras, como si no tuviesen corazón. Sé que mamá lo sigue queriendo. Después que me duermo mira las fotos que tenemos con papá y lee las cartas que le mandó a Rumania. Y ahora él se aparece de repente. Si a los dos les importa el otro, por qué no se juntan, pensé. Son como los niños, se amurran.

Volvió a esperarme ahí mismo cada vez más seguido, me miraba, pero no se atrevía a acercarse. Hasta que un día estaba parado a la salida de mi liceo. Caminó hacia mí y me pidió si podía acompañarme. Desde ese día apareció todas las tardes. Lo dejaba ir a mi lado y si me preguntaba algo me hacía la tonta. Conversemos, hija, me pedía con cara de pena. Pero no de mamá, le respondí una tarde.

Me prometió que todo se iba a arreglar y entonces le conté de mis amigas y de mis notas. Así que estás bien, me alegro de verdad, dijo, y tu mamá cómo está, insistió después de unos días. Muy bien, labura mucho, respondí, y no habla nunca de usted. Papá se puso como triste, me abrazó, me dio un billete, para caramelos hija, y no le digas a tu madre que nos hemos visto, me besó y se despidió con la mano diciéndome no te atrases que Viera se preocupará. Crucé la calle, tiré la plata al suelo, y le grité que mamá me había enseñado a no recibir dinero de extraños.

Esa noche no pude aguantarme y se lo conté todo a mamá. Dile de mi parte que creí que era más hombre, me dijo mamá, que si quiere verte venga a casa, y se fue a su cama con los ojos rojos y brillosos. Preferí no decirle nada a papá. Se va a enojar, pensé, y ya no vendrá más a buscarme.

Terminé el primer semestre y papá me pidió que nos viéramos en la plaza Brasil por las tardes a las seis. Le contesté vaya mejor conmigo a casa y le pide permiso, mamá no se va a fastidiar. Conozco a tu madre, respondió, Viera no querrá verme. Usted se equivoca, y no sea poco

hombre, se me salió sin querer. Mamá se acuerda, siempre mira las fotos y lee sus cartas. Pues vamos hija, dijo, te acompaño hasta la casa. Me sorprendí, pero más miedo me dio la cara que pondría mamá al verme llegar con papá.

Mamá estaba cocinando cuando nos vio entrar. Miró fijo a papá. Él no se atrevía a cruzar la puerta, como si hubiera hecho una maldad. Asiento, le dijo mamá, y tú anda a ponerte otra ropa y me indicó el cuarto de costura y dormitorio. Escuchaba desde la otra habitación. Me cambié rápido el uniforme para ir donde ellos, no se fueran a pelear. Cuando terminé y volví al otro cuarto mamá le decía si vienes por la niña, puedes hacerlo por las mañanas. Lo que tú digas, contestó papá, y me tomó entre sus rodillas. Me gustaría hablar contigo, en serio Viera, le pidió. Se hizo un silencio, y entonces mamá cerró el horno, se sacó el delantal, alzó un poco la voz y dijo si te has divorciado, ven y lo conversamos. Pero que sea en la tarde, cuando la niña no esté.

6

YO HUBIESE preferido caminar por las callejuelas de Toledo o tomarme una *caña* en cualquier bar, pero Marina insistió en que fuéramos primero a recorrer el *Alcázar*. Acepté sin convicción, entramos al edificio y me sorprendió su fluidez caminando por las habitaciones, consultando su libro-guía y el color nacarado de sus uñas largas y onduladas.

Me mantuve callado, acompañándola en su deambular por las habitaciones, pensando en lo hermosa que se veía ayer en el casa-museo del *Greco*, en nuestra cena a la luz de la vela en un restaurante cuya especialidad era el pollo con ciruelas acompañado de un magnífico vino tinto de La Rioja. Marina terminó su visita ajena al paso del tiempo, a mi presencia y al aviso del encargado que anunció la hora del cierre.

Al salir del *Alcázar*, el tórrido sol veraniego de Castilla anunciaba su retiro, pero la temperatura aún no cedía. Decidimos ir a tomar una cerveza en uno de los barrios más alejados del centro aún abarrotado de turistas.

—¿Vienes o vas a Praga? —pregunté apenas nos sentamos en una pequeña taberna.

—Una vez que has estado allí, jamás te has ido. Es la ciudad más hermosa que conozco.

Y se conectó con miles de historias de los años de entreguerras cuando su abuela iba encontrarse con su hermano. Marina habló de lo singular del cementerio judío con sus tumbas de piedra que simulaban estalagmitas

redondeadas, como si los muertos estuviesen rodeados de un paisaje lunar. Yo la escuchaba, fascinado de su entusiasmo y con unas ganas incontenibles de que la conversación abriera un espacio para que pudiéramos charlar de nosotros. Necesitaba saber cuáles eran los motivos que la habían impulsado a enviarme una señal tan inesperada desde Europa.

Me mantuve interesado en sus relatos, intercalé preguntas que ayudaran a tender puentes hacia sus reflexiones y recuerdos. Marina era en cambio una sola cadencia, un solo ser donde los cinco sentidos cimbrecaban al unísono. Era como una actriz de la vida real, conjugando un lenguaje de prosa poética, inteligente, discursivo, con una memoria asombrosa que utilizaba para urdir historias entre su familia y los acontecimientos de todo el siglo XX. Inagotable, Marina contaba y reía, iba y venía por el mundo, a veces infantil, molesta o ególatra. "Estoy segura de que estos vínculos con los acontecimientos de la humanidad no son fortuitos", concluyó su virtual soliloquio de múltiples registros animando un coro con que tornaba su existencia en una sinfonía de vivencias y tonalidades en perpetua mutación y búsqueda.

Me invadió el pánico de que ahora tendría que ser yo quien contara más de mi vida. ¿Qué le diría? Marina ya sabía que era hijo de un matrimonio español llegado a Chile a principios de los años cuarenta huyendo del franquismo, padre de Manuela y Javiera, mis dos hijas adolescentes, separado de una mujer con quien apenas me entendía desde antes de nuestro divorcio, un arquitecto más o menos bien conceptuado, amante del cine y músico frustrado. Podría ahondar en cualquier aspecto de mi vida pero Marina no dio la menor señal de que esperase escuchar alguna de mis historias. Se limitó a terminar su cerveza lentamente hasta vaciar el vaso, pidió otra *caña* y se instaló en sí misma con

unos ojos que se parecían demasiado al ensueño.

Me dejé llevar por el silencio, por la música de unas sevillanas que fluían desde un lugar que no pude identificar y empecé a sentir el alcohol penetrando en mi sangre. La ansiedad que sentía durante la conversación fue cediendo lugar a una sensación relajada y placentera que sólo semeja la continuación de un orgasmo, como si el cuerpo flotase sobre un mar calmo y los pensamientos se convirtieran en peces que disfrutaban recorriendo músculos de agua. De pronto, sin mover siquiera un párpado, Marina dejó derramar por ambas mejillas unas lágrimas tenues y me hizo un gesto extraño con los dedos, el cual interpreté como no preguntes qué te pasa. Pasaron los segundos, y cuando terminó de sollozar me tomó la mano.

—Yo jamás había sido capaz de contar muchas de estas cosas, siento, créeme, un gran alivio, como si me hubiese desprendido de grilletes, de un corset o mejor dicho... —y rió—, ...de cinturones de castidad invisibles cubriendo todos los orificios de mi cuerpo.

Le solté la mano, la tomé de las mejillas sosteniéndolas con ambas palmas, y le dije con un tono de voz convencido:

—Por qué cargas con tamaña mochila. Todos somos testigos de situaciones dolorosas, pero nada ni nadie nos obliga a asumirlas como propias.

Cerró los párpados y me separó las manos. Se acomodó el pelo, se secó con el dorso el resto de las lágrimas, y dijo ya más calmada:

—Bienaventurado si no has tenido que soportar una educación basada en el sentido de la historia como obligación ética: es demasiado para cualquier mortal.

—Marina, por Dios —dije sin poder esconder mi inquietud— nada ni nadie puede amarrarte de esta manera. Yo también vengo de una familia marcada por una guerra

civil, pero eso nunca ha limitado mi vida.

—Si tú supieras..., hasta donde alcanzan mis recuerdos, la abuela Viera y mamá siempre parecían saber donde estaba la línea de separación entre el bien y el mal. Jamás un área gris, ni menos una duda, no importaba si era a costa de negarse a sí mismas. No quiero repetir la historia, me resisto a ser como ellas.

—¿Pero has hecho de tu vida lo que tú quieres, o me equivoco? —pregunté mirándola fijo.

—¿Sabes a qué costo? Me siento todos los días culpable de mis actos y de mis opiniones. *I am not politically correct*. Jamás lo fui y es agotador, créeme. Y necesito cierta calma, aunque sea una tregua, ¡vaya si la necesito! —dijo Marina terminando sus palabras con una mueca de rabia que indicaba el fin del diálogo.

Quise creer que con estas confesiones había liberado parte de los fantasmas que la acosaban, que los demonios de Marina eran más humanos de lo que pudiesen parecer a primera vista, y que yo sí podía intentar penetrar y llegar a ser parte de su ser y sus designios. Confiado, cuando ya la noche se había instalado en el solar, me atreví a inquirir:

—¿Y qué hay de nosotros Marina, es una casualidad o tiene algún sino?

Jugó con su pelo añil, abrió su cartera burdeos de marca, hurgó unos segundos en su interior, extrajo una pirámide pequeña de cartulina café corrugada, desprendió uno de los costados y al final extrajo una medalla de plata en forma de moneda.

—Ojalá dependiera sólo de mí, Diego. Tú eres el primer hombre que me ha gustado, y nuestro encuentro debe también librar a mi madre del yugo que se ha impuesto. Debemos esperar, yo necesito su vuelo —me rodeó el cuello y besándome en la frente me colgó el amuleto en el pecho—. Es la runa de la amistad, por favor, acéptala como un comienzo.

7

LA MADRE DE VIERA se sorprendió al verla cruzar el umbral.

—No te esperaba tan pronto —la recibió cogiendo de inmediato su bolso.

Le pidió por favor un té caliente con limón: estaba muerta de frío y le dolían los huesos. El viaje se había prolongado más de lo habitual. Las nevazones habían cortado las vías en varios puntos y fue necesario esperar varias veces que las despejaran antes de reiniciar la marcha.

Optó por relatarle la historia de su accidentado regreso. Brana Fischer le siguió el juego, convencida que su hija se estaba tomando el tiempo necesario para relajarse y decidirse a hablar.

Terminó de beberse el vaso de té acompañado de unas galletas surtidas que su madre preparaba todos los sábados después del *Shabbat* y, tratando de no alterar el tono, le dijo con serenidad:

—Usted tenía razón. Está detenido por su amistad con el ingeniero Aizman, de un grupo que participó en la elaboración del plan de electrificación —y mirándola fijamente a los ojos, le contó sin omitir detalles su conversación con León Feldstein y los pasos que pensaba dar.

—Debo volver a Moscú y averiguar dónde está y cuáles son los cargos de que lo acusan —concluyó haciendo un gran esfuerzo de no quebrarse junto al llanto de su madre.

Cuando sus lágrimas se detuvieron, Brana Fischer se

levantó con la indignación esculpida en el rostro, fue hacia el aparador donde estaba la foto de su marido y mirando sucesivamente el retrato y a su hija dijo con dureza:

—Tu padre se los advirtió. A pesar de ser bolcheviques, muchos rusos jamás dejaron de ser antisemitas. Los prejuicios no se acabaron con la Revolución.

Viera dejó pasar unos instantes, se sirvió otro vaso de té y acercándose a su madre la abrazó con ternura.

—Él tenía razón mamá, cuánta razón, nunca dejamos de creer que las cosas cambiarían. No puede ser, es horrible.

Se separó de su madre con lentitud, recogió la mesa y se dirigió a su dormitorio. Ya reclinada sobre su cama, recreó pasajes fantasmagóricos del *Teatro Negro* de Praga. Veía a Grisha en medio de calaveras conducido hacia una horca y su madre haciendo esfuerzos inútiles por salvarlo. A un lado de la plazoleta donde transcurría la escena, estaba su padre junto al rabino David Malamut rezando y al otro, difuso entre nubes tras un fondo oscuro, Trostky en medio de una turba con banderas rojas discutiendo para que no lo colgaran. Después todo era claridad, luces y la música de Bach acompañando una caminata junto con su hermano por el mar de Azov. Iban tomados de la mano, y se miraban como si fuesen enamorados, Grisha con su terno y su sombrero alón, y ella con su mejor vestido floreado. De pronto se detenían, él se sentaba y la observaba con una sonrisa en los labios. Viera se sacaba el vestido lentamente y comenzaba a dar vueltas a su alrededor. Entonces Grisha le tomaba un pie haciéndola caer a la arena, lanzaba el sombrero al agua y se recostaba a su lado. Con sus manos finas y pulcras terminaba de desnudarla retirándole una a una las prendas de ropa interior. Sentía un gozo inmenso al sentir el contacto tenue de sus dedos, junto a la brisa que humedecía su cuerpo. Un calor

infinito la invadía y la humedad surgía del interior de su propio sexo, de toda su piel que se bañaba de sudor. Y ahora era Grisha el que daba vueltas a su alrededor mirándola con cariño y ella era un sólo espasmo, se contraía apretando las piernas ansiosa de un orgasmo que se demoraba volviendo todo más placentero, eterno e irreal. La música de Bach empezaba a oírse más distante, más frágil, la imagen de Grisha se tornaba áurea hasta perderse mar adentro y todas sus ropas iniciaban un vuelo, como si fuesen pájaros blancos y multicolores. Al fin, quedaba sola en la playa, desnuda, sintiendo una felicidad que jamás había vivido, sola amando su cuerpo que le otorgaba aquella alegría desconocida, sola deseando que aquellos instantes no terminaran jamás, porque más allá de estos momentos sólo la esperaba el horror de una realidad donde todo goce sensual y toda desnudez estaban prohibidas.

Despertó perturbada. Sentía vergüenza, frustración. La sensación placentera era ahora más volátil y efímera. Trató recuperar en el cuerpo y en mente las escenas de la playa, pero le resultó un esfuerzo infructuoso.

Dejó que la noche se asentara sobre la habitación, reordenó sus pensamientos hasta que despejó lo que veía como esencial: su partida a reunirse con Samuel dependería de qué pasara con Grisha. Su madre necesitaba al menos saber a qué atenerse, cualquiera fuese la verdad. La decisión de Brana Fischer de quedarse en Kishinev era inquebrantable.

Al mediodía siguiente ya tenía todo arreglado para poder entrar de nuevo a la URSS y continuar con la búsqueda. Aún le quedaba dinero del que le había enviado su marido. No demasiado, pero lo suficiente para dejarle algo a su madre y cubrir sus gastos de ida y vuelta. Ahora debía ser más selectiva, dejar de lado todos sus contactos judíos y mirar hacia las autoridades superiores. Recordó a una

persona que la podía ayudar, en quien no había reparado la vez anterior: Vladimir Blochin, el profesor de ajedrez de Grisha, actual miembro de la dirección bolchevique representando a Ucrania. Sabía que pasaba temporadas en Moscú y podía tratar de ubicarlo a través de la Federación de Ajedrez. El profesor Blochin estimaba a su hermano desde los años en que era estudiante en Kiev.

Los termómetros en Moscú marcaban veinte grados bajo cero y la nieve caía incesante. Un viento helado y oblicuo hacía descender aún más la temperatura. Era uno de los peores inviernos en muchos años, decían los periódicos, y se veía poca gente en las calles, incluso a las horas de la salida del trabajo. Viera partió de inmediato en busca del maestro de Grisha, dejando para más tarde la cuestión de dónde pernoctar.

Lo encontró jugando una simultánea con alumnos de la universidad. Esperó que se desocupara hasta después de las seis. Se sentó frente a la oficina de la administración, por donde debía pasar obligadamente cuando acabase las partidas.

Blochin era un hombre de unos sesenta años, más bien bajo y regordete, calvo, de bigote y barba entrecana. Lo abordó presentándose de inmediato como la hermana de Grisha Gleiser. El profesor se puso serio apenas oyó el nombre, la tomó de la mano y la condujo a una oficina estrecha donde tras su escritorio había una fotografía del maestro con sus alumnos en Kiev. No vio a su hermano en el grupo, pero sí reconoció a algunos de sus amigos de aquella época. No se atrevió a preguntarle la causa de la ausencia de Grisha en el retrato.

—Es mejor que hablemos afuera —dijo el maestro—, espéreme unos minutos que registre los resultados y nos vamos.

Viera se entretuvo mirando las caras de los conocidos

en la foto, paseó nerviosa por la pieza y optó finalmente por sentarse a mirar un diario que estaba sobre una silla.

Salieron al frío de un atardecer que ya era noche hacia más de dos horas. Viera fue incapaz de contenerse. Se paró a media cuadra después de haber abandonado el edificio e inició el diálogo.

—¿Usted se imaginará la razón de que haya venido a verlo? ¿Que ocurrió? ¿Sabe usted dónde está Grisha?, —preguntó directamente.

Vladimir Blochin le pidió que reiniciaran la caminata antes de decir una palabra.

—Existen pruebas de que le vendieron un secreto a los alemanes. Es un delito grave, muy grave, más aún tratándose de militantes de absoluta confianza. En cuanto a su hermano, está detenido por sospecha de haber participado en las tratativas en Praga. En el juicio se verá cuál fue la participación de Grisha, quien, como usted debe saber, es amigo de Aizman, uno de los principales del grupo de ingenieros. Por ahora, nadie de nosotros sabe dónde están. Le recomiendo que tenga paciencia y no siga averiguando. Como le dije, es un delito muy grande, así que evite meterse en problemas —se extendió el maestro manteniendo el paso rápido.

A Viera le costaba creer lo que sus oídos estaban escuchando. Se repuso y le dijo sin poder contener la indignación:

—¡Profesor, si todo esto es una gran farsa, cómo es posible que un hombre como usted crea estas mentiras!

Blochin se detuvo, tomó a Viera de los hombros y manteniendo la misma voz anterior la encaró:

—Cuidado con sus palabras, está acusando de calumnia a las principales autoridades del Partido. Desde el mismo Politburó pidieron una investigación profunda.

Antes de que Viera pudiese decir nada, se despidió

con amabilidad sin dejar de traslucir cierto malestar a pesar de su tono cortés. Y si hasta entonces había guardado una secreta esperanza de que tal vez podía haber un malentendido, una azarosa conjugación de circunstancias adversas, ahora se daba cuenta que todo era cierto y real pues se había transformado en una verdad oficial. El profesor Blochin así lo creía, como lo estarían creyendo miles de sus antiguos camaradas y cientos de ciudadanos sin filiación política.

Al imaginarse la historia de su hermano pasando de boca en boca no pudo contenerse y cayendo de rodillas, lloró, lloró como no lo había hecho desde niña, lloró sin consuelo, hasta que sus lágrimas se le congelaron sobre las mejillas, y se prometió a sí misma en medio de la nieve y el hielo de Moscú, que no le alcanzaría la vida hasta develar el equívoco y liberar a Grisha.

8

PAPÁ EMPEZÓ a venir todas las mañanas durante las vacaciones de invierno, pero no se hablaban con mamá. Casi siempre, ella decía tengo que hacer y se iba de compras. Ahí él se ponía triste y trataba de alegrarse jugando conmigo dominó o a las damas. También le gustaban mucho los naipes, creo que era lo que más lo entretenía. Me enseñó varios juegos, hasta el solitario, para que no me aburriera si estaba sola. Le conté que gozaba jugando a cambiarme de ropa, y con eso me entretenía cuando mamá salía. Está bien hija, me dijo, pero ten cuidado de no estropearla, Viera trabaja mucho, y tú la debes ayudar.

Nunca quiso que sacara mi tablero de ajedrez. Tu madre lo juega muy bien, mucho mejor. Sabía que a papá no le gustaba, me había contado mamá un día que pasó toda la tarde hablándome del tío Grisha, quien era de verdad un campeón. Él me enseñó ajedrez en Rusia, me dijo mamá, y ya nunca más podremos jugarlo juntos, se tomó la cabeza y ya no pudo seguir hablándome de esa historia.

Se terminaron las vacaciones y volví al colegio pensando que ahora sí mi papá y mi mamá iban a estar solos y podrían conversar. Me puse contenta y no me dio pena entrar a clases. Lo había pasado hartito bien estando con papá todas las mañanas y pensaba por qué no podrá quedarse si estando en la mañana igual daba en la tarde, en la noche o a cualquier hora.

Una tarde al volver del liceo mamá me dijo debo hablar contigo en serio. Me dio susto, porque cuando mamá ponía esa cara y sacaba esa voz sabía que algo iba a pasar, como cuando nos vinimos a Chile. Mamá me recordó que cuando habíamos llegado mi papá en verdad tenía otra esposa y otra casa. Quería que yo supiera: ella jamás había estado dispuesta, así dijo, a aceptar la situación. Ahora papá había dejado a su otra mujer y mamá había aceptado que volviera a vivir con nosotras. Pero todavía tenía que hacer unos trámites. Eran unos papeles para que mi papá nunca se hubiese casado con otra que no fuera mi mamá. Y se puso a llorar y yo también, pero no de pena sino de feliz de estar con los dos. Pensé que las dos piezas se iban a hacer chicas, pero no importaba si papá volvía a casa. Tampoco le pregunté cómo nos íbamos a arreglar los tres, no fuera a enojarse ahora que sus lágrimas eran de contenta, de contenta repetía y repetía, y me abrazaba bien fuerte.

Papá siguió viniendo en las mañanas y trataba de ayudarme con las tareas, pero no era mucho lo que necesitaba de puro buena alumna, debe ser, como me decía la profesora y por las notas que me sacaba. Parece que los papeles eran muchos o muy difíciles, porque pasaban las semanas, empezó a oscurecer más tarde, a veces llovía y nada de nada, mi papá no se venía a vivir a la casa. Qué importaban los trámites, como les decía mamá, si él ya no estaba con la otra esposa y dormía en la pensión de la señora Froimovich. Además, pasaba cada día más en la casa, almorzaba y comía con nosotras y a veces llegaba él con la comida o le pagaba el arriendo a don Marcial, que era también el dueño del conventillo.

Le pregunté a papá de dónde sacaba el dinero. Trabajo semanal vendiendo santitos en bicicleta puerta a puerta, me dijo, es decir la gente me paga en cuotas una vez a la semana, y tengo un ayudante que me cobra mientras yo

vendo. Me rinde más, y se rió, y trabajo un poco menos, tengo mi medio pollo. No pude aguantarme y le dije cómo era que los católicos le compraban santos a un judío o él, siendo judío, viviera de vender santos católicos. Dios es uno solo, me contestó, y él me entiende a mí y a mis clientes, eso es lo único que importa, yo vivo, y ellos se van al cielo felices, qué mejor, terminó de explicarme. Y su ayudante es judío, le pregunté. No, dijo y se puso serio, es *goy*, chileno y vivaracho, con él no me hacen lesa.

Terminé el tercer grado y fue como si mi certificado de notas tuviera una varita mágica. Al mismo tiempo se arregló lo del otro matrimonio de mi papá, se trajo sus cosas de la pensión y dormía con mamá. Cambiaron el comedor por mi cama, y ahora yo dormía sola junto a la cocina y la máquina de coser. Ellos se quedaron en la pieza más grande y era divertido terminar de comer y tirarse en su cama. Claro que cuando mi mamá no me veía, porque me lo prohibió con cara de que no hablaba en broma. Cuando le pregunté por qué tantos cambios en la casa, mamá dijo que los niños no debían dormir con los padres y no entendí si la señora Juana dormía con su marido y varios de sus hijos. Nunca se sabe con los grandes, pensé, dicen cosas que no son, aunque para una sí tienen que ser.

A mi papá le cambió la cara. Estaba siempre haciendo bromas, tocando la guitarra, cantando canciones rusas o argentinas. Me moría de la risa con su acento de gringo, como decía don Marcial. En vez de arruinar decía orinar, que yo sabía que era hacer pis. A la sandía le decía sandille, y si algo no le gustaba de una canción, hacía un gesto con la mano como si estuviera espantando una mosca, apretaba los labios y le salía de la boca un no me hace feliz muy chistoso.

Una noche llegó con una vitrola. Trajo un montón de discos con cantantes y después de comer se ponían a bailar

con mamá. Era hartito entretenido y lo mejor era cuando tocaban una canción rusa, Kalinka. Ahí los dos se volvían como locos. Se tomaban de los hombros y se cruzaban para lado y lado moviendo las piernas, y mi papá daba vueltas alrededor de mamá y ella se ponía con los brazos levantados como las gitanas de la Plaza Brasil.

Mi papá nos contó que la vitrola se la había comprado a un judío, también de Kishinev, que tenía un negocio en la calle San Diegue. Diego, se dice Samuel, lo corrigió mamá riéndose. Desde entonces la música siempre se tocaba en la casa. Todos los días, a toda hora, escuchando la radio o los discos, mis papás me estuvieron enseñando para que yo también supiera reconocer de dónde eran las canciones. Así aprendí también a bailar tomada de papá, y mamá me corregía si yo daba mal un paso o perdía el compás. Entonces supe que a veces las palabras significan más de una cosa, porque yo el único compás que conocía era cuando hacia redondelas en las clases de artes plásticas.

Una mañana en que hacía mucho calor, mi papá nos dijo que había juntado unos pesos para que fuéramos a pasar un fin de semana a Cartayajne, donde estaba el mar y yo podría aprender a nadar. Mi mamá no se pudo aguantar y antes de tirarse a su cuello y darle un beso, le dijo sonriendo, Cartagena, Samuel, Cartagena.

El viaje fue largo, pero mucho menos que cuando nos vinimos de Buenos Aires. En Cartagena nos instalamos en una residencial bien bonita frente a la Playa Chica, porque había otra playa más lejos, una que en verdad era grande pero bien peligrosa. Nosotras nos fuimos todo el día a tomar el sol, y ahí mamá trató de enseñarme primero a flotar y después, cuando ya me sabía mantener a flote, a nadar a lo perrito. Mi papá no se bañó con nosotras. Partió a darse unos baños calientes de agua de mar, en una casa que quedaba en la punta del cerro que veíamos con mamá

mientras nos entreteníamos comiendo pan de huevo y cuchufli. Después de bañarse, papá bajó a la costanera y se puso a tomar cerveza en la terraza de un restorán, justo enfrente de donde nosotras colocamos las toallas. Almorzamos en la residencial, y en la tarde, vuelta a la playa mientras papá durmió su siesta antes de ponerse a conversar con un amigo. No sabía cuándo lo había conocido si era de Cartagena y él nunca había estado antes.

Mamá y papá estuvieron contentos, pero la discusión comenzó por el asunto de los naipes. Él insistió en quedarse jugando en el comedor hasta tarde en la noche y ella no daba su brazo a torcer. Me dejás la plata a mí y te llevas unos pocos pesos, le dijo, y si te aburres te vienes a acostar, nunca has tenido suerte. Papá la amenazó con que se iba de vuelta a Santiago. Muy bien Samuel, le respondió mamá, te vas y yo igual me quedo con el dinero, nos vemos el domingo. Eras una cicatriza Viera se quejó papá, salió enojado de la pieza y ella se largó a reír. La palabra es cicatera, me explicó, tu padre me quiere decir que soy una tacaña, hija, y me mostraba el dinero en su cartera.

Papá volvió después de un rato a buscar su parte para los naipes. Dame mi mesada, Viera, le pidió con una voz cómica. Nos dio un beso de buenas noches, y antes de cerrar la puerta me miró, apuntó con el dedo a mamá, guiñó un ojo, y se despidió diciéndome con esta mujer no se puede discutir, más vale estar siempre de su parte.

9

MARINA SE FUE de Toledo al amanecer del día siguiente. Me dejó una nota de despedida sobre el velador y una copia de su último disco compacto grabado hacía unos meses en Madrid. Me decía que iba rumbo a Jerusalén, a cumplir con un deseo que tenía desde la adolescencia y una promesa hecha a su abuela de dejar una petición en el *Muro de los Lamentos*. Ya nos volveremos a encontrar, terminaba diciendo, un beso, Marina.

Me sentí de nuevo a la deriva, traicionado por una mujer que se me había instalado en la piel. Pensé seguirla e intentar convencerla de que debíamos estar juntos. Me retuvo la certeza de que nada podía resultar forzando a Marina, que ella sólo se movía en el mundo controlando sus propias coordenadas, haciendo siempre realidad sus caprichos y distancias. Yo estaba condenado a que Marina marcara el palpito de mis emociones, la dirección de mis pasos y el ritmo de mis movimientos. Cualquier otro curso era fantasear, engañarme a mí mismo, creer que podía liberarme del aura y atracción que ejercía sobre mí. Yo era la ranita que aceptaba cruzar el río con un escorpión sobre el lomo, sabiendo que este fuego de seguro me quemaría, me ahogaría en sus aguas turbulentas sin que pudiera evitarlo. Pensé en que desde mi separación de Carla hacía ya más de una década, tal vez yo había sido siempre el escorpión, y mi ex-mujer y mis hijas debieron pagar los platos rotos.

Yo percibía que con Marina algo diferente comenzaba a ocurrirme, que ella era harina de otro costal, pues se me estaban moviendo todos los cimientos que había ido construyendo para vadear las decepciones afectivas.

La partida de Marina admitía una interpretación que al menos compensaba la decepción de hallarme solo en Toledo sin saber hacia dónde volver la mirada. La runa de la amistad que colgaba en mi pecho y ese "ya nos volveremos a encontrar" eran como dos anclas que de manera soterrada, quizás de pura inocencia, alimentaban mi ilusión. Nunca me había sentido tan desolado. Se había marchado, era cierto, quedándose además con toda la iniciativa, pero yo seguía viéndola rondar por el cuarto, palpitaba junto al espacio que su cuerpo había ocupado en la cama, y podía deleitarme con sus olores, sus risas y sus abruptos giros. Yo tenía también su confesión, el privilegio, ¡qué ilusión!, de haber sido el primer hombre a quien le había abierto una ventana hacia su mundo interior, sus fantasmas y sus obsesiones. La visión que tenía del amor había cambiado, estaba vuelta al revés, mis prioridades y mis urgencias de ayer, construidas a costa de grandes esfuerzos, las veía diluidas en un deseo compulsivo de aferrarme y perderme para siempre entre las voces y los atardeceres en compañía de Marina. Mi trabajo, mis hijas, mis amistades, todo mi acontecer se había jibarizado hasta casi desaparecer junto a un ayer difuso ante un presente frente al cual yo sólo ansiaba mirar hacia adelante. Por suerte, Marina y yo carecíamos de pasado, y nuestra realidad era tan débil y efímera que mis fantasías tan sólo podían anidarse en un futuro aun más incierto.

A pesar de que habían transcurrido tan sólo tres días desde mi salida de Santiago, decidí retornar de inmediato. Me daba lo mismo estar aquí o allá, en Madrid, París o Praga. La ausencia de Marina tornaba omnipresente mi

necesidad de encontrarla, y mi hogar era el único punto cierto donde sentarme a esperar su reaparición. Pagué el hotel y me dirigí al aeropuerto de Madrid, cambié la reserva para el vuelo más cercano esa misma noche, anulé el pasaje a Praga y decidí regresar a la ciudad a matar el resto del día visitando algunos centros de atracción habituales de la ciudad.

Elegí el museo del *Prado* porque nunca me cansaba de admirar los cuadros de Velázquez, y luego me fui a caminar a La Castellana. Antiguas fijaciones que me ayudaban a vencer el tedio mientras llegaba el momento de tomar el avión.

Faltaban todavía unas horas cuando de pronto, al pasar frente a una casa de artículos musicales me encontré en la vidriera con el rostro de Carlos Cano en un compacto que me había regalado Amparo hacía varios años, una española que pasó por Santiago y con quien tuve un encuentro que terminó el mismo día en que se marchó de vuelta a Andalucía. En la agenda tenía aún el teléfono de Carmen, una amiga de Amparo, y pensé que podía al menos intentar saber qué había sido de la vida de quien con tanta naturalidad se había instalado unos meses en mi existencia para luego partir con lágrimas en los ojos y olvidarse de mí para siempre.

Me alegré de recordarla con cariño, después de los muchos sinsabores que pasé esperándola sin entender jamás qué había significado ella en mi vida ni menos yo en la suya. Llamé al número que tenía anotado y me contestó Joaquín, el marido de Carmen, bastante sorprendido de que un chileno le preguntara por Amparo: "Está en Sevilla, con su familia, le haré saber de su llamada", y cortó la comunicación. Nunca entendí su frialdad y me olvidé del asunto mientras regresaba a la tienda a comprar algunos *cassettes* de los músicos y cantantes españoles de moda.

Terminé de pasar la tarde paseando en el vehículo y escuchando los últimos temas de *Mecano*, *Presuntos Implicados* y Ana Belén. Llegué a Barajas justo cuando anunciaban por los altoparlantes que era el último llamado para chequear los boletos en el vuelo de Lan Chile. Me irritaron todos los trámites y las esperas, hasta que por fin me encontré sentado en mi asiento, despegamos y la azafata me ofreció un pisco *sour*. Deseché la comida, me bebí otros tres tragos y acompañados de un par de somníferos me dispuse a dormir hasta la próxima parada en Rio de Janeiro o Buenos Aires, no importaba, yo quería dejar de pensar en Marina al menos mientras estuviese alejándome de ella.

Santiago me recibió con una de esas mañanas grises de invierno que contribuían tanto a mis depresiones. Quería estar lo más pronto posible en mi casa y como era incapaz de soportar los nervios con otro conductor al volante, arrendé un vehículo y corrí como un desaforado hasta llegar a la Alameda con Las Rejas. De ahí tuve que aguantarme los tacos. Al abrir la puerta de calle eran diez para las doce. Un récord, me dije, treinta y dos minutos justos desde Pudahuel. Desesperanzado, me fui directo al contestador telefónico, más por rutina que por saber quién me había llamado. Primero apareció mi madre, retándome que cómo era posible el haberse enterado de mi viaje por sus nietas. Luego unos ruidos que me parecieron una pitanza y cuando me alejaba hacia el dormitorio a dejar mi maleta apareció la voz Marina, nítida y musical. Yo sentí que se me paraba el corazón: "Esperaba tu arribo, Toledo fue hermoso, y mi visita a Jerusalén tampoco fue en vano".

10

A LA VUELTA DE MOSCÚ, la escarcha cubría los campos que rodeaban Kishinev. La ola de frío se había extendido hasta el mismo Mar Caspio. Viera sabía lo que significarían las heladas para la mayoría de los habitantes de su lugar natal: malas cosechas; muerte o baja de peso de los animales; de seguro, un año de carestía que incluso podía llegar a la hambruna.

Retornaba luego de pasar varias semanas tras la huella de su hermano. La búsqueda la había dejado con una sensación ambigua. Después de mucho insistir y golpear diferentes puertas había obtenido al menos el reconocimiento oficial de que Grisha se hallaba detenido. Se le podía hacer llegar comida y ropa, pero el envío de correspondencia estaba prohibido. Debían hacer entrega de los paquetes en unas oficinas de la Gendarmería General en Moscú. En cuanto a información sobre el paradero del reo le dijeron que era imposible: se trataba de un caso especial, de un detenido de alta seguridad y no admitían visitas ni cartas del preso. Todo quedaba así en manos de las autoridades, quienes le harían saber a la familia en caso que se produjera alguna novedad en el proceso.

A fin de facilitar la comunicación, optó por dejarle a los captores la dirección de unos amigos en Moscú y acordó con ellos mismos la forma de hacerle llegar a Grisha los envíos que harían periódicamente desde Kishinev. El consejo de todas las personas con quienes había hablado era

similar: sólo cabía la espera.

Decidió por fin regresar a Kishinev. Mientras el tren recorría su último trecho antes de llegar a la frontera, rescató las facciones de Grisha. Lo veía en la ventana de su compartimiento y observaba sus gestos. Quería saber, adivinar cuáles eran sus sentimientos. Él se mantenía inmutable tras el vidrio, con un leve rictus que se asemejaba tanto a la risa como al dolor. Sin embargo, de pronto Viera lo vio claro, era un gesto mucho más sutil, más ambiguo, era una mueca única en su género: era el rostro de la desesperanza. Con esa cara le estaba diciendo lo que ella andaba buscando: contra los tuyos es imposible luchar, es comenzar por la derrota.

La imagen se le esfumó cuando anunciaron que se podía pasar al coche-comedor para la cena, y de allí en adelante sólo se preocupó de descansar. Ya vería mañana cómo reiniciar el camino, el cual, a medida que lo recorría, más se le erguía plagado de escollos y encrucijadas.

Esta vez su madre no se sorprendió al verla aparecer. Había transcurrido más tiempo del que habían pensado. El semblante de Brana Fischer, arrugado, y su pelo más encanecido y desordenado, denotaban la impaciencia de la espera. Viera arrojó su pequeña maleta sobre un diván y procedió de inmediato a contarle lo que había averiguado de Grisha. Omitió los detalles y prefirió no decir nada de sus propias cavilaciones. Ya desde el viaje anterior su madre había sufrido una transformación no sólo de su aspecto, sino también del carácter. Parecía una rosa quebrada. Le costaba hilar las frases, se permitía largos silencios, como si necesitase aprovechar esos espacios para poder finalmente decir lo que pensaba. Su mirada dejó de ser recta y cristalina. Las pocas palabras que pronunciaba las decía con la cabeza gacha, sin ese dejo musical que tanto gustaba a sus hijos. Escuchó a Viera de pie hasta que

terminó sin interrumpirla, y daba la impresión de que todo lo que oía ya le era conocido. Viera trató de consolarla:

–Al menos sabemos que está vivo y podemos enviarle ropa y comida –dijo armándose de valor.

–Está preso y no puedo verlo, y eso es lo único que me importa –fueron sus escuetas palabras y dando media vuelta se dirigió a su dormitorio arrastrando los pies.

Regresó a los pocos minutos y sin abrir la boca le alcanzó un sobre. Era una carta de Samuel. Viera la dejó encima de la mesa del comedor y se fue a preparar un té mientras Brana Fischer volvía a quedarse parada en el mismo sitio anterior.

Viera sabía que en el fondo estaba postergando la decisión. Su partida significaba que Brana Fischer tendría que vender la tierra, la casa y trasladarse a vivir donde su hermana. Permanecer junto a su madre era olvidar la ilusión del matrimonio, de los hijos, una casa arreglada a su gusto y, lo más vital, era renunciar al amor. En el pueblo ningún hombre se iba a fijar en una mujer casada. La esperaba la misma fortuna solitaria de sus amigas y primas que habían perdido a sus compañeros muertos en el frente de batalla. Sería como una viudez anticipada. Quería partir, pero Viera sentía que era un camino viciado por el egoísmo y el abandono. Aquello no podía permitírselo, iba contra valores que habían constituido la razón de ser de su existencia. Recordaba a su padre y le resultaba imposible la idea de justificar ante él la opción de no acompañar a su madre al menos hasta que se resolviera la situación de Grisha. En verdad no tengo alternativa, concluyó, Samuel tendrá que seguir esperando.

Puso el vaso al lado de la carta, miró a Brana Fischer que seguía inmóvil en su postura y, lentamente, abrió la misiva y la leyó en voz alta. Era muy comprensivo con lo

que estaban viviendo y les deseaba suerte. Pero le rogaba que tomara una determinación. Eres mi esposa y debes estar a mi lado, decía, y el dinero que ahora te envío para que te vengas será el último. Decide tú, mi amor, terminaba cariñoso, yo te sigo esperando.

Levantó la cabeza y se dio cuenta de que el deterioro de su madre también tenía que ver con su propio sufrimiento. Brana Fischer jamás aceptaría ser mirada como una víctima que requiere el sacrificio de un ser querido. Era demasiado orgullosa para poder seguir instalada en el mundo sobre la renuncia de Viera a su propia felicidad. La envejecida mujer alzó el rostro y le dijo con la voz de antaño:

—Cumple con tu deber, hija. Igual ya habías decidido marcharte.

Viera se paró, argumentó largo rato sobre la necesidad de permanecer juntas, de ayudarla y de que Samuel debería entender una decisión de postergar su partida. Por último, le argumentó cómo pensaba obtener algún dinero para el boleto y para sus gastos.

—Tú sabes que eso no es posible —le respondió Brana Fischer—, y yo me las puedo arreglar sola con lo de Grisha, y eso también lo sabes.

Ahí se dio cuenta de que había llegado a subestimar a su madre en los últimos meses. Se veía tremendamente afectada y los años se le habían venido encima de improviso, pero aquellas palabras le demostraban que seguía teniendo el mismo temple por el cual siempre la había admirado. La suya era una posición inquebrantable y de una lógica difícil de refutar. Lo suyo era sentimental, tratar de compatibilizar disyuntivas inconciliables, detener el devenir cuando su intuición le indicaba que lo más razonable era darle curso y asumir sus consecuencias.

—Esta bien, mamá —dijo finalmente Viera—, me iré,

pero no sin antes ayudar a liquidar todo y que se vaya a vivir donde tía Clara.

Ambas sonrieron y se abrazaron. Brana Fischer besó a su hija en las dos mejillas y le pidió que comenzaran a preparar los paquetes que enviarían a Moscú. Viera sintió que a pesar del cansancio y la tensión no sería capaz de dormir mientras no despachara la encomienda.

Fue a dejarla al correo y al regresar de la calle, el crepúsculo se había posado sobre los techos y las copas de los árboles, y un constante aguacero había convertido en un lodazal todos los senderos. El frío seguía calando los huesos y los hombres cargaban leña bajo las mantas para alimentar las estufas. Malos tiempos para vender, pensó Viera, quién compra tierras en un año como éste.

Se acostó de inmediato. Había tomado ya una determinación y pasaría un tiempo hasta que pudiese concretarla. Fantaseó con la idea de que tal vez sabrían algo de Grisha antes de su partida.

Al despertar, la claridad de la mañana iluminaba toda la habitación. Se sentó en la cama y al no escuchar ningún ruido se levantó extrañada de que su madre no estuviese ya trabajando y haciendo ruido. Fue a su cuarto y no la encontró, pero se sintió tranquila al encontrar una nota donde le decía vuelvo pronto, no te preocupes. Se vistió y preparó su desayuno habitual. Leche caliente con miel y un delicioso pan blanco recién horneado por su madre. Tomó *El Quijote* y lo abrió en la parte de la cueva de Montesinos. Leyó los capítulos un par de veces, hasta estar segura de haber entendido bien aquel episodio donde se confundía la realidad con el sueño y la fantasía. Cerró el libro, vio a Grisha sentado en la mesa y le pidió con toda la fuerza de su corazón que no dejara de visitar a mamá: necesitaba su promesa de estar con ella durante los años que le quedaban de vida. Sólo entonces, con tu palabra

podré partir tranquila, le rogó, y viendo su sonrisa supo que el porvenir le pertenecía y que nada podía ya impedir su derecho a tratar de conquistar de nuevo la alegría.

11

VOLVIMOS A IR DE VACACIONES a Cartagena durante varios años. Cada vez nos quedábamos más tiempo. A mí me encantaba, había mucha gente y llegué a tener dos amigas. El último verano que pasamos en el balneario ya estaba en segundo de humanidades. Me había cambiado al Liceo 1 de Niñas. Quedaba también cerca de la Plaza Brasil y hacía tiempo que nos habíamos ido del conventillo a una casa en el barrio enteramente para nosotros.

Mis padres comenzaron a trabajar juntos. Estaban a cargo de la concesión del club judío-polaco. Mamá era quien se ocupaba de la cocina y papá hacía de anfitrión con los clientes, jugaba a los naipes para retenerlos después de la cena y se encargaba de ir al mercado.

Eran buenos tiempos, si no fuera por la Segunda Guerra Mundial. Cada noche, mis padres se instalaban frente a la radio a escuchar los detalles de cómo iban las batallas. Los invadió un estado de desesperación el día que los alemanes invadieron Polonia y rayano en la locura cuando cruzaron la frontera de la URSS. Al poco tiempo, mi madre comenzó a participar en un grupo antinazi que apoyaba a los aliados. Un día llegó muy contenta porque habían logrado que se cerraran algunos negocios de partidarios de Hitler en el centro de Santiago. Ella misma había visto cómo la *Cordonería Alemana* bajó sus cortinas ante una multitud enardecida que gritaba consignas contra los nazis. Al mismo tiempo, empezó a idear cómo saber qué

había pasado con la familia en Kishinev. A través de un contacto en la embajada de Inglaterra, envió una carta a mi abuela Brana. Pasaron más de tres meses, hasta que un día la mandaron a llamar de parte del cónsul británico. Allí le habían entregado un sobre con la letra de su madre.

Mamá apareció de vuelta en la casa después de las diez de la noche. Mi padre estaba muy preocupado. Era viernes y el club no funcionaba. Dónde podrá estar, Viera jamás hace esto, repetía cada vez más nervioso. En cuanto llegó a casa, se le notaba en la cara que algo terrible había ocurrido. Contó que anduvo caminando por la ciudad tratando de calmarse, no quería que la viéramos tan afligida. Pero qué noticias tienes, dímelo Viera, le preguntó papá. Mi madre se sentó en una silla, desdobló la carta de la abuela Brana y nos leyó un párrafo que era sin duda la causa de su estado. La abuela estaba postrada en cama, y había hecho el esfuerzo de escribir esas líneas donde le contaba a mamá que los nazis habían matado a casi todos los judíos de Kishinev y ella era la única sobreviviente de la familia.

A pesar de esa noticia, no pudimos disimular nuestra felicidad con la victoria final de los aliados. Mis padres celebraban además el retorno de Moldavia a territorio soviético. Mamá con su grupo participó en el desfile de carros alegóricos que recorrió las principales calles de Santiago en homenaje a las tropas combatientes y como signo de alegría por el término del conflicto.

En esa época estaba en mi último año de humanidades. Mi deseo más íntimo era estudiar Filosofía y Letras, pero me daba temor decírselo a mis padres. Todas mis amigas terminarían el liceo y se quedarían en sus casas ayudando hasta que se casaran y se fueran del hogar. Yo sabía que esa era también la manera en que papá veía las cosas, y preferí evitarme una discusión que pensé no me

conduciría a ninguna parte. Papá ya me había dicho que al terminar mi sexto año en el liceo debía hacerme cargo de la casa y liberar así a mamá de la doble carga de trabajo. Ella nunca abrió la boca a este respecto, y quise creer que su esperanza secreta era que yo fuese una profesional, aunque mamá no se atreviera a planteárselo a mi padre. Así, pasé a ocuparme de la casa mientras mi madre se dedicaba a su trabajo junto a papá.

La vida en casa no resultó tan mal, pues a pesar de mi frustración de no continuar estudiando en la universidad, descubrí que podía ser feliz escuchando música y leyendo poemas. Me pasaba horas oyendo los discos que poco a poco se habían ido acumulando. Teníamos un tocadiscos más moderno y un gran mueble donde mi madre había ordenado los álbumes por autor. Prefería la música clásica. Mi padre era un fanático de las canciones folclóricas rusas, de las zambas argentinas y el tango. Mamá lo que más escuchaba era ópera. La voz humana es el instrumento más perfecto, solía decir, y se ponía a imitar las poses y los gestos de alguna cantante que había visto desde la galería en el Teatro Municipal.

Los libros que había en casa los había releído varias veces. Deseosa de conocer nuevos autores, o conseguir algún otro título, recurría a la biblioteca del liceo. Era bastante completa, aunque no era fácil encontrar libros muy nuevos. A mí no me importaba, era dichosa cuando encontraba alguna obra que andaba buscando. Las dos personas que me aconsejaban era don Marcial, incansable lector aunque jamás tuvo un libro propio, y mi ex-profesora de Química, quien siempre aprovechaba los recreos para instalarse a leer en el patio mientras sus colegas se dedicaban a conversar y a tomar café. Doña Blanca Concha venía de una familia de escritores y jamás se había conformado ante su falta de dotes literarios. Leía todo lo que

estaba a su alcance, sin perder la esperanza de que algún día eso le permitiría ser ella por fin quien inscribiera su nombre en una portada. Gracias a sus consejos pude saber más de los clásicos rusos. Me gustaban todos, pero quien me fascinaba era Tolstoi. Gozaba y lloraba con las penas y alegría de sus personajes, y en esas lecturas descubrí que sin ser muy consciente yacía en mí algo de lo que llaman el alma rusa.

Un par de años después de que yo terminé las humanidades, mis padres dejaron de trabajar juntos en el club judío-polaco. No les debe haber sido fácil estar casi todo el día uno al lado del otro. Papá había tenido una racha de suerte en una de sus partidas de naipes y decidió comprar una pequeña zapatería en la calle Arturo Prat, al otro lado de la Avenida Matta. Le iba bastante bien. Al poco tiempo compró un automóvil Chevrolet con pocos años de uso, y así pudimos irnos de vacaciones por nuestra cuenta.

Terminada la guerra, la gran preocupación de mis padres se volcó hacia la formación del Estado de Israel. Aunque disentían en muchos puntos de los postulados sionistas, ansiaban el retorno de los judíos a la tierra prometida. Yo me sentía cercana a sus inquietudes y deseos, pero nunca quise participar en actividades dentro de la colonia. Muchas de mis amigas y amigos eran chilenos y católicos, y los judíos a quienes frecuentaba tenían una actitud tan cerrada con los árabes que yo prefería dejar de lado el tema para evitar discusiones. Lo más excitante era ir al cine los domingos a la matiné. Pero también nos reuníamos en la casa de alguno de nosotros a compartir las fiestas y los ritos religiosos. En una de esas celebraciones judías conocí a Bernardo, sin sospechar que ese encuentro alteraría para siempre el curso de mi vida.

PASARON LAS SEMANAS, la primavera echó raíces y flores en Santiago, y Marina no dio la menor señal de vida. Después de aquel mensaje suyo cuando recién llegaba de vuelta de Toledo, yo me había labrado la esperanza de que al menos se mantendría en contacto. Fue una mera ilusión, parecía como si se la hubiese tragado la tierra. Era tal mi desengaño, mi frustración, que llegué a convencerme de que estaba enamorado de una quimera, que era un estúpido de telenovela, y me propuse olvidarla. Recuérdala como si hubiese sido un sueño, me repetí mil veces: Marina pertenece a un mundo de fantasía. Revivía la conversación en el solar y me decía esta mujer está loca, su forma de ver la realidad es típica de los enfermos sicóticos, imaginando conexiones inverosímiles, creyendo que cada evento se explica en función de su historia personal, haciendo de su vida el centro del universo, el sol que a todos nos ilumina.

Descalificándola, intenté borrarla de mi memoria, expulsarla de mi corazón y de mi vida. Fue un esfuerzo inútil, la peor forma de engañarme porque mientras más la rechazaba, la ofendía, la insultaba, más la quería y la recordaba. Marina resistía todos mis subterfugios para arrancarla de mis jornadas extendidas por el insomnio. Me sentía cansado, sin deseos de trabajar y mientras más agotado terminaba el día, más difícil me resultaba conciliar el sueño. Perdí el apetito, bajé de peso, y me pasaba el día tomando café, bebiendo vino blanco helado desde el atar-

decer y fumando, a toda hora con un *Lucky Strike* sin filtro en los labios. Gonzalo me convenció que pidiera hora donde un siquiatra amigo. El hombre me atendió con amabilidad y pareció realmente interesado en mí.

—Estás con estrés, y en tu estado nadie podría trabajar bien—, concluyó, ofreciéndome una licencia por cuatro semanas y recetándome ansiolíticos, antidepresivos y somníferos.

Los formalismos estaban de más, yo ejercía como independiente. Acepté su consejo y le avisé a mis clientes de un tifus y que sus proyectos se retrasarían.

Compré los medicamentos y me fui a la casa que dejó mi padre en Con-Con. Le pedí a Gonzalo que se trasladara al departamento durante mi ausencia por si había noticias de Marina y me dispuse a descansar. Hasta me olvidé de llamar a Carla para comunicarle mi decisión y pedirle que por favor se encargara de Manuela y Javiera durante las próximas semanas.

El retiro me ayudó a salir del cansancio, recuperé peso y comencé a dormir mejor. Dejé de beber en exceso y de a poco disminuí los cigarrillos. Me sentía menos angustiado, aunque más lento de mente y de reacciones. Mi ánimo fue mejorando, deseoso de retomar los trabajos pendientes y de normalizar mi vida. Decidí hacerle caso al médico y volver a verlo antes de retornar a mi trabajo. Se alegró de verme mejor y después de pedirle a la secretaria que por favor trajera dos cafés me preguntó:

—¿Y lo de Marina, cómo va?

Guardé silencio un instante, lo odié, me tomé otro respiro mientras nos traían el café y cuando la mujer ya había cerrado la puerta respondí:

—Igual, en verdad peor, porque no sé nada de ella y ya ha pasado más de un mes.

—Te puede parecer cruel, y disculpa el lapsus —dijo con

voz sobria-, pero siempre he envidiado a las personas que se enamoran como tú.

-Ya a estas alturas no sé si es amor, obsesión u orgullo -dije de inmediato-. Quizás son la misma cosa cuando es puro sufrimiento.

Agregó unos comentarios sin importancia, me bajó las dosis de antidepresivos y tranquilizantes y me sugirió que comenzara a trabajar de a poco.

-Debes partir con no más de media jornada- me recomendó con una mirada que me pareció compasiva, -si todo va bien de aquí a veinte días te podré dar de alta-. Cualquier problema, me llamas, -y se despidió con un suave apretón de mano.

Me fui a recoger mi automóvil y al llegar al primer piso recordé que había olvidado cancelar la consulta. Me dio rabia pensar que debía pagarle además por escuchar sus confesiones sobre su frustración amorosa. Eres una mierda, un prejuicioso, me dije ya más relajado, mientras me bebía una cerveza fría en la terraza de mi casa, el tipo está seriamente intentando ayudarte, allá él, es también un ser humano, y parece un buen siquiatra.

Al día siguiente llamé a mis hijas para ponernos de acuerdo cuándo vernos y hablé con Carla para arreglar cuentas y reordenar el acuerdo con las niñas. Hizo como si nada hubiese ocurrido, diciéndome con voz poco convincente que entendía mi situación. Le respondí gracias por la comprensión y colgué.

Retomé los proyectos más atrasados y me puse a dibujar frente al tablero sin forzar la marcha, asumiendo el trabajo como si fuese un *hobby*.

Durante mi descanso había tomado una sola decisión importante, aunque todavía era incapaz de dar un paso para comenzar a hacer de ella algo tangible. Debía ser yo ahora el que ubicara a Marina e invitarla a un lugar decidi-

do por mí. Dar vuelta el orden de una relación que había estado marcada por su ritmo, sus urgencias y sus caprichos. Si yo significaba más que una aventura, entonces Marina debía estar dispuesta a seguirme aunque fuese por unas horas. Mi estrategia exigía dar con su paradero y, para llevarla a cabo, la única alternativa era dirigirse a la casa de su familia. Y ése era mi gran problema, lo que me había tenido paralizado desde que decidí buscarla. ¿Cómo abordar a su madre, quien vivía en una suerte de refugio abierto tan sólo para sus hijos?

Marina había contado dentro de su relato en Toledo, de su tensa lucha destinada a sacar a su madre de un encierro interno que se asemejaba a una muerte en vida. De su desconfianza absoluta por cualquier persona que no fuese de la familia, y de su rechazo a hablar de cuestiones íntimas con nadie que no fuese ella o su hermano David. Esa era la valla que yo debía intentar sobrepasar, y la verdad es que me sentía con muy pocos elementos a mi favor. Lo más seguro era que ni siquiera supiese de mí. Y tal vez, aun cuando Marina hubiese vuelto a Chile, era incluso factible que su silencio hubiese alcanzado hasta su propia madre. Y entonces todo sería inútil, otro espejismo, porque aun rompiendo el hielo que la cubría, no tendría cómo darme una señal del paradero de su hija.

Había elucubrado durante todas las últimas semanas diversos diálogos y tácticas. Hasta se me ocurrió la locura de hacerme pasar por empleado de la compañía de teléfonos, colarme en la casa e intervenir el aparato. Al llegar a ese extremo me di cuenta que lo mejor era presentarme con la verdad simple y desnuda. Tocar a la puerta, contarle que conocía a Marina, que había estado con ella hacía un par de meses, que nos separamos cuando partió a Jerusalén, que sabía lo de la señora Viera en Buenos Aires y, por último, que estaba enamorado de ella y quería saber si

tenía cómo ubicarla. La dirección estaba en la guía de teléfonos, a esas alturas la guardaba en la memoria. Era tan difícil y tan sencillo como superar el temor y dirigirme a la casa ubicada en la parte antigua de la ciudad.

Partí por fin un día precioso a la hora del atardecer, con los arreboles iluminando Santiago en el contraste del rojo y el celeste, con esa tibieza agradable que sólo es posible en primavera. Conduje pausadamente, evitando la Alameda por Balmaceda hasta llegar a la Avenida Brasil. Torcí a la izquierda, avancé un trecho, estacioné el vehículo y decidí caminar las últimas tres cuadras. Esta era otra ciudad, nada tenía que ver con los espacios donde yo he vivido. Aquí las casas eran viejas y muchas estaban en mal estado, había calles de adoquín, todo era más oscuro y lúgubre. Casi no se veían árboles ni automóviles último modelo. Los almacenes eran los mismos viejos boliches del ayer, y no los supermercados que habían invadido el resto de Santiago. Los perros y los gatos no eran de raza, sino cruza indefinibles, la mayoría sucios y más bien flacos. La gente, clase media baja, sin aspavientos, de vidas sencillas, como si habitasen una aldea grande enquistada dentro de una urbe mayor pero ajena a su destino. Me sentí mal, extranjero, como un convidado de piedra con mis zapatos *Hush Puppies*, mis vaqueros *Lee* y mi chaqueta de gamuza a la última moda. Era un *rollo* mío, porque nadie pareció fijarse en mi presencia. Me imaginé viviendo en un gran escenario donde todos podíamos ignorar a los demás actores, vaciar las frustraciones a través del simple expediente de tornarnos mutuamente invisibles.

La casa de la madre de Marina era igual a tantas de ese sector. Ubicada en una calle de veredas angostas sin jardín anterior. Alta, de poco frente, una gran puerta al centro de dos batientes, ventanas alargadas a los costados. Gris, antigua y sin ninguna pretensión. A un costado de la

entrada había una *mezzuzza*, el pequeño símbolo con un pergamino que según la tradición debe tocarse para la buena suerte antes de ingresar a un hogar judío. Respiré hondo y pulsé el timbre. Apareció una mujer de unos sesenta años, aún bella, vestida con un traje dos piezas como los que usaba mi madre hacía dos décadas.

—¿A quién busca? —preguntó con sorpresa en el rostro.

—Soy amigo de su hija y... —no alcancé a iniciar mi historia cuando apareció Marina asomándose por la ventana izquierda.

La sorpresa me quitó el habla y debí apoyarme en el marco de la puerta para sostenerme. Sentí que todo me daba vueltas y se me aceleraba el ritmo cardíaco. La mujer se retiró con un saludo en voz muy queda y yo me quedé ahí mudo a un metro de Marina.

Lucía una blusa ajustada de encajes color obispo, y su cara sin una gota de pintura me recordó alguna de las mujeres de Chagall. Su colita ya no era añil sino violeta, y me pareció que su ojos tenían menos brillo. El cutis terso dibujaba con precisión cada uno de sus rasgos y al mirarle los labios sentí que hubiera muerto por darle un beso. Me observaba fijamente, y todo su ser, su pose de medio cuerpo, parecía decirme te he estado esperando.

—Ves como nos buscamos cuando es posible el encuentro —me dijo alargándome una mano—, llegué en la mañana. Supe al entrar a casa que aparecerías antes del anochecer.

13

VIERA DECIDIÓ MARCHARSE de Kishinev a comienzos del otoño. Su madre se las había ingeniado para llegar muy pronto a un buen acuerdo con los vecinos, traspasándoles la pequeña granja a cambio de veinte pagos anuales que le servirían como una suerte de renta vitalicia. Brana Fischer deseaba verla partir lo antes posible: los compromisos eran sagrados, así se tratara de un acuerdo comercial o, como esta vez, de la ausencia definitiva de su única hija.

Optó por tomar la ruta en tren hacia Génova, desechando el camino más habitual de embarcarse en Odessa. Desde el puerto italiano emprendería el largo viaje a Buenos Aires haciendo escala en Dakar y, muy probablemente, varando por primera vez en las costas de América del Sur en el puerto de Santos. Si todo marchaba bien, podría encontrarse con Samuel antes de que terminara la primavera en el otro hemisferio. El destino le estaba regalando un verano luego de un par de inviernos que, hasta donde alcanzaba a retroceder en su mente, habían sido de los más crudos de sus años en Moldavia.

La despidieron con una gran comida en la casa de los Levy. Durante toda la noche desfilaron familiares, amigos y vecinos del pueblo. Hasta tuvo ánimo a las tres de la madrugada para reintegrarse a las rondas y bailar un *Kasachok* con su tío Naum, el único hermano vivo de su padre.

Disimulando su pena, Brana Fischer conversaba con la familia de Samuel, les contaba el itinerario de su viaje, y

de lo poco y nada que sabían del paradero de Grisha.

Se estaba yendo de Kishinev con la sensación de dejar una tarea inconclusa; de arrastrar consigo un ciclo abierto y herido que la vida le había impuesto. Sentía no ser dueña ya de su propio destino. Le gustaba hacerse cargo de las circunstancias que guiaban su andar por el mundo, controlar sus pasos, pero comenzaba a intuir, a aceptar, que la realidad había ido tejiendo una malla imposible de deshacer.

—Es parte de nuestro crecimiento, de la madurez, aceptar que a veces ni siquiera Dios es omnipotente —le reiteraba Brana Fischer cada vez que volvía a deslizar una duda.

Viera sabía que sus demoras inventadas eran excusas de última hora, autoengaños para anestesiar la creciente culpa invadiendo cada momento mientras se acercaba su inevitable partida. Cuando por fin tomó el tren a Italia, ya sólo la embargaba la percepción de que su existencia pasada había decantado en un cúmulo de remembranzas que rondaban en torno a la calidez hogareña; del recuerdo de voces y rostros queridos a quienes debería rescatar día a día del olvido. Ahora pasaría a convertirse en la primera generación de una estirpe por nacer. Todo lo vivido junto a sus abuelos, a sus padres, a su hermano, formaba parte de la escisión de una familia truncada en la lucha por la sobrevivencia y los ideales marchitados. Emprendía la retirada con un sabor amargo, a sabiendas de que su búsqueda de la felicidad en otros parajes evadía una sucesión de dolores, alegrías, y marcas imborrables. El suyo, ese adiós sin retorno, era un brinco a la esperanza teñido por el abandono.

Al descender del tren en Génova, aún tenía la faz de su madre tallada en las pupilas. Brana Fischer se le había instalado en las retinas con la porfía de los difuntos que se niegan a morir; con esa terquedad un poco infantil de

quienes luchan, a pesar de que la tumba los espera, por regresar del camposanto junto a los penitentes y deudos amados. Ni siquiera podía rescatar con tal nitidez los rasgos mortecinos y la firme figura de su padre el día de su entierro. Sentía en sus venas la desolación acosando a su madre; tornando la distancia infranqueable en una muerte adelantada que no obstante era todavía la vida o, al menos, su caricatura disfrazada por la ilusión de una futura cercanía a través de cartas que apenas les servirían para confirmarle su presencia al otro extremo de la tierra.

En el momento preciso antes de embarcarse en el *Garibaldi*, recordó el dicho de Brana Fischer en la última disputa que habían tenido hacía más de un lustro, apenas sucedido el triunfo de la Revolución de Octubre. Conversaban animadamente de los tiempos que se estaban viviendo, hasta que sin saber cómo, el diálogo desembocó en los amores clandestinos de Grisha con Ana Madlikova. Una vez más, la antigua disputa con sus padres sobre esa pasión de su hermano por una mujer *goy*.

—Ustedes madre, se escudan en la tradición para no permitirse los sentimientos; aún piensan que respetar a Dios es ser feliz a costa de renunciaciones y sacrificios sin sentido —se había atrevido a decirle cuando ya su madre se había negado a aceptar todos sus argumentos para justificar el idilio.

Brana Fischer la había mirado con una mezcla de rabia y pena y, sin poder contenerse, le había respondido con una voz seca y dolida:

—Lo que has dicho es una ofensa, y no sé si podré perdonártelo; cuando me muera, querrás verme aunque sea por el ojo de la cerradura.

La sentencia le pesaba justo en estos instantes, cuando lo único que deseaba era retenerla risueña. Al decir aquellas palabras, su madre se había burlado del tiempo para

advertirle que jamás le sería fácil borrar el peso de su amor y su figura. Sí, esa frase premonitoria le había enseñado que el rigor de la sangre trama vínculos demasiado intensos, y que aun desde la lejanía o la muerte, quien nos allana el camino a la vida reclama su derecho a ser recordada y reconocida en su estatura de diosa de nuestra procreación y merecedora de respeto y lealtad. Debía ser fiel a aquellos vínculos de filiación, impedir que el tiempo y la distancia fuesen transformando en bruma las vivencias y sentimientos más sólidos y profundos. Brana Fischer no requeriría jamás ser buscada a través de subterfugios, de ninguna metáfora: su aura la llevaría en la piel dondequiera la condujese su viaje hacia el mañana.

BERNARDO ERA ALTO y tenía fama de ser un hombre difícil de abordar. Su historia era un tanto inusual para la generación a la cual pertenecíamos. Casi todos éramos hijos de extranjeros que se habían venido desde Europa del Este durante los últimos treinta años. Él, en cambio, pertenecía a una de las pocas familias judías que habían vivido en Chile desde mucho antes de la Independencia. Vestía siempre de terno oscuro, una perla en la corbata y zapatos negros relucientes como un espejo. Nadie sabía muy bien a qué se dedicaba, pero se comentaba que trabajaba en algo relacionado con joyas y metales preciosos.

Lo vi por primera vez en la circuncisión del hermano de Sara Bronstein. Formaba parte del grupo de diez hombres requeridos para efectuar el rito religioso. Durante la ceremonia buscó incesantemente la ocasión de mirarme y yo, la verdad, no le quité los ojos de encima. Una vez que el rabino cortó el prepucio y al niño se lo llevaron al segundo piso, Bernardo se las arregló para mantenerse cerca mío. En ningún momento, sin embargo, trató de hablarme, sólo me hacía ver que estaba pendiente de mí.

Apenas finalizó la celebración, volví a casa acompañada por una tía de Sara que vivía cerca nuestro. Mientras caminábamos no podía dejar de pensar en él y sentía la seguridad de que tarde o temprano nos volveríamos a encontrar. Procurando no parecer interesada, le pregunté quién era aquel desconocido. El padre de Sara lo conocía

por una antigua amistad con la familia de Bernardo. Lo había encontrado de nuevo hacía un par de años en torno a las mesas de dominó que se formaban en el restorán de Jacobo Loewental. La relación entre ellos parecía más bien de padre-hijo que la de dos amigos. Su apellido era Mavlis y ya pasaba de los treinta años. Había combatido, según se decía, junto a las tropas aliadas en el desembarco en Normandía. El desencuentro con su propio padre venía de muchos años atrás, cuando en vez de regresar a Chile desde Francia con sus nuevos conocimientos para aportar al negocio familiar de exportación de vinos, Bernardo decidió dejar todo, o escapar más bien, dicen algunos, acotó la tía de Sara, y partir a enrolarse al ejército en Inglaterra. Apenas comenzó la segunda guerra se ofreció como voluntario, y luego de innumerables cortapisas de los ingleses fue aceptado para formar parte de las fuerzas unidas que intentarían reconquistar el Continente. Se comentaba que había sido dado de baja antes del término del conflicto debido a una herida de guerra. De allí su leve cojera que lo hacía arrastrar una pierna. Había regresado a Chile meses después de Hiroshima y Nagasaki. Desde entonces, jamás había vuelto a trabajar con su padre, no se veía con su familia, y se dedicaba al comercio independiente. Era un hombre introvertido y al parecer bastante serio. Nunca había contado nada de lo que le había tocado pasar en el frente de batalla. Es soltero y al menos en la colonia se desconoce a quien pudiese habersele acercado, terminó la tía de Sara, aunque sí hay muchas que se han fijado en él.

Lo volví a ver dos domingos después cuando fuimos con el grupo de amigos al cine a ver *Lo que el viento se llevó*. Ahí estaba sentado en puntibanca con la pierna herida hacia el pasillo. Primero nos saludó cortésmente a todos y luego me miró por unos instantes. Esta vez no pude sostenerle los ojos y me refugié tras el cuerpo de Boris, el más

corpulento de mis amigos. A la salida Bernardo ya no estaba en la sala y experimenté una gran decepción. A esas alturas Sara se había dado cuenta de lo que me estaba pasando y, sin hacer ninguna pregunta, prometió hacerme saber cuando fuese de nuevo a su casa.

La oportunidad se presentó para la fiesta de *Pesaj* a fines de marzo. Fui invitada y mis padres me autorizaron a dejar de asistir a la que se celebraba en el club todos los años. Usted ya es grande y sabrá adónde quiere ir, dijo mamá sin poder ocultar su tristeza. Bernardo apareció cuando ya nos disponíamos a comer. Se acercó a la cabecera donde estaba el dueño de casa, le dijo algo al oído, y se sentó en el asiento que le tenían reservado. Quedamos en el mismo lado, con cuatro personas entre medio. La cena se me hizo eterna, y estaba cada vez más decepcionada hasta cuando sirvieron el café y luego pasamos al living. No sé cómo Sara se las ingenió para sentarnos juntos. Hice grandes esfuerzos para no ponerme a temblar mientras él parecía atender tranquilo la conversación de los más adultos.

En un momento en que ofrecieron queque de miel Bernardo giró la cabeza hacia mí y dijo con una voz un poco ronca, al fin tengo el placer, señorita, ¿aceptaría ir al cine conmigo? No supe qué contestar, me paré del asiento y me fui a encerrar al baño. Quería decir sí, por supuesto, pero sabía que jamás me darían permiso para ir sola a ver una película con un hombre mayor, quien además era un extraño para mi familia. Tampoco quería herirlo.

Volví a la sala, mi lugar seguía desocupado y Bernardo permanecía al lado. Antes de que terminara de sentarme me miró sonriendo y casi como un murmullo dejó escapar un no se preocupe, yo la entiendo. Es usted muy amable, me atreví a decir, muchas gracias. Entonces se paró, procedió a despedirse de los invitados, le dio las

gracias a los padres de Sara y se marchó.

La siguiente vez que lo vi estaba en el club en una de las mesas de veintiuna real. Hizo como que no me conocía y yo me sentí triste y decepcionada. Volvió a menudo pero jamás parecía reconocermme. Un día le escuché a mi padre pronunciar su nombre en la mesa, comentando que aquel nuevo jugador se las traía. Qué significa eso, le pregunté para saber algo más de Bernardo. Conoce de naipes, vaya si sabe jugar, exclamó con admiración.

Una noche apareció de improviso en casa junto a mi padre. Lo había invitado para que conociera a la familia. No sabía que fuese su hija, le dijo a mi padre, la he visto en casa de Felipe Bronstein. Mi madre le dio la mano y los invitó a sentarse mientras les traía té con su exquisita torta de crema blanca y bizcochuelo. Viera, le gritó mi padre hacia la cocina, mira, ven, Bernardo combatió a los nazis en Francia, y hasta se ganó una medalla al mérito. No hables tan fuerte, Samuel, respondió mi madre sirviéndole en una bandeja a cada uno. Luego se sentó junto a mí y se limitó a escuchar la conversación que sostenían los dos. En verdad era mi padre el que hablaba casi todo el rato. Él se limitaba a responder con monosílabos. Durante toda la noche evitó mi mirada y cerca de las once dijo ya es tarde, es hora de marcharme. Fue muy gentil con mamá alabándole su pastel y se despidió de mí con un simple hasta luego. Mi padre lo acompañó hasta la puerta de calle y al regresar le preguntó a mamá, qué te pasa Viera, estuviste muy extraña hoy. Discúlpame Samuel, no lo sé, respondió mi madre y se fue a su dormitorio. Y tú hija, qué opinas. Es muy tranquilo y muy callado, papá, me apuré a contestar procurando parecer natural.

Desde ese día Bernardo venía a la casa todas las semanas. Aparecía cuando papá ya había llegado de su tienda, y durante mucho tiempo nunca tuvimos la oportunidad

de hablar. Mi madre fue siempre muy parca con él, pero jamás expresó realmente un comentario que permitiera saber su opinión. Nunca pude saber si su amistad con mi padre fue una mera casualidad o era algo que había planeado paso a paso.

El instante tan esperado de vernos a solas llegó un sábado en que mi padre lo había invitado a comer y se atrasó haciendo el inventario de la zapatería. Tocó la puerta y salí a abrir. Mamá estaba en la cocina terminando de preparar la comida. Le dije adelante y él me miró con sorpresa. Tomó una de mis manos, suavemente cruzó el umbral y al ver que no había nadie más en la sala se la llevó a los labios. Cuánto tiempo para este placer, dijo en voz muy baja, creí que jamás llegaría. Es usted muy gentil, respondí nerviosa, por favor tome asiento. Le ofrecí una bebida mientras llegaba mi padre. Dijo tan sólo no gracias, tu padre no debe tardar, supongo, y permaneció de pie. Me quedé ahí parada mirándolo sin hacer el menor gesto. El hechizo lo rompió la voz de mi madre pidiéndome que fuera a la cocina a ayudarle a poner la mesa.

Ya terminaba de arreglar los cubiertos cuando mi padre llegó a casa pidiendo excusas por el retraso y se fue a saludar a mamá. Volvió a la sala y rápidamente se puso a preparar un par de vodkas antes de instalarse a platicar con Bernardo.

Como siempre que mi madre se dedicaba, la comida estuvo exquisita. Pasamos a la terraza a tomar el *cafeí-cafeí*, como le decía papá al café de grano. Mi sorpresa fue mayúscula cuando de pronto después de un silencio, Bernardo dejó la taza sobre la mesa de mimbre y sin ningún preámbulo le pidió autorización a mis padres para venir a visitarme. Papá se puso muy serio y mi madre frunció el entrecejo. Se hizo un silencio incómodo. Sentí un pánico que hubiese preferido morir. Al fin mi padre reaccionó y

dijo con solemnidad, yo acepto su petición si Viera no ve inconveniente. No tengo por qué oponerme Samuel, dijo mamá, si tú así lo piensas. Espero, y ahora Bernardo parecía más natural, que la señorita esté también de acuerdo. Sí, respondí sin poder creer lo que estaba pasando, yo quiero.

Desde ese día Bernardo comenzó a frecuentar la casa más a menudo. Almorzaba los domingos con nosotros y, como era habitual en él, siempre prefería escuchar antes que tomar la palabra. A medida que pasaban los meses iba sintiendo que lo amaba intensamente. Era, sin embargo, una figura algo difusa en mi vida. Durante la semana, aparecía después del crepúsculo, cuando mi padre ya había llegado de su tienda. Así, nos resultaba muy difícil estar a solas y nuestras conversaciones eran apenas un intercambio de frases que me dejaban una sensación de frustración y de ansias inconclusas. Bernardo parecía no darse cuenta de lo que ocurría, ni de lo difícil que era para mí esta forma extraña de comunicación. Hasta que una tarde papá se perdió un momento en su dormitorio y me aventuré a pedirle que me invitara al cine. Con mucho gusto, respondió, veamos si te autorizan. Mi padre asintió de buena gana y mamá accedió con un gesto oblicuo en los labios que se asemejaba a una suerte de renuncia.

Bernardo eligió *Casablanca*. Es una historia romántica de la época de la segunda guerra, dijo algo nostálgico, como fueron los amores en esos tiempos, imposibles y tristes. Tú por qué lo sabes, osé tutearlo por primera vez, ¿te tocó vivir algo así? Yo de esos años sólo recuerdo el horror, las hileras de muertos al costado de los caminos, nunca vi un acto de amor, me contestó torciendo la mirada hacia el suelo mientras caminábamos rumbo al cine. Me invadió una pena que me duró hasta que me acompañó de vuelta a casa, acentuada por el desenlace de la película y

su mutismo durante todo el trayecto.

Tenía la sensación, un palpito preciso, de que un dolor embargaba a Bernardo e iba más allá de todo lo que pudiese haber visto y sufrido en el campo de batalla. Él nunca lo confesaría, pero atando cabos, informaciones dispersas, comenzaba a estar cada vez más segura de que había abandonado sus actividades comerciales en Europa por causa de una mujer y su ingreso al ejército había sido una excusa para salvar ese amor o, tal vez, un subterfugio para olvidarlo. Cómo había sido ese episodio y qué había pasado después no podría saberlo, y tampoco me atrevía a preguntárselo. La distancia que percibía en cada una de sus formas de acercamiento me provocaba una reacción confusa. En lugar de alejarme, me generaba un sentimiento de amor aún más poderoso, de ternura y compasión.

A partir de esa ida al cine comenzamos a salir solos bastante seguido. Me invitaba a tomar té al centro, a pasear por el Parque Forestal o a sentarnos a mirar las palomas en la Plaza de Armas. Jamás me tomaba la mano y tampoco vi en sus ojos el deseo o la intención de darme un beso. Era siempre muy caballero conmigo, puntual en las horas y medido en sus maneras de hablar. Aunque no recuerdo haberlo visto embriagarse, a mí me parecía que bebía en exceso, como una forma de relajar una tensión disimulada. Mientras yo tomaba un té con leche con un pastel de quesillo, Bernardo tomaba varias copas de *scotch*, como le gustaba decir, acompañado de un agua mineral con hielo que mantenía al costado. Después del segundo vaso sacaba la voz un poco más, hacía comentarios precisos sobre las películas que veíamos, recordaba a veces su infancia, pero jamás se refería a nosotros y menos dejaba escapar un te quiero o algo por el estilo. Aunque se comportaba como si me amara nunca supe con seguridad si Bernardo estaba enamorado mí.

Terminé por creer que me quería, hasta que una tarde de fines de un invierno más extenso que lo habitual me pidió que me casara con él. Llevábamos a esas alturas tres años saliendo juntos y yo esperaba esa proposición desde hacía mucho tiempo. No imaginaba mi vida en el futuro sino como la esposa de Bernardo Mavlis. Cuando me lo dijo, vi reflejado en sus pupilas algo semejante a la sinceridad y me apresuré a contestarle que sí, con la sola condición de que a partir de ese instante me saludara y se despidiera con un beso en los labios. No me atreví a más, y así fue hasta que contrajimos matrimonio seis meses después un sábado de marzo en la sinagoga de Serrano con Tarapacá.

Mis padres asistieron con sus mejores vestimentas, encargadas a la medida al mejor sastre y a la más afamada modista que atendía a las mujeres de la colonia. Echaron la casa por la ventana en una fiesta de más de doscientos invitados que sería la más alegre y bien servida que se tuviera recuerdo, según no se cansaba de repetir mi padre.

Después de terminada la ceremonia religiosa, me invadió una felicidad opacada por una angustia que se me instaló en el estómago, como si el cumplimiento del sueño de casarme se esfumase por el mero hecho de concretarlo. Este miedo se mantuvo en mi vientre durante toda la fiesta hasta bien entrado el amanecer del domingo. Mi madre debió haber captado mi turbación, intentando vanamente encontrar un espacio para nosotras entre las inevitables sonrisas y palabras de buena crianza con los invitados. Cuando ya habíamos decidido retirarnos y Bernardo se iba a despedir de sus convidados más cercanos, mamá me tomó del brazo y me condujo a una sala del primer piso. Me miró desde la profundidad del gris acero de sus ojos, bajó la cabeza mientras atrapaba por un segundo su nariz entre sus manos en una posición similar al rezo, alzó de

nuevo el rostro y, sin apartar de mí las flechas de sus pupilas, dijo con voz queda si acaso sentía que me había fallado permitiéndome llegar a este momento en este estado de indefensión. Pues pareces no una, sino mil almas en pena, como si en vez de encaminarte hacia la felicidad, te estuvieras sumando a un piño de ganado camino al matadero.

Dejó flotar el silencio unos minutos, se puso de pie lentamente, dio una vuelta a mi alrededor y me abrazó por detrás. Lo hizo con una energía tan franca y contenedora que me pareció oír una melodía de violines. Emanaba en ese instante como una hermosa composición que mamá estuviese ejecutando para hacérmela llegar cual si fuese un homenaje al amor filial y a la ternura. Vacilé, viví la plenitud de sus músculos aún firmes y, desbordada por el afecto, eché a llorar con un espasmo de lágrimas tan antiguas, tan espontáneas y tan extraviadas en la memoria que sólo podía situarlas ancladas en la inocencia de mi infancia. Mamá esperó pacientemente que se me pasara el llanto sin apartar sus brazos y volvió a sentarse frente a mí. Luego me tomó de la mano, me invitó a pararme y me acompañó de vuelta hasta el comedor principal donde Bernardo miraba hacia todos lados intentando dar conmigo. Justo en el instante que me separaba de su lado, me cogió de ambas mejillas y después de besarme en la entreceja me dijo en voz baja una frase que jamás he olvidado: ve tranquila hija, confía, descubrirás en ti misma la fuerza en el instante que la requieras.

15

MARINA REGRESABA de un largo peregrinar por el Medio Oriente. Transmitía la excitación de haber conocido de más cerca las raíces del judaísmo y del Islam. Yo la escuchaba sentado en el diván de la sala de estar, un viejo mueble de cuero gastado que jamás debe haber conocido otro espacio distinto a ese cuarto pleno de reminiscencias. Qué duda cabía, allí habitaban, junto a la antigüedad de cada objeto, los anales de su familia.

Fascinado por la emoción con que hacía fluir su relato, me sentía feliz con su llegada y de que me permitiera compartir el único hogar donde realmente había vivido, y de la naturalidad con que recibió mi presencia en compañía de su ser más querido. Narraba y bebía *bourbon* en un hermoso vaso checo tallado con la distinción y finura inigualada de las cristalerías de Bohemia. Yo había aceptado una copa de blanco, dispuesto a esperar hasta que terminara de fantasear con su viaje para invitarla a cenar.

Marina nos hizo viajar por Jerusalén, Damasco, Tel Aviv, El Cairo, Trípoli y Estambul. Como era su costumbre, todo lo que le tocó vivir y conocer formaba parte de un plan universal, de un entorno común a su vida, de un cuento con raíces y razones milenarias que nos había ido transportando hacia el presente y que, más allá de las apariencias, gestaban los albores y los cimientos del mañana.

Traicionada por el recogimiento, su madre la miraba

dejando traslucir en cada postura, en cada gesto, la admiración que sentía por esa hija dotada con el sello de quienes se iluminan con el brillo de sus propias luces. Y ya convencida de que Marina había dado fin a la rememoración de sus últimas vivencias, hizo un esfuerzo por superar su evidente timidez y le preguntó con un interés donde yo percibía que se jugaba la existencia:

—¿Y, hija, lo hiciste?

—Sí, ya cumplí con el deseo de Viera —respondió levantándose para ir a llenar de nuevo los vasos.

Frustrado por una espera que se había prolongado varias horas, inquieto por una actitud de Marina en el límite de la indiferencia, me sobrecogió la angustia, el palpito de ser un extraño intentando de entender códigos cifrados y, más que nada, la certeza de que estar una vez más a su lado no reabría la posibilidad de un encuentro, sino el vacío de un nuevo peldaño hacia el abismo. Había tras todo su desplante, sus gesticulaciones, sus silencios, una relación con el mundo exterior, consigo misma, que no admitía la invasión de sus espacios íntimos. Todos éramos apéndices de su búsqueda sutil de un auditorio pasivo y complaciente. Marina, pensaba con desesperación, necesita dominar cada situación, pues sólo desde esa posición privilegiada, desde esa distancia, se siente a salvo del vértigo de la entrega, del amor y sus ofrendas.

La relación con su madre permanecía para mí envuelta aún en un halo de misterio. Emanaba de Marina un gran respeto, el reconocimiento de que a su progenitora era imposible engañarla con los artificios de la palabra y el verbo bien conjugado. Pero más allá de estas consideraciones manifiestas, brotaba diáfana la trenza que unía a Marina y a su madre. Deslumbramientos de percibir en la otra las virtudes de sus propias carencias. Fuerzas y debilidades que se permutaban para tolerar tanto la soledad como

la vocación gregaria. Desenfado en Marina, retraimiento en su madre como fórmulas mágicas de respetarse y conquistarse a sí mismas.

Intentar traspasar las murallas de esta ciudadela, de esta complicidad sellada con lazos de sangre, es entrar de lleno en un camino que me conducirá inevitablemente a la locura, pensaba mientras Marina se explayaba en detalles de cómo había cumplido con la promesa hecha a su abuela de colocar su única petición a Dios en el *Muro de los Lamentos*. Me encontraba frente a una suerte de tragedia autocontenida, escrita de principio a fin por un dramaturgo que no se había permitido licencia, que no dejaba a los dolores ningún cabo suelto, ninguna hendidura por donde asomar la mirada.

Revivía en mí la duda del por qué Marina me estaba permitiendo entrar, cruzar una puerta que había estado cerrada, ser de una forma u otra parte del drama y la actuación de los personajes. Hasta empezaba a vislumbrarme como un actor de reparto ingresando al final de una obra, cuando ya no es posible enamorar a la heroína ni convertirse en protagonista. Yo sentía mi condición desamparada, el ser una marioneta dentro de un juego que aún me era imposible develar.

Tal vez como un subterfugio para aplacar la pasión del tono de su voz, Marina lucía relajada, iba y venía por la habitación trasladando ceniceros, sirviendo copas, hablando y callando con un absoluto control de sus frases y movimientos. Era yo quien me reprochaba sucumbir a sus designios, el no ser capaz de pararme y decir Marina vamos, quiero estar contigo a solas, usted nos disculpa señora, mucho gusto, gracias por todo.

Ansioso y molesto por no haber sido capaz de reaccionar, por haberme dejado llevar a través de un laberinto de divagaciones inútiles, me bebí de un trago el resto del

vino, junté ánimo, y ya dispuesto a abrir la boca me encontré de improviso con el silencio que acompaña el paso del ángel del tiempo detenido, la mirada fija de Marina y su voz ahora arrastrando un tanto las palabras:

—¿Qué te parece si me llevas a cenar al Club Peruano, tú eres el anfitrión, no?

Me paré del asiento, me despedí de su madre y me atreví a decirle:

—Es tiempo de que tú comiences a aceptar mis deseos; iremos a *La Caverna del Mar*, ya que te gusta tanto navegar en aguas profundas.

LA TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO fue un eterno deambular desde su camarote a cubierta o al comedor de los pasajeros de segunda clase. Pasadas las seis semanas que transcurrieron hasta que llegó a Buenos Aires, la única imagen que Viera recordaría con plena nitidez era la de las mujeres negras con los pechos al aire que vendían sus mercancías y se paseaban por el puerto de Dakar.

Descubría en ellas con placer un mundo nuevo, la posibilidad de un contacto con el cuerpo y la naturaleza que la fascinó sin mediaciones. Su pudor a la desnudez era aquí un anacronismo. Los muslos brillosos, los pechos bamboleantes y esas espaldas magníficas en su libre exposición al viento y los rayos del sol sugerían la libertad o, más bien, eran una forma natural y llana de apropiársela.

Hubiese querido permanecer junto a esas negras azabache, entablar una amistad y conocer de cerca la historia que las había llevado a confundirse con el paisaje. Estas mujeres tostadas, semejantes a espejos lacados, danzaban al son de la más hermosa inocencia, de su maravillosa virtud de estar fundidas a su corporalidad y a las cadencias de la sensualidad. Sí, allí afloraba la geografía humana despojada de todo ropaje, el puro placer de estar sobre la tierra carente de todo elemento ajeno al gozo y sus desafíos.

El sueño de permanecer en Dakar la acompañó durante dos semanas, y sólo se diluyó entre la satisfacción de

leer hasta que el ronco sonido de la bocina del *Garibaldi* anunció el arribo al puerto de Santos.

Prefirió no bajar a tierra, evitar exponerse a nuevas emociones que sentía difíciles de aquilatar. Podría sobrellevar el tiempo perdiéndose en las aventuras del *Ingenioso Hidalgo*, descansar y dormir durante las veinte horas que demoraría la espera en su última escala antes de reunirse con su marido.

Viera sintió con fuerza en el transcurrir de aquellos momentos de quietud su profundo amor por Samuel. Nada importaban su simpleza, su absoluta falta de interés por la política, su manera un tanto infantil —a veces inmadura— de mirar la vida y el mundo que lo rodeaba. Era tierno, hasta dulce en la fragilidad de su inocencia, un niño grande en busca de protección para poder continuar con los juegos de la infancia tras su pasión por los naipes. Tenía una inagotable capacidad de concentración y de entrega al dejarse llevar por las entreteniciones más nimias. A diferencia de ella, apasionada y reflexiva, inquieta por lo que ocurría en el entorno, Samuel se vivía el presente, la felicidad o el dolor del aquí y el ahora ajeno a la duda o a cualquier esfuerzo de comprensión del sentido de la existencia. Él era sentimiento y acción, cuerpo y espontaneidad. Admiraba a Viera, pero no había en Samuel ni el menor asomo de envidia o egoísmo. Era feliz al ver cómo la atención se centraba en su esposa cuando las conversaciones se alejaban de los hechos cotidianos y se transformaban en disquisiciones políticas y filosóficas, o en un intercambio de conocimientos sobre pintura, literatura, teatro o música. Samuel confiaba en Viera, en sus juicios y opiniones, y le bastaba que ella le hiciera sentir su amor para darse por satisfecho. Lo demás era complicarse la vida más de lo necesario, perderse en laberintos a los que ni siquiera se le ocurría ingresar. Si entendía, bien, y si no,

se distraía imaginando cuánto vendería o cobraría al día siguiente, ensoñaba que le salía la carta esperada en la mano que había perdido la noche anterior, o imaginaba la tibieza al irse a dormir junto a Viera esperando paciente que ella terminara de lavar los platos, limpiar la cocina y el comedor. El papel que se había asignado a sí mismo era y sería el de un marido-proveedor sin mayores ilusiones ni ganas de enriquecerse; mientras hubiera comida, ropa limpia y calor de hogar, Samuel no deseaba otros placeres. Si se le daba la riqueza jamás la rehuiría, pero lo principal para él eran esos goces mundanos y hacerse amigos en todas partes, compartir una sobremesa, conversar de los acontecimientos del día, de la familia, y matar el tiempo en la excitación del enigma tras las pintas de la baraja.

Viera aprendió a quererlo tal cual, a fascinarse con sus habilidades de buen bailarín y hombre afable amante de la música. No dudaba de que a pesar del año transcurrido lo encontraría igual que cuando se despidieron. Lo necesitaba, requería su calor, sus brazos atrapándola por la cintura, su risa abierta, su alegría y sus anécdotas del diario vivir. Después de todo lo pasado, de esos últimos meses de tensiones y amarguras, Samuel le brindaría la contención ansiada noche tras noche en la soledad del camarote. No podía pedirle más a la vida, pensó Viera, ni demandarle al mañana inmediato más que un remanso de paz, de amor y de comprensión.

Era media tarde, la del sexto miércoles desde su salida de Kishinev, cuando divisó desde la única y diminuta escotilla que había en su camarote la gran mancha marrón de la desembocadura del río de La Plata. Fue una visión repentina, extraña, casual, mientras buscaba respirar un poco de aire fresco para escapar de la humedad y el sofoco de un calor suave y persistente. Decidió ganar tiempo arreglando su equipaje, dejar todo empacado y subir al

encuentro del puerto de Buenos Aires. El sol iluminaba el barco brindando su luz de lleno sobre cubierta, y un viento tibio y tenaz hacía flamear la bandera italiana en el mástil oblicuo ubicado en la parte alta de la popa. Cientos de pasajeros –ancianos desdentados, mujeres conversando entre ellas, hombres silenciosos y niños riendo o peleándose–, se agolpaban en las barandas mirando hacia la ciudad. En los rostros, el tono de las voces, los gestos cansados, había una mezcla de felicidad y temor, de novedad y ansias de arribo.

Viera buscó un espacio junto a una señora mayor con quien había intentado intercambiar unas palabras en español el día anterior a la escala en Santos. Era gallega y venía desde Santiago de Compostela a reunirse con su marido ya instalado varios años en la ciudad de Rosario, habiendo dejado atrás a sus hijos, según creyó entender. Vestía completamente de negro, con un pañuelo del mismo color que le cubría la cabeza. Al verla acercarse le cedió un lugar a su lado, y en un tono que le pareció muy cómico le dijo sonriendo.

–Pues vamos mujé, acércate, de ahora en adelante tendréis que hablar en puro español y le ofreció un vaso de jugo de mango riendo y entornando los ojos hacia una botella asomada desde un bolso de género.

–Muchas gracias –intentó responder Viera sin equivocarse–, se lo agradezco de verdad.

Tomó el jugo disfrutando por primera vez el sabor de una fruta tropical, le devolvió el vaso y se puso a observar los retazos de Buenos Aires que crecían ante su vista a medida que se acercaban a tierra. Prefirió evitar la aglomeración en los corredores y escalinatas, y esperar a que los pasajeros bajaran por sus cosas y regresaran a cubierta antes de ir por su propio equipaje. La gallega le pidió por favor que le cuidara el bolso mientras volvía, y sin dejar de

sonreírle al notar los esfuerzos de Viera por entender, se perdió entre la muchedumbre nerviosa que iba y venía por todos lados.

Pausadamente, buscó en el diccionario la palabra teléfono y apenas la encontró inició un metódico proceso de pronunciación sílaba a sílaba, hasta estar segura que al fin la podía hacer fluir de sus labios con la entonación adecuada. ¿Dónde haber un teléfono, por favor?, se atrevió a decir en voz alta. Repitió la pregunta varias veces, la grabó en su mente, tomó el lápiz de su cartera y la anotó en una hoja en blanco. Luego buscó la dirección de Samuel, la escribió junto a la otra frase y sintió que podía quedarse tranquila aun sin conocer la ciudad. A pesar de sus dudas, no veía mayores inconvenientes esta vez para encontrar la casa de su marido en el caso de que no la estuviera esperando en el puerto. La ausencia de Samuel era una posibilidad. El *Garibaldi* se había adelantado casi un día y tal vez no estaba enterado. En vez de paralizarla, le encantaba el desafío de batírselas por sí misma en un ambiente desconocido, en calles donde andaba por primera vez, en un idioma que recién comenzaba a manejar. Qué más daba, recordó el dicho de su padre, la gente es igual en todas partes, y le preocupan las mismas cosas. Si se llegaba a perder, no faltaría quien le tendiera una mano.

La mujer gallega regresó cargando un inmenso baúl de cuero forjado. La abrazó deseándole suerte, cogió su bolso, lo puso sobre la tapa del cofre y partió a paso rápido hacia la rampa donde ya comenzaban a bajar los primeros pasajeros. Viera, al verla alejarse, sintió una emoción precisa y fugaz de desamparo, y optó por bajar a recoger su equipaje. Tuvo que pelear los espacios para avanzar contra la corriente humana que ascendía hacia cubierta, pegar una y otra vez la espalda a las paredes, y armarse de paciencia hasta que logró alcanzar la puerta de su camarote.

Descendió a tierra a pasos cortos para no tropezarse y caer, observando lentamente a izquierda y derecha, buscando el rostro de Samuel entre el sinnúmero de personas que alzaban los brazos, gritaban y se abalanzaban sobre un ser querido apenas lo reconocían.

Apenas descendió, se acomodó en el primer banco que encontró junto a un café y se dispuso a esperar unos minutos. Miró la hora en un viejo reloj instalado sobre la puerta principal de salida de un edificio del puerto: eran las cinco y veinte. Aún es temprano, pensó, sólo diez minutos más, como sea llegaré antes del crepúsculo.

Entró al local y pidió el teléfono al costado de la barra. El hombre que atendía –un mocetón con pinta de fígaro napolitano– le sonrió amablemente y le solicitó el número. Viera le extendió el papel donde lo tenía anotado, y antes de que él lo leyera se lo cantó de corrido.

–Señora, yo entiendo mejor viéndolo escrito –le dijo con marcado acento italiano mientras marcaba en el disco los cinco dígitos luego de girar varias veces una manecilla ubicada al costado del aparato.

Se escuchó una voz al otro lado de la línea, y Viera no pudo resistir la alegría al reconocer a su primo Salomón. Le quitó al auricular al italiano –quien la miró sorprendido–, y dijo en ruso sin poder contener la excitación:

–Soy yo primo, Viera, acabo de llegar, dónde está Samuel, no lo veo por ninguna parte.

–¡Qué felicidad!, querida, bienvenida al hogar –le respondió Salomón cambiándose al *yiddish*–, tu radiante esposo salió para allá hace un rato, debe estar por llegar. Espéralo ahí, no te muevas.

–Está bien, ¡cómo están todos! –gritó Viera sin poder contener las lágrimas que le caían por las mejillas.

–Tú no te preocupes, sabemos sobrevivir, aquí o en el infierno. Samuel te contará. Te corto, voy a avisarle a

Raquel para que te prepare un buen *borscht*, hasta más rato querida.

Viera colgó y trató de explicar que su marido le pagaría la llamada, pero el hombre le reiteró que se fuera tranquila a reunir con él: "Yo pasé por lo mismo, señora, vaya tranquila, vaya con Dios, aquí casi todos somos inmigrantes, lindo país, suerte".

AL POCO TIEMPO de nuestro matrimonio la vida con Bernardo fue adquiriendo una rutina inesperada. Se pasaba las mañanas en casa leyendo novelas policiales y releía a menudo *Crimen y Castigo*, hasta que yo lo llamaba a almorzar y se dirigía al comedor con un gesto al filo del malestar y la displicencia. Se levantaba tarde en la semana, esperaba que le llevara el desayuno a la cama y luego de un prolongado aseo personal, repetía el rito de la lectura sentado en el sillón de cuero de la sala sin moverse ni hacer comentario alguno. Un agobiante silencio se apoderaba de todos los rincones de la casa. Partía a su trabajo luego de tomarse un café y terminar con un *cognac* de bajativo.

Hablábamos poco, salíamos apenas los domingos a almorzar donde mis padres y pasábamos al final de la tarde a la *vermouth* a ver siempre películas filmadas en Estados Unidos. Europa era para Bernardo una sucesión de tesoros malgastados por una generación que había terminado haciendo añicos una cultura de siglos, la cual sólo podía ser restituida a partir de la fogosidad y la juventud de los europeos instalados hacía pocos siglos en América. Sabía que ese malestar estaba afincado en sus vivencias de la Segunda Guerra Mundial. A Bernardo le gustaba repetir que para el *American dream* sólo es bueno y adecuado aquello que acerca a la victoria, todo lo demás son divagaciones europeas, propias de sociedades en decadencia.

A mí estas opiniones de Bernardo me dejaban una

amargura en el alma y en la piel, la sensación de que tras sus afirmaciones yacía una frialdad, un cálculo de pros y contras que utilizaba como excusas para negar sus emociones. En nuestra vida cotidiana era igual. Siempre la razón decidiéndolo todo, pesando cada decisión a través de una balanza, tornando la existencia en una permanente subasta de activos y pasivos, transformando incluso el amor en una suerte de balance de negocios. Lo escuchaba, me mantenía callada y sufría a solas con esas ideas cargadas de resentimiento.

Los almuerzos de los domingos me hacían recordar nuestros primeros tiempos de pololeo. Mi padre sirviendo los tragos del aperitivo y yo ayudándole a mi madre en la cocina, dándome ahora consejos sobre los mil detalles que significa llevar un hogar, y oyendo sus opiniones sobre lo que pasaba en el mundo y en el país. Seguía enterada de todo por la radio y por los diarios. Feliz con la muerte de Stalin y esperanzada de que Jrushov diera un golpe de timón. Allí mi madre cargaba la voz y se ponía un poco lírica y discursiva, para retomar el camino original, la senda perdida, aquella utopía destinada a buscar la felicidad del ser humano. Mamá se emocionaba, decía aquellas palabras con tal convicción que yo no podía dejar de sospechar que la guiaba más el deseo de que fuesen ciertas que la verdad de los tiempos que corrían en su añorada URSS. Tu padre dice que yo estoy loca, decía haciéndome un gesto de éste es un secreto entre ambas, que cómo puedo creer en el aperturismo de Nikita. Samuel piensa que todo es un tremendo fiasco, *drek* al por mayor en envase de plata. Cualquier cosa es mejor que Stalin, le digo para consolarla. Mi madre alza la cabeza del plato de *ñoquis*, deja la cuchara en el pote de crema a medio revolver, me mira desde la nostalgia de sus ojos, sonrío sin convicción, se sienta en la silla veneciana, hace su gesto

típico de levantar los brazos hacia el cielo como pidiendo clemencia, los deja caer inclinando el cuerpo hacia adelante hasta que sus dedos rozan el suelo, y antes de cruzar sus manos sobre los pechos me pregunta, *nu*, cuándo voy a ser aboila.

Semana tras semana repite esa pregunta. Es su manera de impedir que las dudas instaladas en el alma le roben la alegría. Es su forma de tender un puente entre su vida y esa irresistible vocación social que requiere trastocar antes de rendirse ante la evidencia de que ya nada será como antaño. Pienso en el contraste con Bernardo, en su reacción absolutamente opuesta. El daño que le ha infligido la realidad lo ha convertido en un ser amargado, además de incrédulo, y hasta me atrevería a decir un tanto cínico. Ve, a diferencia de mamá, un sino maldito en lo que le ha tocado vivir, y su reacción es el odio contra la humanidad, el escepticismo frente a cualquier sueño sobre un mundo distinto. Su postura me resulta paradójica pues al fin y al cabo Bernardo podría considerarse en más de un sentido un ganador. El único interés político de su vida fue derrotar a los nazis y él aportó un grano de arena a esa cruzada. Mamá en cambio, aunque se resista a reconocerlo, perdió para siempre su gran batalla junto a la muerte de su hermano.

Miro a Bernardo y sé que hubo de pasar por una experiencia desgarradora antes de convertirse en este ser hosco, hostil, cuando la vida lo llevó al límite obligándolo a optar entre su orgullo varonil y la salvación de su amada en Europa. Supe al fin qué le había ocurrido durante la guerra, aunque crea que lo desconozco. Por más cuidado que haya puesto en ocultármelo, le descubrí en la parte interna del brazo el número de prisionero del campo de concentración de *Buchenwald*, la única noche en que olvidó hacer el amor con la luz apagada. En ese momento de

placer de nada le sirvieron sus eternas camisas de manga larga, sus encierros a puertas cerradas para asearse, sus negativas a bañarse en el mar aduciendo que no le gustaba el agua salada. Sé hace mucho tiempo que su cojera fue autoinflingida, que se castigó a sí mismo cuando se clavó un punzón en el muslo para castigar su ingenuidad.

La verdadera historia de Bernardo me la contó Isaac Berezin, a quien logré ubicar a través de conocidos al día siguiente en que le vi la marca de su desgracia. Isaac era también un sobreviviente que había compartido con él la pesadilla de haber traspasado aquella puerta donde junto a los hornos crematorios los habían recibido con la cruel ironía "El trabajo libera". Bernardo había sido delatado en París por un vecino de Fanny, su amor francés, a quien estaba visitando clandestinamente en una de sus semanas de franco. Los habían detenido a ambos y llevado en tren al campo de exterminio. Bernardo se ganó allí la confianza de un oficial de la SS traspasándole ganancias de sus negocios en joyas, y había accedido receloso a sus inclinaciones homosexuales con el acuerdo y la esperanza de mantener viva a Fanny. Así evitó el balazo en la nuca y los hornos crematorios, y pudo soportar varios meses en medio de tanto odio. Al llegar el ejército rojo el día de la liberación, Fanny estaba convertida en esclava sexual de uno de los *kapos* de *Buchenwald*. Se lo había confesado con vergüenza y lágrimas en los ojos la primera y única vez que pudieron encontrarse al interior del campo. Se iría con el SS, le había confesado a Bernardo, si no la matarían y entonces el sacrificio de ambos habría sido inútil. Con rabia aceptó el reto, y terminada la guerra había recorrido media Alemania derrotada hasta que dio con Fanny viviendo con el ex-SS en Dresden. El nazi se había salvado de un juicio entregando los nombres y posibles escondites de todos sus antiguos camaradas a cambio de un permiso de residencia

y la protección de las nuevas autoridades de Alemania Oriental. Esa es su historia, había concluido Isaac Berezin, y no se la deseo a nadie.

Preferí callar, inventarme la imagen de que no sabía nada de su verdadero pasado, pero el conocerlo aumentó mi inquietud. De nada me sirvieron la pena y la ternura que despertó en mí su desgracia. Bernardo seguía siendo un acertijo, su silencio era una hendidura profunda hacia la incomunicación y si bien ahora yo estaba enterada, en verdad sentía que ignoraba más que nunca, pues la certeza de que Bernardo me escondía esa parte de su vida era mi peor derrota. Hubiese sido mejor no enterarme. Jamás le perdonaré que la desconfianza hacia las mujeres provocada por aquel episodio la mantuviese conmigo, trasladándome en silencio su rencor. Me preguntaba qué podíamos construir juntos desde esta omisión. No tenía la confesión de Bernardo para conocer toda esa trama oscura de su ayer y allí, en su silencio, descubrí con dolor que el amor había desaparecido de mi corazón.

AL RETIRARNOS ERAN cerca de las diez de la noche. Durante el trayecto la conversación con Marina se limitó a un intercambio de opiniones sobre *La Caverna del Mar*, el excelente restaurante especializado en pescados y mariscos que se había ido transformando en el lugar preferido de quienes gustaban de la comida española o portuguesa. Me confesó que le encantaba, pero le indignaba el tiempo que se tardaban en servir.

—Es así en todos estos sitios elegantes. Creen que es un signo de distinción demorarse tanto. La verdad es que son unos tacaños que sobreexplotan al escaso personal, calculado para las horas de baja —dijo Marina muy segura de sus palabras.

—Te invité a comer, no a escuchar una clase de marxismo sobre cómo se contrata a los trabajadores en los restaurantes —respondí con un tono que reflejaba todavía mi molestia por lo que sentí como una prolongación excesiva de la velada en su casa.

—Allá tú, Diego querido, pero mi madre se merecía todo el tiempo que fuese necesario y, para serte franca, tu insensibilidad social me tiene sin cuidado —contestó calmada—. Jamás me he tragado esa boludez de que a un amante se lo elige por sus ideales revolucionarios. Relájate, y gracias por haberme esperado —y me besó en la mejilla.

Apenas llegamos Marina se bajó del auto y decidió ganar tiempo yéndose de inmediato conseguir una mesa

mientras yo me iba a buscar dónde estacionar.

–Pediré algo rico para ti, Diego –dijo casi gritando y se perdió tras la puerta de entrada.

Me demoré unos minutos en hallar un espacio vacío, caminé sintiendo el frío que ya había caído sobre Santiago, y al cruzar el dintel vi el sitio lleno de gente. Incluso algunas parejas esperaban en la barra antes de pasar a cenar. La busqué con la mirada y me di cuenta de que Marina ya se las había arreglado con el mozo y estaba sentada en una mesa al lado de la chimenea. Teníamos una botella de *sangría* servida junto a una deliciosa tabla con *tapas* y *bocadillos*.

–Menos mal que yo invité –le dije intentando parecer simpático.

–Por eso mismo –respondió Marina sonriendo–. Tú pagas y yo escojo, ¿es justo, no? Pero no hablemos de eso, en serio que tenía muchas ganas de verte –terminó haciendo un brindis.

–¿Hablas en serio, Marina? Me han costado estas semanas sin verte. Lo he vivido como un abandono, aunque sé que no tengo derecho a pedirte nada –dije desde mi temor de estar confesando un secreto que caería en el vacío–. Siento que te necesito a toda hora.

–Por favor, Diego, si se quiere jamás hay abandono –respondió tomándose la mano–. Qué hermoso es oírte hablar así.

Parecía condenado a las sorpresas de Marina. Me veía como un péndulo, metido al interior de un vaivén donde no había escapatoria. A su lado no hay centro ni equilibrio posible, apenas una invitación a permanentes mutaciones, asombros de distinto signo, la plenitud o el vacío como el cara o cruz de la moneda del enigma.

–Tu madre es una mujer muy agradable y todavía hermosa –le dije intentando salir de una conversación don-

de comenzaba a sentirme incómodo y sin saber qué agregar-. Aunque se nota muy tímida, demasiado tímida me atrevería a decir.

-Mamá es una solitaria, siempre lo ha sido, ya te lo he dicho -dijo Marina-. Y me temo que yo no he hecho mucho por ayudarla. Más bien lo contrario -agregó frunciendo el entrecejo.

-¿Qué tienes tú que ver con su soledad?

-Es una historia de la cual prefiero no hablar, no por ahora al menos -se excusó haciendo una mueca de desazón.

-Se veía muy feliz de verte, al menos esa fue mi impresión -traté de subirle al ánimo.

-Por eso mismo me resulta tan complicado estar con mi madre. Mientras más la veo más me doy cuenta de que me necesita...

-¿Y tú a ella no? -me atreví a interrumpirla.

-Ya te lo dije, es un asunto del que me cuesta mucho hablar. No me exijas con esto, por lo menos no ahora, por favor.

Nos trajeron la cena y charlamos largamente sobre su viaje y lo que habían sido sus días antes de regresar. Le conté cómo habían transcurrido para mí esos meses, sin guardarme ningún detalle. Marina no me interrumpió ni hizo ningún comentario, me escuchó en silencio, pero a todas luces parecía continuar absorta en la conversación en casa de su madre.

Quise retomar el tema, pero me contuve. Ese era uno más de los mundos y nudos escurridizos de Marina, una de sus zonas oscuras difíciles de develar. Me daba cuenta de que guardaba sentimientos de culpabilidad con su madre, de atracción y de rechazo, pero era incapaz de liberarlos. Los mantenía sellados en su interior, haciéndose un daño que iba más allá de lo que era capaz de reconocer. Su

comportamiento desafiante y su naturaleza voluble parecían reflejar ese jeroglífico aún pendiente en su vida, eran tal vez su forma inconsciente mediante la cual huía de la realidad. Y a pesar de su capacidad de adaptación al medio que la rodeaba, ese mismo escape era el puente utilizado por Marina para situarse en los márgenes, en el grupo de seres que requerían romper con los estereotipos sociales y los cánones establecidos.

Me dieron ganas de decirle que se liberara de esa carga excesiva, y de que la única manera de superar la culpa con su madre era aceptar el amor que se tenían. Y que en esa actitud, en esa obsesión suya de estar arrastrando un castigo, se hallaba quizá el motivo más profundo de su desdicha. Contrariamente a la imagen que pretende proyectar, la expiación obliga a Marina a consagrar los valores de los cuales reniega, y se instala de lleno en el centro de una tensión insoportable. Sabe que al expiar transforma cada uno de sus pasos en una cruel batalla. Pero Marina desea al mismo tiempo escapar de la trampa ancestral que en su visión le tienden el bien y el mal cuando, por sobre todas las cosas, requiere estar por encima de todo juicio, de toda norma que le impida fluir libremente. Su conflicto es cómo ser libre sin dejar de ser responsable, primero de sí misma y luego de los demás. Ese es su karma –diría mi amiga Lily Bernstein recurriendo a su lado esotérico– y, la verdad –agregaría desde su lado pragmático–, no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

¿Qué le puedo decir?, nada, no cabe sino callar y guardarme estas elucubraciones atravesadas en la garganta y, con mi silencio, mantener tal vez a Marina junto a mí, aceptando la certeza de su rostro, distante porque se sabe atenazada al interior del conflicto irresuelto con su madre, altiva mientras me atrae como un imán con su hermosura y con su voz grave hasta quebrar y diluir mis angustias

para invitarme a recorrer otros atolladeros:

–No te desesperes, Diego, de verdad te agradezco tu preocupación –me dice en el tono más dulce que le he escuchado–, pero el problema con mi madre pertenece a otra esfera, a otro tiempo, y aún debo esperar. Yo estoy ahora y aquí contigo, en serio, y ojalá eso sea lo único que nos importe.

–Es difícil para mí –le digo mientras solicito el café y la cuenta–. A veces siento que tus silencios me dejan ausente.

–Vamos, Diego –dijo parándose de la mesa e invitándome con gesto de la mano a retirarnos–. No dramatices, déjame a mí arreglármelas con mamá, no serás tú quien me permita hoy exorcizar esta culpa ni acortar una distancia arrastrada desde que era una niña.

—TU SAMUEL ESTÁ convertido en un goy, que come cerdo y bebe sangría a toda hora —le dijo Salomón, mitad en broma mitad en serio, apenas llegaron desde la estación—. Ya ni siquiera puedes estar seguro de que vendrá los viernes a comer con nosotros. Prefiere irse a pasear por La Boca, a conversar a los bares y a escuchar tangos. No lo juzgo, a veces yo haría lo mismo cuando ser judío se transforma aquí en una pesadilla. Si no fuera por Raquel y los niños, te lo confieso, aprendería hasta lunfardo y a bailar milonga como tu marido. Aunque tal vez a ti no te importe, con las ideas que tienes.

—Nu. Por Dios Salomón, primo querido, no has cambiado nada, gruñón —contestó Viera—, son maneras de recibirme después de este largo viaje. Y por mis ideales no te preocupes tú, apenas puedo yo con ellos. ¡Ah!, y ya habrá tiempo para que me expliquen qué es eso de los tangos en La Boca, del lunfardo y la milonga— y miró a su marido con una leve sonrisa cómplice mientras abrazaba a su prima política, quien había aparecido con unas galletas y las tazas para servir el té del *samovar*.

Samuel recibió a Viera con el entusiasmo en el rostro. Mantenía la simpleza y esa naturalidad tan suya para expresar espontáneamente los afectos. Aunque hablaban en *yiddish*, intercalaba palabras en español. A Viera esas expresiones desconocidas le sonaban comiquísimas. Después de un tiempo difícil, ya había conseguido ganarse la

existencia trabajando justo lo necesario y explotando al máximo su simpatía. Sobrevivió a costa de una frugalidad cara a su pasión por el placer, aceptando las privaciones, sabiendo que eran un sacrificio insoslayable si pretendía agradar a Viera cuando arribase desde Moldavia.

Había arrendado recién una casa en el *Once*, pequeña y a medio amoblar, decorada con adornos y utensilios baratos, pero que transmitía el esfuerzo —un esfuerzo relajado, a la manera de Samuel, pensó Viera— para que aquella precariedad donde comenzarían a asentar por primera vez la cotidianeidad de la vida matrimonial se asemejase a un hogar verdadero.

Samuel había cambiado de apariencia. La barba, el sombrero negro y el abrigo largo de paño oscuro habían cedido lugar a una cara lampiña y blanca que a Viera le hizo recordar a su marido cuando era un adolescente y lo veía salir de la sinagoga en Kishinev; a un *jockey* en la cabeza de los que se usan el hipódromo; y a una chaqueta café de corte simple característica de los miles de obreros inmigrantes que habitaban en Buenos Aires. Pero a pesar de su aspecto distinto, seguía siendo el mismo de antaño. Jamás había sido un hombre devoto, pensaba Viera, y su contacto con las tradiciones judías se manifestaban en su pasión por la música y en la convicción de ser parte de un pueblo unido a pesar de su condición vagabunda. Para Samuel ser judío era como ponerse los zapatos, comer o hacer el amor: un acto de sentido común que se acomodaba a su naturaleza y a lo que le habían inculcado sus ancestros. Los *goyem* lo habían tratado mal en Rumania, y eso era razón suficiente para afirmar en Samuel su sentido de pertenencia. En su corazón no anidaba ni siquiera el odio, sino apenas malos recuerdos. Samuel relataba esos episodios como simples anécdotas. Solía contar a menudo de su época haciendo el servicio militar, cuando los oficia-

les rumanos le ordenaban lustrarles las botas y sacarles brillo con la lengua. Pero rehuía aquellas memorias, las borraba, prefería mirar hacia adelante y rechazaba todo intento de recrear viejos dolores.

—Es inútil, amor —le respondía con dulzura si Viera lo cuestionaba por su desapego—. Sólo conseguiría revivir la rabia y eso no me llevaría a ninguna parte, excepto a la rabia misma y otra vez de vuelta a la necesidad de quitármela de encima.

Viera reía y más allá de esas diferencias que había aprendido a aceptar, se sentía contenta de estar en Buenos Aires y comprobar que no había reproches por su demora.

El débil interés de Samuel por la tradición poco importaba. Ella tampoco era religiosa, jamás lo había sido, aunque su apego al judaísmo era quizás su forma más sólida de afianzamiento. Sus ideas políticas eran algo de distinto cuño, menos metidas en el cuerpo y más en los pliegues de la mente y el raciocinio. En la cultura judía y su utopía social Viera fundía su firme sentido de familia, el respeto y el amor por sus semejantes, y su espíritu de comunidad. En esa tríada, pensaba, yacía la justificación de sus quehaceres antes de abandonar Moldavia.

Poco importaba que Samuel estuviese fuera de este mundo, de las certezas y ambivalencias de estos códigos. Viera intuía que toda opción recorre sendas inescrutables, y que el amor, el verdadero amor, busca un lenguaje de acercamiento que transgrede normas y resiste estereotipos. Sí, aunque Viera había necesitado tiempo y reflexión para dejar de sentir que su matrimonio con Samuel podría llegar a ser un error.

Primero tuvo que refutar los argumentos de su padre, quien lo encontraba poca cosa y le decía: “No por ser pobre, que en eso somos iguales, sino porque es un limitado, ahí no hay una mente judía, no ve más allá de su nariz.

Está pintado para alguien como Ana Madlikova y no para una niña talentosa y llena de futuro como tú, Viera, piénsalo bien”.

Después hubo de resistir el rechazo de su madre hasta un par de meses antes del matrimonio, a quien lo del intelecto de Samuel no le importaba, pero no lograba imaginar por dónde ese yerno sería capaz de proveer un hogar que no fuese pura miseria. Brana Fischer cambió de opinión cuando le contaron que partirían a América del Sur a tentar fortuna, y con su pragmatismo habitual se olvidó del asunto del destino matrimonial de su hija. Bregar con lo que se tiene, ése era su lema y su manera de actuar en la vida.

Y también tuvo que argumentar a favor de Samuel frente a Grisha, quien no tenía más motivo para oponerse que el deseo de tener a Viera a su alcance y ojalá sólo para él. El suyo era un rechazo no a Samuel en particular, sino a la idea de su partida y a cualquier mortal que compartiera el amor de su hermana. “Es algo irracional, lo sé”, le decía cada vez que aparecía el tema, “pero he traspasado hacia ti mi complejo de Edipo”, y se reía para esconder el sentimiento mezclado de vergüenza y celos. Grisha no le impediría partir, pero había ejercido siempre una presión sutil, inventando el cuento de que la revolución llegaría pronto a Rumania, de que todo cambiaría y por tanto era innecesaria esa idea peregrina de irse a tentar fortuna a un lugar desconocido.

Firme en su decisión, Viera había logrado su objetivo, y todas las preocupaciones de su familia por su matrimonio se habían diluido con el curso de los acontecimientos. Ni siquiera la opinión de su padre podría seguir vigente, concluyó Viera. Samuel había demostrado ser capaz de batírselas con destreza. En un año había montado un hogar, tenía algunos ahorros para que ella completara la casa

y, lo más importante, sabía desenvolverse en un ambiente diferente, a veces hostil, y en un idioma que no era el suyo. Era suficiente, pensaba Viera, mucho más de lo que su rígido y severo padre jamás hubiera imaginado.

Ya junto a Samuel, Viera recordaba con placer que la mayoría de las jóvenes de Kishinev debían desposarse por elecciones ajenas, por decisiones de sus padres, y las proposiciones interesadas de casamenteras quienes perseguían fines no siempre muy claros para la futura novia y su familia. Al menos venía de un hogar no tan ortodoxo, era hija de un anarquista medio loco, religioso a su manera, judío a su particular manera de entender la *Torá*, quien combinaba su lectura con la de *El Capital* y los escritos de Kropotkin y terminaba los diálogos concluyendo sentencioso: "Todo forma parte de la misma conspiración para que los ricos y sus principales sostenedores se encarguen de venderle el engaño de la religión y de la ley y el orden a los pobres. Ese es el papel de los sacerdotes y de los funcionarios del gobierno de turno".

Grisha y Viera se encantaban y lo respetaban por su rebeldía a toda prueba y, por sobre sus discursos nihilistas, por ser un hombre adelantado para la época y el ambiente atrasado y tedioso donde se había criado y transcurrido su vida hasta la adolescencia.

Viera se sentía feliz de haber terminado con esa faceta arcaica de su pasado, de tener la manos libres para decidir su destino sin tener que rendirle cuentas a nadie, de andar por el mundo con la mente y el corazón abiertos a lo que le deparara el destino.

A partir de hoy, soy la reina en esta casa, se decía arreglando sus cosas en el ropero y la cómoda de roble, puedo simplemente disfrutar de mi nuevo hogar. Atrás quedaban los pocas veladas con Samuel preocupada de no hacer ruido y de despertar a su madre, en el recuerdo la

frustración de carecer de su propio espacio.

—¿De verdad que podré terminar de arreglarla a mi gusto? —le preguntó a su marido, quien gozaba mirándola sacar sus ropas y guardarla en los cajones.

—Sí, Viera —le respondió Samuel sacándose los zapatos y arrojándose sobre la cama—. Puedes hacer y deshacer a tu gusto, estoy feliz, termina pronto y te llevo a conocer la magia del tango y la milonga.

EL NACIMIENTO DE MARINA invadió y alteró mi vida más allá de todo lo que hubiese sido capaz de imaginar. Quedé embarazada durante mi tercer año de matrimonio. Jamás había tomado precauciones y llegué a pensar que era estéril. A pesar de mis sentimientos encontrados hacia Bernardo, había aceptado la convivencia junto a mi marido y nunca se me pasó por la mente ligar mis desencantos a una renuncia a la maternidad.

Recordaba a mamá durante sus primeros años de casada, sus lágrimas y sus esperas cuando papá partió a Chile, su peregrinar conmigo a cuestras hasta encontrarlo, los primeros tiempos trabajando de sol a sol, ocupándose de mí para que fuese una buena alumna, sus largas noches de mujer abandonada, y me consideraba después de todo afortunada. Tenía a mis padres al alcance de la mano, desconocía las privaciones que mis ancestros habían cargado como una mala estrella hasta donde alcanzaban los recuerdos del árbol genealógico, y sobre todo tenía mi propio hogar.

Todo sería más llevadero siendo madre, fantaseaba mientras leía a la Mistral hasta bien entrada la noche. Los malestares, los mareos y los vómitos de la preñez valían la pena, podía sobrellevarlos, eran el precio necesario si quería alcanzar la dicha de amamantar, de gozar con la risa, el llanto y las maldades de un hijo, de ver crecer a un ser que ha salido de mis propias entrañas.

Bernardo me acompañó durante esos nueve meses dejando entrever un interés y entusiasmo controlado, muy en su estilo de aquí estoy, puedes contar conmigo, pero recuerda que yo tengo otras preocupaciones. Fue mi madre quien se llevó la parte más pesada de aquel tiempo, mis síntomas y episodios de pérdida, repartíendose entre los deberes de su casa, sus actividades políticas y sociales, y el cuidado de mí y de mi hogar. Bernardo la dejaba hacer, ingresar a nuestro espacio, pues se sabía incapaz de asumir las labores domésticas que yo debí ir dejando de lado a medida que avanzaba mi embarazo.

Mamá actuaba como un general en plena batalla, como si mi marido no existiera. Aparecía temprano en la mañana y se tomaba la casa por asalto, cocinaba para un par de días, me bañaba frotando mi cuerpo con paños impregnados de colonia, y mostraba su repudio a mi esposo con un símbolo preciso: jamás ponía la mesa ni le ofrecía algo de comer. Todo estaba allí, al alcance de la mano, bastaba calentar y servirse, pero no sería ella quien lo atendiera. Le tendía la cama a Bernardo, no para darle el gusto, sino para que yo tuviese la pieza ordenada y me imaginaba, pensando en esa guerra no declarada, para hacerle notar aún más la necesidad de su presencia.

Mi padre aparecía casi todas las tardes después de cerrar la tienda. Se sentaba a los pies de la cama y comenzaba con sus preguntas de cómo le vas a poner si es una niña, me gustaría que se llame Abraham si es un muchacho, como mi padre muerto, repetía sin cesar. Si es varón le pondré David, igual que el abuelo de Bernardo, le respondía yo con una sonrisa, y si es mujer se llamará Marina, es un acuerdo con mi marido que el nombre del bebé lo elija quien tenga su sexo. Y por qué Marina, inquiría papá, no hay mujeres con ese nombre en la familia, ni en la de tu madre ni en la mía. Porque me gusta,

suenan poético, tiene movimiento y azul, es como si se lo hubiese preguntado a Neruda, estoy segura de que él le pondría así a una hija, le contesté. Si a ti te gusta hija, se rendía, a mí también, me besaba, y partía a conversar y jugar naipes un rato con Bernardo antes de irse a comer con mamá.

Papá no cejó en su intento de convencer a mi marido con el nombre si era niño, hasta que acabó el invierno, comenzaron a florecer los árboles y una tarde de septiembre, invadida por los arreboles y un viento tibio, nació mi hija. Marina se inauguró en el mundo con un llanto fuerte y desgarrador, con un grito de trueno que me hizo temer que en ese ser pequeñito se escondía una potencia vital y unas ansias de vivir tan desenfadas que el porvenir sólo podía augurarle dificultades y desencuentros. Era difícil hallarle un parecido físico, pero yo tuve el palpito, casi la certeza, de que su cara antigua y redonda, y su rictus entre inquisitivo y concentrado escondían la fortaleza de la personalidad de mi madre.

Marina berreó durante más de una hora, desconsolada, hasta que con el arrullo de su abuela logró dormirse. Pesaba tres kilos justos, tenía las manos grandes y traía mucho cabello, una pelusilla castaño oscuro fácil de peinar, y una naricita diminuta y respingona tan coqueta que daban ganas de mordérsela. Viene sana como un toro de esos a punto de entrar al ruedo, nos dijo el médico, y con un carácter que Dios me libre, pobre del torero que intente clavarle las banderillas, la felicito señora, así si vale la pena traer una niña al mundo, y se despidió dándome de alta para la mañana siguiente.

Mi padre y Bernardo entraron juntos a la pieza cuando Marina dormía. La miraban dando vueltas alrededor de la cuna como si fuese un bicho de insectario, esperaron inútilmente que abriera los ojos, y frustrados hubie-

ron de marcharse y esperar hasta el otro día para poder conocerla despierta.

La primera y única noche en la clínica me resultó larga y cansadora. Marina despertó tres veces sollozando a media noche, y cada vez que mamaba me dolían los pechos. Mi madre llamaba a la enfermera apenas la niña terminaba, perdía la paciencia, y antes de que apareciera la mujer me limpiaba con delicadeza y trataba de consolarme contándome historias y cuentos de mis primeros días. Pasamos la noche en vela, atentas a la cuna y ansiosas de que llegara la madrugada. Quería irme a casa, dormir, olvidarme por unas horas de la incomodidad de mi cuerpo torpe y el creciente ardor de mis pezones. Me angustiaba pensar que mi dificultad para darle leche terminaría en una mastitis, que no podría amamantar a Marina, que rechazaría cualquier otra leche y sufría imaginándola crecer flaca y debilucha.

Me repetí la escena de mi hija raquítica una y mil veces, hasta que apareció sobre la cordillera un sol cálido y poderoso. Mi pieza de la clínica Central daba hacia el oriente, y pude gozar esa mañana de los bellos amaneceres santiaguinos cuando está despejado, de la luz emergiendo de los cerros violáceos, de sus faldeos oscuros en el contraluz de un cielo claro y pleno. Amaba aquel paisaje único y fugaz. Lo sentí como un regalo, la primera aurora en la vida de mi hija.

Bernardo vino a buscarnos cerca del mediodía. Entró a la habitación y al ver a Marina despierta y movediza en la claridad de la mañana, se quedó paralizado, atónito, recobró de a poco su aplomo habitual y comenzó a hacerle pucheritos como si fuese un pez tras los vidrios de un acuario.

Mamá se había encargado de que todo estuviese preparado al llegar a casa. Y papá, como una forma de contri-

buir más allá de su presencia y su inutilidad práctica, me contrató una auxiliar de enfermería que me ayudara las dos primeras semanas. En su gozo de abuelo, le cantaba canciones de cuna en *yiddish*, brindaba por la salud de su nieta, contaba cómo habían sido los primeros meses de su hermana menor en Kishinev, le encontraba a Marina todo tipo de parecidos de los cuales pronto se arrepentía, para concluir alegremente que igual a su nieta, única y hermosa, no había niña que se le asemejase en el mundo.

Bernardo nunca pasó más allá de sus pucheros en la clínica. Observaba a su hija como si fuese un objeto curioso, se ocupaba de que nada nos faltara ni a mí ni a la pequeña, hacía cálculos de un nuevo presupuesto familiar contratando una empleada puertas adentro, y comentaba con papá sus conversaciones con el médico acerca de mis problemas para darle pecho a Marina. Aunque mantuvo su rutina de la lectura en la mañana, la presencia de la niña le obligó a estar más atento con lo que ocurría en casa, a aceptar las constantes visitas de mis amigas y de mis padres, y a estar pendiente frente a cualquier necesidad de Marina mientras yo me duchaba o salía de compras.

Desde el mismo día que llegamos de la clínica la rutina de la casa se había trastrocado. Nos acomodamos a los horarios de Marina, a sus momentos de sueño, dejamos durante los primeros meses de ir a almorzar donde mis padres y de pasar al cine los domingos. Vivía en función de atenderla. Mi hija crecía fuerte y bella. Fueron tiempos de alegría y satisfacción al ir descubriendo momento a momento los pequeños y grandes cambios que iba experimentando Marina.

Mis problemas de sangramiento en ambos pezones fueron de mal en peor hasta terminar en una mastitis aguda. Debí abandonar la idea de darle pecho y aceptar que se alimentara con leche en botella. Marina tuvo un

rechazo inicial a la mamadera, pero la paciencia de mamá y mi idea de agregarle unas gotas de vainilla lograron convencerla y pronto se acostumbró con su nueva alimentación. Así pasó su primer verano y su primer otoño, hasta que a los seis meses comenzó a gustar de comidas molidas junto con la aparición de sus dientecitos. Me sentía en la gloria. Mi hija se afirmaba en el mundo, era sana, tenía un carácter endemoniado pero era simpática, querendona y risueña. Antes de cumplir un año ya tenía unos ojos vivaces que cambiaban de tonalidad a lo largo del día. Pero lo que más le atraía era mirar y tocar las rosas del jardín. Me llamaba la atención el cuidado con que pasaba sus manitos diminutas por sobre los pétalos. Jamás intentaba agarrar un botón, sacar una hoja o pegar un tirón para arrancar una flor. Le gustaban sobre todo las rosas blancas. Me pasaba la tarde con mi hija recorriendo los senderos del jardín, tomábamos el sol del verano, le enseñaba los colores y los nombres de las flores. Era suficiente para Marina. Nunca le llamaron la atención las muñecas ni los animales de felpa. Apenas los veía los arrojaba a un lado y me estiraba los bracitos, señal inequívoca de que la sacara a rondar por el jardín. Esta niña va a ser florista de puerta de cementerio, bromeaba papá o, si le va bien, se va a dedicar a hacer arreglos para los matrimonios y las fiestas de *bar mitzva*.

Durante ese tiempo me olvidé incluso de la distancia con Bernardo. Marina me había copado los espacios y toda mi energía, y descubrí que el matrimonio podía ser menos tedioso y menos tenso mientras una se ocupa de criar a sus hijos. La angustia que a menudo había sentido al ver el silencio rondando por todos los rincones, se transformó desde la venida de Marina en una agitación maravillosa que trasmitía entusiasmo y ganas de vivir. Mi hija venía a rescatarme y, más aún, me hacía ver a mi marido de forma

distinta, más relajada, con menos expectativas y exigencias puestas sobre él. Teniendo a Marina a mi lado, podía caminar confiada en que ya nadie sería capaz de privarme del cariño y siempre habría alguien a quien entregarle mi afecto. Mi hija me tornaba más humana, más afincada a la tierra, más cercana a la esencia del vivir, más vulnerable quizá, pero a la vez más segura de mí misma. Volvía de nuevo a creer en la posibilidad de la entrega, y si bien el de Marina no era todo el amor que necesitaba, alentaba un comienzo, la recuperación de un tiempo ido al cual no estaba dispuesta a renunciar de por vida.

LA CENA CON MARINA en *La Caverna del Mar* abrió un espacio distinto, el inicio de un diálogo más fluido donde tenían cabida una mayor intimidad. Sin embargo, me era todavía difícil interpretar su significado. Por sobre todos estos signos alentadores, Marina me había calificado de ser “un” amante, etiqueta vaga, bicéfala, que me provocó una mezcla de satisfacción, incertidumbre y desagrado. Quizás tendría la oportunidad de comprender mejor hacia dónde apuntaban esas señales, ahora que Marina permanecería en la ciudad durante varias semanas.

–Voy a grabar en el sello de un amigo –me contó mientras tomábamos el bajativo–. Estaré en Chile hasta fines de la primavera. De ahí no sé, puede ser que parta a Madrid o Toronto, dependiendo del nuevo contrato con *Benetton*.

Me sentí feliz, por primera vez, desde que la había conocido hacia ya casi un año, tenía la certeza de que estaría a mi alcance al menos por un tiempo prolongado. Me armé de valor durante el trayecto de regreso y le pregunté detalles de su estadía en Santiago. Quería saber, conocer los nombres de las personas con quienes trabajaría, cualquier información que me facilitara el contacto en los días venideros.

Evadió una respuesta precisa, pero me pidió que la acompañara a una fiesta a la que había sido invitada para el primer viernes del mes entrante. Faltaban casi tres se-

manas. Esos desvíos de Marina lograban irritarme hasta el límite de mi tolerancia, me hacía sentir impotente, me provocaban deseos de gritar basta, hasta cuándo, y al mismo tiempo el temor de estar haciendo el ridículo si no mantenía el control sobre mí mismo. De sus formas de proceder y de hablar yo interpretaba señales equívocas. Marina recoge y lanza anzuelos, pensaba, cierra y abre puentes, se equilibra en el borde de una cuerda floja como una malabarista, tienta suerte jugando con el terciopelo de las palabras elegidas como para un poema, lúdica en sus actos y en la cadencia con que maneja el tiempo y el espacio que ocupa, precisa en su opción de poner fin a la incertidumbre dándome una esperanza, diciéndome a cada segundo, con cada tono de voz, estoy contigo, sí, contigo, pero de otra manera, en un dominio que desconoces, en el único donde me interesas si todo lo nuestro ha de tener un sentido.

Mantuve la calma, decidí llevarla a su casa sin consultarle cómo quería continuar la noche, y opté por esperar a que me llamara para ir a su fiesta. Me conformé con la idea de que al invitarme, Marina me estaba dando la posibilidad de ingresar un poco más a su círculo de confianza. Debía seguir una estrategia diferente, ahora que había un tiempo por delante. Sentía que había llegado el momento de equilibrar la balanza, de tantear a Marina desde una postura interesada pero a la vez de mayor distancia. Si de verdad la quería y yo significaba algo para ella, entonces debía hacerle caso a Gonzalo. Por vuestros deslices os conoceréis, decía con tono serio, y tarde o temprano, quien te quiere te aporrea, y para darte, tiene que verte.

Marina aparecerá, me doy ánimo, vendrá a mí si en realidad quiere estar conmigo, me buscará y entonces podré pararme con los dos pies en tierra firme y dejar de sentirme una marioneta de sus caprichos y suficiencias.

Entretanto, que haga lo que desee, da lo mismo, dársele de enigmática con su trabajo, hacer sufrir y gozar a su madre o, sencillamente, vagar por Bellavista y la Plaza Ñuñoa y continuar alimentando el mito tejido en torno a ella. Yo aguardaré en casa, terminaré el diseño del proyecto para los estacionamientos del *Alto Las Condes*, veré como siempre a mis hijas una vez a la semana, visitaré a mamá los jueves, y conversaré unas cervezas con una tabla de queso o unos champiñones al ajillo al atardecer con Gonzalo y sus amigos. Ella sabrá lo que hace, quién soy yo para forzarla a dejarme entrar en su corazón si Marina misma todavía parece desconocer qué desea realmente.

Mientras barajo de nuevo mis cartas, la miro de reojo a través del retrovisor y la veo callada, abstraída, indiferente a mi presencia y a la dirección que ha tomado la velada. Avanzo con lentitud por la Alameda hacia Brasil, presiono el acelerador hasta alcanzar la velocidad necesaria para acoplarme a la coordinación de los semáforos en verde, reviso una y otra vez mi nueva estrategia de conquista, dudo, dudo de todo, sobre todo de mí, me muero de ganas de echar pie atrás y convidarla a quedarse conmigo en mi departamento, trastabillo en la incoherencia de mis sensaciones, y concluyo que debo mantener mi postura, arriesgar contra mi voluntad y mis urgencias, disociarme, y en fin, me digo, no perder la cabeza por ninguna mujer. Marina parece tomar de nuevo conciencia de que estoy a su lado, me toma la mano derecha y me mira fijo utilizando como artificio el espejo retrovisor.

—¿Qué temes realmente? —inquieta rompiendo un silencio que ya me parecía insoportable—. ¿Qué esperas de mí?

Detengo el automóvil frente a la puerta de la casa de su madre, prendo los restos de un *pito* que recogí hace un par de días al final de una comida donde Lily Berstein,

aspiro largo, contengo y vuelvo a aspirar, le ofrezco a Marina, quien lo rechaza con una mueca de desagrado y ojos de reproche, hago salir lentamente el escaso humo que mi cuerpo deja escapar, boto por la ventana la diminuta colilla que me está quemando los dedos, junto ánimo y, tratando de parecer relajado, le confieso desde lo más transparente de mis sentimientos:

–Muy simple, Marina. Sólo temo que no me quieras.

–¿Te he dado yo motivos para ese miedo? ¿Qué ves en mí para tener dudas? –dice inclinando levemente el cuerpo hacia delante, se saca la chaqueta, se apoya de nuevo en el respaldo apretando la nuca sobre la cabecera y deja al azar traslucir sus pechos redondos bajo los pliegues de su blusa de encajes–. Y hablo de mí, y no de tus fantasmas, o de lo que imaginas o te han contado de Marina Mavlis.

–Lo que yo imagine da lo mismo. Mis temores son cosas de niño comparados con los tuyos. Si he de serte franco, contigo no estoy seguro de nada, lo que digo son apenas balbuceos de pensamientos, sensaciones de estos meses de espera. Sé que te amo, ¿qué más te puedo decir?

Marina me fija la vista, veo el camaleón de sus ojos pasando de un café duro a un verde de mar de tormenta, pone su mano izquierda sobre mi rodilla y con la derecha empieza a acariciarme lentamente los pómulos. Pasea el índice de un lado a otro de mi cara, recorre mi frente con todos los dedos yendo de sien a sien, ausculta mi propia mirada y volviendo a su posición responde con la voz agitada:

–Eres hermoso, Diego, y sensible, no recuerdo haber conocido a un hombre como tú. No temas, yo no te haría daño, no a ti, por favor ten paciencia, dame tiempo, ¿es mucho pedirte?

–¿Quieres irte conmigo? –le solicito con una sensación

interna de placer y felicidad que jamás había sentido a su lado.

—Deseos no me faltan, pero hoy no es la noche adecuada —dice arreglando sus cosas y tomando la manilla para bajarse—. Quiero pensar un poco en qué nos está pasando. Y además debo ser buena, mamá me espera, al menos por un día debo ser buena con ella, me necesita.

LA HIJA DE VIERA nació en primavera, un par de semanas antes de cumplir un año viviendo en Buenos Aires. La niña resultó ser un retrato fiel de Brana Fischer. No la vería jamás de nuevo en vida –eso lo sabía desde el mismo día en que se marchó de Kishinev–, pero al nacer la criatura y verla reír una vez que se le aclaró el rostro después de la congestión del parto, supo con certeza que el lazo con su madre retomaba nuevos bríos a pesar del tiempo y la distancia.

Viera ya se había afirmado en su nuevo país. Hablaba el español de corrido, tenía un vocabulario digno de alabanza en medio de un ambiente de obreros inmigrantes quienes apenas sabían de una educación formal y de un idioma que iban aprendiendo a trastabillones. Leía todas las mañanas el periódico, trataba de entender qué ocurría con Argentina calificada de potencia emergente.

Encontró en Buenos Aires personas de todo tipo, atraídas tanto desde el extranjero como del interior del país. La capital era una ciudad-puerto, que crecía a costa de las provincias; de los mataderos y frigoríficos almacenando reses pasajeras convertidas finalmente en divisas; y de los servicios ligados a las actividades de exportación. En ese ambiente, ganándose la existencia a codazos, Viera y Samuel se habían hecho un lugar que les permitía mirar hacia adelante con confianza. Apenas iniciado el verano decidieron tener un hijo.

Cuando nació la niña, la casa parecía completa. Viera le había sacado el máximo partido a la plata que había ahorrado Samuel antes de su llegada, y los meses que siguieron se dedicó a arreglarla con pasión, aprovechando los espacios con ojos de arquitecto. Agregaba día a día un adorno; una olla a la batería de la cocina; un mantel para los invitados; o una cubrecama tejida a mano para la cuna del hijo que vendría. Recortaba vueltos de la cuota semanal que le dejaba Samuel, se deshacía de los periódicos y revistas viejas cambiándolas por libros y discos.

Al menos en la superficie todo parecía caminar miel sobre hojuelas, pensaba Viera. El sueño de salir de la pobreza y evitar la angustia de los *pogromos* adquiría para ellos visos de realidad. Era cierto, aquí también había ricos y pobres, *cabecitas negras* y grandes hacendados inmensamente poderosos y displicentes, miradas oblicuas por encima del hombro; sin embargo, eran límites menos rígidos que en Moldavia, barreras menos fosilizadas dentro de un país en formación que necesitaba a los inmigrantes.

Al mismo tiempo, Viera se enteraba con sorpresa que la Argentina compartía el entusiasmo y la prosperidad de la tercera década del siglo. Junto a Samuel respiraba ese aire triunfalista transmitido a través de la prensa y las declaraciones oficiales. Pero Viera no podía evitar el sentir al mismo tiempo cierta desconfianza, ráfagas de sospecha de que tanta maravilla no podía ser cierta, de que en algún recoveco, en cualquier recodo del camino podía yacer larvada y hacerse patente, oscura y cruel, la otra cara de la medalla. Era cuestión de mirar alrededor y ver los miles de desamparados que vagaban por las calles de Buenos Aires intentando encontrar un techo, un trabajo, un lugar donde curar sus enfermedades y las de sus hijos. No obstante, también era una realidad, cómo negarlo —se reprochaba—, que en esos mismos rostros había esperanza, expectación

de encontrar la felicidad en medio de este ambiente de feria de gitanos a punto de alcanzar el paraíso en la tierra. ¿Acaso no eran ellos mismos el ejemplo más palmario de que las cosas funcionaban, y funcionaban bien?

Samuel así lo creía, se dejaba llevar por la buena racha, andaba alegre por las calles, llegaba siempre de buen humor, la saludaba con un beso en cada mejilla, ponía un disco de música rumana y la invitaba a bailar antes de sentarse a comer. Los fines de semana se iban a pasear por Corrientes y la Avenida 9 de Julio, se detenían a almorzar en un restorán italo/español en la calle Córdoba, escuchaban y se sumaban al coro cantando *tarantellas* y sevillanas, mataban la tarde dando vueltas alrededor del ceibo de la plaza de La Recoleta, y terminaban girando apretados y sensuales al ritmo de los tangos y las milongas rodando de tanguería en tanguería en medio del colorido barrio de La Boca. Llegaban a casa al amanecer, Samuel medio *curda*, mientras Viera le servía en broma de bastón y mantenía la compostura –y sobre todo la apariencia–, de señora judía decente y abnegada. Era una época feliz, sin excusas ni reproches ¡Qué más se le podía pedir a la vida!, le decía Samuel antes de caer vencido por el sueño.

A instancias de Samuel, se habían permitido tener por unas horas al día una empleada que ayudaba a Viera en las labores del hogar y a cuidar a la niña. Este apoyo le permitió integrarse a un grupo de teatro que representaba obras de escritores judíos. Se reunían tres veces por semana a ensayar en un pequeño local que les facilitaba la comunidad judía organizada en torno a la sinagoga del barrio, y daban la obra los sábados por la noche después de terminado el *Shabbat*. Allí conoció Viera a personajes inusitados, leyendas de la fronda judía que había invadido Buenos Aires en las primeras décadas del siglo. Mordejaim, quien decía ser descendiente directo de Josué *El Guerrero*, y para

probarlo extendía metros y metros de tela de satén remendada en cien partes donde se podían ver siglos de humanidad detallados generación tras generación –con sus respectivas fechas a los costados–, dentro de un árbol genealógico tan extenso y agobiante que Viera prefirió creerle antes que aguantarse tanta explicación inverosímil; Sarita Blum, quien aseguraba –con una timidez que a Viera le daban ganas de llorar a mares–, que su padre había sido el verdadero dueño del caballo viejo que aparece en *Tevie, el lechero*, historia que contribuía a darle prosapia en vista de los autores elegidos para las representaciones; y, finalmente, Ishale, “el cojo de Viena”, como le decían sus enemigos, matarife durante el día y empaquetador incansable de bifés de chorizo por la noche –talentoso actor y director del elenco–, a quien se le atribuía la virtud de conocer al dedillo el destino en Europa de cada pedazo y fibra de carne exportado, secreto que le permitía desarrollar y llevar adelante con buenos dividendos, al margen de las autoridades aduaneras y sanitarias, un lucrativo negocio de contrabando de diamantes en bruto y joyas antiguas de platino, piezas únicas que escondía en bolsitas de raso entre los trozos de animal degollados por él mismo con una frialdad de verdugo medieval –historia que nunca se preocupó de confirmar o desmentir–. Y si alguien se atrevía a preguntarle sobre la veracidad de tan inusitada actividad, Ishale se limitaba a contestar: el que sabe, sabe, yo no seré ni más rico ni más pobre con tu envidia; el que quiera creer allá él y si no que mantenga la duda. ¡Viva el Rey Midas, verdadero judío de corazón, dejémonos de *pavadas* y vamos a ensayar!

Viera se entregaba por entera a sus personajes, volvía exhausta de aquellas maratones artísticas –como llamaba Samuel a esas jornadas de distracción–, sacando fuerzas de lo más recóndito de su vocación de madre para dar de

comer, atender las múltiples necesidades del hogar, y jugar con su hija hasta que las vencía el sueño leyéndole cuentos de Oscar Wilde o de los hermanos Grimm.

La niña de pupilas alerta y ojos café claro, idénticos a los de su abuela en el brillo y a los de Samuel en el color, bella y retraída, creció en ese entorno feliz y relajado. Cumplió los tres años y ya sabía leer y escribir mucho antes de entrar a la escuela. Las pocas veces que se decidía a pronunciar una palabra lo hacía como si tuviese el doble de su edad real, y cuando razonaba parecía revelar una mente de adolescente prematura que sus padres babeaban a raudales y no cabían de gozo de tener aquella descendiente tan dotada. Combinaba este atributo con un encanto tan espontáneo que al cabo de un tiempo los adultos se llegaban a olvidar del prodigio y se instalaban a conversar con ella como si fuese una más. Era difícil a veces creer que aquella conversación emanaba de la voz de una niña que apenas hacía unos meses había dejado la mamadera y los pañales.

—Tanta maravilla no puede ser cierta —decía la prima Raquel sugiriéndole que la llevaran donde un médico recién llegado a Buenos Aires, especialista en niños superdotados.

—Para qué —respondía Samuel—, es así y punto, déjenla tranquila.

—Es que va a sufrir —insistía Raquel—, esta niña no lo va a pasar bien en la vida.

—Puede que tengas razón, Dios me libre, pero eso no tiene remedio —intervenía Viera atravesado el rictus por una mueca fronteriza entre la desazón y el orgullo.

Pasaron los primeros meses del año veintinueve, llegó el momento del cuarto cumpleaños de la pequeña, y cuando apenas faltaban unas semanas para que se iniciara el verano, la prosperidad llegó a su fin partir del *Black Thurs-*

day. No era, felizmente, el fantasma del comunismo, leyó Viera en un artículo de opinión en la *La Nación* de Buenos Aires, sino el primer síntoma de la Gran Depresión.

Una década dorada se esfumó en pocos meses, las calles se llenaron de gente hambrienta, de obreros desempleados, y la limosna y las ollas comunes se instalaron en las ciudades no para resolver emergencias, sino esta vez para quedarse por un tiempo que comenzó a parecer eterno. Los militares derrocaron a Irigoyen y se instalaron en La Casa Rosada de la mano de Uriburu.

Samuel estaba perplejo, era incapaz de entender cómo se convirtió de improvisto en deudor, debiéndole a varios de sus proveedores mayoristas sin poder recuperar lo que le adeudaban sus clientes. Ni siquiera su primo Salomón –atrapado en la misma rueda–, le perdonó las deudas o le aceptó que le devolviera las corbatas.

Viera y su marido comenzaron primero a empeñar y luego a vender las cosas de la casa para poder comer y evitar así ir a parar a la cárcel por letras impagas. Samuel intentó sobrevivir durante más de un año en medio de la crisis. Trabajó en veinte oficios distintos con la esperanza de capear el temporal, pero en todos pasaba lo mismo: era imposible ganar ni siquiera para parar el *puchero*. Ya no les quedaba nada de valor que liquidar, comenzaron a tener dificultades para pagar el alquiler –cosa que Viera ponía como primera prioridad en el presupuesto–, y, lo peor de todo, la niña comenzó a mostrar algunos signos de debilitamiento físico. Comían lo justo, ahorraban al máximo en la energía y en el combustible para cocinar, caminaban horas para no gastar en el colectivo, y hasta llegaron los tres a compartir una cama cuando fue necesario vender la marquesa de Samuel.

La decisión de su marido de partir a Chile la tomó por sorpresa. Viera ya no imaginaba la idea de tentar fortuna

en otra parte. Además de tener que abandonar un país con el cual se había encariñado y al que consideraba la patria de su hija, le parecía inoficioso trasladarse a cualquier parte si la situación era la misma dondequiera que uno mirase.

—Además, por lo que he sabido —le dijo a Samuel cuando éste le habló de sus planes—, en Chile las cosas están peor que aquí.

—Lo sé Viera, lo sé. Es que Pedro Domínguez, el chileno de los dichos cómicos, te acuerdas, me ha ofrecido un negocio con santos en Santiago, y tú sabes, en estos tiempos la gente los necesita más que nunca —le respondió convencido.

—Está bien, como quieras —aceptó sin compartir para nada la opción—. Pero la niña se queda conmigo en Buenos Aires. Si así lo quieres te vas solo, y si te afirmas nos iremos para allá apenas arriendes una casa. Quiero que lo sepas, te amo y esta vez no dejaré que pase tanto tiempo sin vernos. Es una locura lo que estás haciendo pero no discutamos más, tú sabrás lo que haces.

Samuel se marchó a fines de julio del año treinta y uno. Con su hija en brazos, Viera lo vio partir desde la estación del tren en un día frío y gris. Lloró esta vez sin lágrimas para no preocupar a la niña, y cuando ésta le preguntó con su voz dulce y musical si verían de nuevo a papá le respondió besándola en la frente:

—Sí, hija, sí, como que me llamo Viera Gleiser, nunca dejarás de tener a papá a tu lado.

MARINA HA CUMPLIDO los ocho años. A pesar de su personalidad algo errática, de sus arranques de mal genio y ciertos razonamientos a veces incoherentes, complejos y sorprendentes, es una niña adorable y estudiosa. Su pasión continúa siendo las flores, y cuidar del jardín. A diferencia de las muchachitas de su edad, quienes viven buscándose para jugar al *luche* y la *guaraca*, le gusta quedarse podando los rosales, a veces sigue el canto de los discos que hay en casa y se ocupa de cambiarle los pañales y darle la papa a su hermanito David.

El niño llegó de sorpresa, a pesar de que yo me cuidaba con el calendario. Una noche Bernardo llegó más tarde que de costumbre, y Marina dormía en su dormitorio. Se metió a mi cama, fui incapaz de oponerme y estando en un día fértil quedé de nuevo embarazada. Nuestros encuentros sexuales eran ya muy esporádicos, y esos días eran para mí una verdadera maldición. Mi relación con Bernardo se había ido deteriorando paulatinamente. Pasado el primer tiempo después del nacimiento de la nena, su alejamiento se fue haciendo cada día más ostensible. Dejó de saludar cuando llegaba, empezó a ignorar la presencia de mis padres las tardes que venían a vernos y, lo más doloroso para papá, quien siempre lo había admirado, rehusó asistir a los almuerzos familiares de los domingos.

Pensé en pedirle la separación, pero Bernardo parecía tener una intuición fiera para captar mis límites, corregía

por un tiempo su comportamiento para recaer en la misma indiferencia apenas concluía que nuestro entorno se normalizaba. Me había prometido que si Bernardo se iba, me rehusaría a solicitarle una pensión alimenticia, lo cual me ponía ante la disyuntiva de tener de pedirle a mi padre que me mantuviera o tener que trabajar, alternativa que abría otra serie de problemas que no me sentía en condiciones de resolver. Me sentía culpable de no haber podido resistirme a Bernardo.

Tuve al niño con una mezcla de rabia y arrepentimiento por no haber sido capaz de abortar, y a pesar de mis ganas de estrangular a Bernardo, me armé de valor para olvidar los rencores acumulados y trasladarle todo mi amor hacia mi nuevo hijo.

David pesó, al igual que su hermana, tres kilos justos. Era muy parecido a Bernardo en el aspecto físico, especialmente en la forma de los ojos y de la boca, y denotaba un carácter suave y simple. Con mamá nos sorprendimos riéndonos apenas lo vimos juntas, pues era un anuncio evidente de que en el niño estaban presentes rasgos de la personalidad de mi padre.

A diferencia de la venida de Marina, el niño no despertó en Bernardo interés alguno, ni siquiera en los primeros meses. Dejó que me las arreglara con Ema y con el apoyo siempre presente de mamá en los momentos claves y complicados de la crianza. De nuevo tuve problemas con la mastitis y David hubo de pasar también por la experiencia de acostumbrarse desde muy pequeño a tomar mamadera.

Hasta donde yo sabía, mi marido continuaba dedicado a su comercio de joyas y metales preciosos. En verdad desconocía los detalles de su actividad, y lo mismo hubiera dado ésa o cualquier otra. Me dejaba el primer lunes del mes el dinero para los gastos, pagaba él la cuota

de la casa en la Caja de Ahorros para la Vivienda, y se desentendía del resto de los detalles de la casa. Nunca le pedía algo extra si había algún desembolso imprevisto, limitándome a recortar del presupuesto asignado y, si el requerimiento era demasiado oneroso, iba donde papá y le pedía lo que necesitaba dejando de lado cualquier prejuicio. Era mi manera de hacerle ver a Bernardo que tenía a quienes recurrir, que no estaba tan sola como él parecía suponer con su comportamiento altivo y descalificador.

Bernardo parece haber tenido en esa época dificultades con sus negocios. Empezó a retrasarse más de una semana en darme el estipendio del mes. Me quedé callada y me las arreglé con unos fondos que tenía en las libretas de ahorro de los niños. El siguiente atraso se prolongó por más de quince días y ya no quise dejarlo pasar ni hacer uso de una plata que había reservado para la educación de Marina y David.

Al principio lo enfrenté con un poco de temor y él decidió ignorarme. Luego, cuando me dijo que estaba agotado de trabajar y de recibir el reproche de mis silencios, le planteé sin un asomo de duda que era mejor que se fuera de casa y nos dejara tranquilos. Mi actitud levantó una polvareda de reproches mutuos que se fueron escalando hasta que un día se acercó a mi indignado y temí que osara levantarme la mano. Me di cuenta de que estaba bebido y le brillaban en exceso las pupilas. Me asusté. Bernardo era un buen tomador, y jamás en los más de diez años que lo conocía lo había visto en ese estado ni con esa horrorosa agresividad latente. Reconoció que tenía serios problemas de dinero y que había tomado de más en un almuerzo de negocios. Me contó que le habían robado una gran cantidad de oro de la caja de fondos, y que estaba metido en una batalla judicial por

cuestiones relacionadas con los seguros comprometidos en el robo. Trató de calmarme, aseguró que todo se arreglaría y que regularizaría el mes entrante los atrasos en los pagos de la casa. Acepté sus explicaciones, pidiéndole por favor que no descuidara a los niños. No quise continuar con la disputa, hablé del asunto sólo con mamá, insistiéndole que no le dijera nada a mi padre, y me quedé con una sensación de malestar y resentimiento la cual era imposible sacarme de encima mientras permanecía despierta.

La situación fue de mal en peor. Al mes entrante Bernardo no tenía el dinero, llegaba siempre después de la medianoche, cada día más ebrio y agresivo, pretendiendo dormir conmigo casi todas las noches. Mi respuesta a ese Bernardo fue radical: me negé de por vida a acostarme con él. Se lo dije sin remilgos, sin aspavientos, con un tono de voz cansino, pausadamente estudiado, y usando palabras tan duras que debieron reflejar mi odio tenaz, corrosivo, el que a esas alturas ya tenía agazapado en las vísceras y en el corazón.

Mi decisión inquebrantable pareció herirlo como una saeta envenenada y su reacción fue brutal, gritándome a todo pulmón que como todas las mujeres yo era una zorra y para qué pagarle a una mujer de la calle si tenía una en casa. Marina se despertó con los alaridos, apareció en el comedor con el espanto y el miedo en los ojos, descalza y moquillando. Le rogué, le lloré, le supliqué delante de la niña que se marchara, asegurándole que jamás le pediría nada a cambio, pero Bernardo me dijo, ni te lo sueñes, y decidió quedarse viviendo con nosotros como la más vil y ponzoñosa forma de revancha.

Pensé en lo mal que le hacía a los niños vivir en ese ambiente enrarecido, en que lo mejor sería irnos a la casa de mis padres, en recurrir a un abogado para que tramita-

ra la nulidad. Fue inútil aquel devaneo, venció en mí el orgullo y el pudor y opté por permanecer atrincherada en casa.

Aquella opción de quedarnos varados junto a Bernardo resultó la más difícil y equivocada que pude haber tomado jamás. Era el día de salida de Ema, a los pocos meses de la riña frente a Marina. Llegó después del almuerzo totalmente borracho y además parecía como drogado. David dormía a medio sol bajo el parrón y mi hija estaba en su pieza haciendo sus tareas. Me tomó del brazo y me arrastró hacia el dormitorio. Grité hasta que Marina apareció en el umbral y le suplicó que me soltara. Tú vete, la retó Bernardo, y no te asomes de nuevo por aquí. No te desquites con la niña, canalla, borracho bueno para nada, reaccioné logrando zafarme. Bernardo se dirigió a la puerta, sacó a Marina del cuarto de una bofetada, cerró la puerta con pestillo y trató de desvestirme a tirones y subirse sobre mí. Le pedí que me dejara, revelándole que sabía la historia de Fanny y diciéndole que yo no tenía por qué cargar con esa culpa ni esa cruz. El enterarse que estaba al tanto de su amor francés lo puso fuera de todo control. Con violencia se abalanzó sobre mí, y me desnudó haciéndome jirones el vestido tratando de besarme en el cuello. Eres tú o él, alcancé a decirme, y lo mordí con todas mis fuerzas en el lóbulo de la oreja hasta sacarle sangre. Aulló como un lobo herido, me golpeó hasta que comencé a perder el conocimiento y envuelta en una bruma que invadió mi cabeza me desmayé junto a la visión vaga de que Bernardo había partido de la habitación dando un portazo y gritando puta, puta de mierda, lo sabías, me la vas a pagar.

MARINA TELEFONEÓ una noche para confirmarme lo de la fiesta, me pidió que la recogiera a las nueve pero no quiso que nos viéramos antes.

—Estoy en un café, aquí no se oye nada, un beso —gritó con voz excitada y cortó la comunicación antes de que yo pudiera decirle una palabra.

Me había pasado esperando saber de Marina quien no había vuelto a dar señales de vida desde nuestra ida a comer a *La Caverna del Mar* una semana atrás. Me sentía deprimido y había vuelto a tomar en exceso. *Piteaba* solo en casa escuchando una y otra vez mi colección de Joaquín Sabina. Entre *volado* y embotado por el alcohol imaginaba indignado a Marina siendo de las “mujeres que sueñan con trenes llenos de soldados” o, esperanzado, de las “que dicen que sí cuando dicen que no”.

Gonzalo me acompañó el fin de semana hasta pasado la una, llamó a su polola explicándole la situación, me hizo de oreja y terminó convenciéndome de que volviera a ver al siquiatra. Le hice caso, pedí una hora y esa misma noche me llené de medicamentos para poder dormir unas horas seguidas y seguir trabajando. El médico me recomendó calma, que hiciera deportes, me dio el nombre de un par de novelas recién publicadas. Qué huevada todo este cuento —concluí al final de la sesión—, podría haber usado la receta de la vez anterior y darle las treinta *lucas* a Gonzalo por decirme lo mismo y de manera más simpática. Pero igual

accedí, pasé por la farmacia a comprar los remedios, me fui en la mañana a comprar un par de libros y reservé una cancha en el club de tenis con profesor y *pelotero* incluido para que me dieran duro. Mi esperanza era conseguir dormir y descansar mejor un par de noches. A costa de una fuerza de voluntad que no sabía de dónde me venía dejé el trago y la *yerba*.

Acepté ir a la fiesta por la simple y sencilla razón de que me moría de ganas de ver a Marina. Cualquier otra explicación era engañarse. En esos días yo no veía más allá de mi nariz, estaba *out of my mind*, como me decía con simpatía y sagacidad el hijo de Lily Berstein cuando me veía a mí o se refería a cualquier otro en un estado parecido, fuese en una depresión profunda o metido en una *sicosis*. Divagaba en círculos y visualizaba un túnel, la falta de sentido y de pasión por el mundo que había construido a mi alrededor. A los cuarenta y cinco años me sentía fundido y cagado de por vida, literal y desde siempre un fracasado. ¿Fracasado cuándo y de qué?

Después de la llamada de Marina pensé que el encuentro con ella era la más absurda de las experiencias por las que me había tocado pasar. En vez de abrirme una opción, me estaba poniendo en evidencia todas mis frustraciones, el error de haber dejado a Carla, la inutilidad de mis intentos posteriores. Marina apareció para demostrarme, hacerme patente, concluí, que estaba *jodido* y que no había manera de dar marcha atrás ni de imaginarse un porvenir.

¿Estaba yo realmente *jodido*, o todo este *rollo* no era más que el producto de mi imaginación distorsionada por la depresión? Mirando mi realidad con desprendimiento, desapasionadamente –como me decía Gonzalo–, no tenía de qué quejarme. Me iba bien en la profesión, tenía departamento propio y un auto catalítico *latest generation* –¡qué

pedantería!—, viajaba en mis vacaciones donde me diera la gana, no me faltaba nada material y, lo más importante, tenía mis amigos de toda la vida, querendones y disponibles, y sobre todo a Manuela y Javiera quienes crecían hermosas y sanas, eran niñas adorables, cristalinas, regular para arriba como alumnas pero mejores en el deporte. ¿De qué me quejaba?

Mi *bajón* no podía ser otro que el de mi sentimiento de derrota. Aunque intuyo que a Marina le espanta sobre todo la cuestión del daño, el dolor de la pérdida, casi podría afirmar que lo sé y no puedo reprochárselo. La aterra aún más el desencuentro, la fragilidad de una relación, el no echar anclas ni poder construir desde allí un nido de confianza, de amor profundo y duradero.

Tendré que acompañarla y ver qué ocurre, qué significa estar con Marina dentro del ambiente que ha elegido para desarrollar su vocación por la música y el canto. ¿Me presentará como su amigo, su *pololo*, o un amante? ¡Qué espanto!, me doy vergüenza de mí mismo, cómo puedo ser tan imbécil, es una situación que ya he vivido con otras mujeres, cómo me puede importar qué le diga Marina a los demás de nosotros.

Me arreglaré lo mejor que pueda, pasaré a buscarla a la hora y me dejaré llevar. Estoy deprimido, pobrecito de mí, qué importa, si total Marina me viene a rescatar del naufragio que yo mismo me he ido construyendo para inmolarme desde la flagelación y el despecho.

Suenan las ocho campanadas en el reloj del pasillo. Sé que debo comenzar a cambiarme de ropa. Para mi sorpresa me siento contento y relajado. Por fin haré algo que me conduce hacia un destino, hacia la luz de una ventana que debo ser capaz de mantener desplegada. Me doy ánimo metiéndome a la ducha y disfrutando largo rato del agua tibia hasta que el *ring* solitario de la media

hora me indica que debo apurar el tranco.

Al salir, Santiago está convertido todavía en un desastre de *tacos*, de gente volviendo de sus trabajos, y de parejas dentro de sus autos. Las mujeres con cara de aburrimiento, y los hombres de importancia, supuestamente empezando a divertirse al atardecer del viernes. Dios los libre y los guarde a todos, y a mí de pasadita, amén. Me río de mi fatalismo y corro por Bellavista hacia la parte baja de la ciudad. La cruzada de la Estación Mapocho se hace lenta y tediosa. Hoy es el concierto de Willie Colón y, como siempre, los compatriotas compran sus entradas a última hora.

Esperando la verde en Bandera, me acuerdo de esa compulsión, de ese placer masoquista de Gonzalo riéndose siempre de todo, de todos y de sí mismo:

—Con este pueblo el tigre no alcanza ni a salir de la India, ya llegó tarde al baile de los que sobran, desde donde jamás debió salir.

—Hijo de puta —le contesto jugando a la seriedad—. A ti qué te importa, todo porque estudiaste en el *Grange School* y papá pagó tu M.B.A. en Princeton. Así cualquiera es organizado y se las arregla en la vida.

—Yo nací jaguar, niñito bien, tigre de Bengala *made in* Lo Curro. Los de hoy día son en cambio unos aparecidos de última hora, y la sangre los traiciona —se jajajea cerrándome un ojo—. Se veían mejor peleando con papá mono, el que te dije, con el puño en alto y mucho Víctor Jara y Violeta Parra. Se las traía esa vieja, ¿verdad?, si resucitara se pega un balazo de nuevo al ver a sus niños de ayer. Hoy se debe estar revolviendo en su tumba, pobrecita. Cría cuervos, diría Saura, y cambiarán los *bototos* con punta de acero y el fusil por el Índice de Precios de las Acciones y un helicóptero para irse al Congreso en Valparaíso. No sufras, tu amorcito no será igual, supongo —termina su diatriba,

me choca el vaso de cerveza y me da un puñetazo suave en el hombro guiñándome un ojo cómplice.

Me doy cuenta de que han dado la verde cuando oigo los bocinazos desesperados del vehículo tras mis espaldas. Le hago con la mano un gesto de calma, reinicio la marcha y me doy ánimo. De veras que voy a buscar a Marina, recuerdo, de qué me servirá, ojalá esta noche me ayuden el humor y los consejos de Gonzalo.

Segunda Parte

1

PASADAS LAS SEIS VIERA se había servido su té con limón cuando recibió el llamado de Ema. Samuel se había marchado a la tienda hacía unas horas y ella se encontraba leyendo bajo los árboles del jardín.

La empleada gritaba por el teléfono, y si bien no le quedaron claros los detalles, sí entendió que pasaba algo anormal y debía partir hacia la casa de su hija ubicada cerca de la Plaza Brasil. Le dejó una nota a Samuel y tomó un taxi.

En el trayecto recordó sus años en la vecindad luego de su llegada de Argentina; el traslado a la calle San Diego por más de una década; y el retorno al mismo barrio donde vivieron los primeros tiempos cuando compraron la casa que ahora ocupaba su hija. Una vez casada, habían hecho un arreglo con su yerno, les habían traspasado la vivienda y se habían trasladado con Samuel a una casa más pequeña en Ñuñoa. Pensaron que de esta forma los nietos tendrían un espacio más amplio donde crecer a sus anchas; se conservaba en la familia ese hogar tan querido y se mantenían unidos a ese entorno que les parecía ya una parte incorporada a su propia existencia.

Le costaba imaginar qué había pasado. Ema dijo que Marina lloraba a mares encerrada en el cuarto de costura y que era imposible sacarla de allí. Y que su hija estaba casi desnuda en su cama, desmayada y con moretones en todo el cuerpo. Bernardo no se encontraba en casa, y la emplea-

da había dicho que era su día de salida, había vuelto más temprano que de costumbre encontrándose con esa situación. Mientras el taxi cruzaba Marín avanzando por Vicuña Mackenna hacia la Plaza Italia, especulaba sobre la base de prejuicios, de información incompleta que la podían llevar a suponer, a sospechar que las cosas andaban peor de lo que había sido capaz de entender y aquilatar. Podía también tratarse de un robo. Ansiaba saber cómo estaban Marina y David. Entendió con claridad que la niña se negaba a salir de su pieza, y que su hija había sido golpeada. Quizás eran todas alucinaciones de Ema, quien se había vuelto loca. Imposible, pensó, ella siempre ha sido una mujer en su sano juicio.

Se bajó corriendo sin esperar el vuelto, abrió la cerradura con el juego de llaves que aún mantenía en sus poder, cruzó el dintel de la puerta principal y vio a Ema sentada en el diván abrazando a Marina. La niña estaba parada entre sus piernas y gemía con los brazitos alrededor de la cintura de la empleada. David dormía en su cuna al lado de la mujer que lo miraba de soslayo a ver si se despertaba para darle la mamadera.

Viera se dirigió a la pieza matrimonial. Su hija yacía tendida con la respiración entrecortada, como si se fuera a ahogar. Volvió a la calle, paró el primer vehículo que pasó y le pidió al chofer que por favor le ayudara a llevar a su hija al Hospital San Juan de Dios. Le dio instrucciones a Ema de que la esperara. Antes de cruzar la salida intentó que Marina dejara de llorar para preguntarle qué había pasado. La niña continuaba muda, con cara de aterrada y fue imposible sacarle palabra.

—Llame a la señora Froimovich y que trate de ubicar a Bernardo —le ordenó a Ema antes de subirse al vehículo del desconocido, quien instaló a la herida en el asiento trasero.

El hombre al volante ingresó al jardín del recinto

hospitalario y subió inmediatamente la rampa hasta llegar a la misma puerta de entrada del edificio. Se bajó e hizo reaccionar a dos auxiliares que conversaban al lado de una camilla vacía. Les ordenó que sacaran a la señora y la llevaran a la posta de urgencias.

Viera observó reconfortada la agilidad de su inesperado protector. Le ofreció dinero pero el hombre se negó:

—No madam —le dijo caballerosamente—, no por una cosa así, suerte, y se subió al vehículo perdiéndose raudo por Matucana.

Los auxiliares apuraron el paso con la camilla, cruzaron un par de mamparas y le gritaron a una enfermera que le avisaran al doctor Benítez. Viera trató de sortear el signo de Prohibida la Entrada donde vio por última vez a su hija en la camilla pero un guardia la detuvo:

—Lo siento, señora, no hay excepciones, ley pareja no es dura.

Decidió ubicar a la enfermera jefa, explicarle lo poco y nada que sabía y darle los datos necesarios para que todo marchara en orden y la atención no se trabara en la maraña burocrática. Dejó todo arreglado y regresó a tratar de ubicar al médico. Al fin lo encontró en una sala de espera junto a los familiares de otra enferma. Se armó de paciencia hasta que el médico terminó con ellos y lo abordó directamente:

—Soy la madre de la mujer recién ingresada, ¿cómo está ella, doctor?

—Mucho gusto. Su hija está reaccionando. Está a salvo, no se preocupe —le dijo con cierta condescendencia—. Recibió una paliza brutal. Le pusimos una inyección para calmarle el dolor. Quedará en cuidados intensivos hasta mañana. No podrá verla por el momento. Además no serviría de nada; debemos evitar que hable ahora. Si quiere regrese al anochecer y si está mejor podrá acompañarla un rato.

Disculpe, debo atender a otro paciente –se despidió retirándose con rapidez.

Viera le retribuyó con un gesto de sincero agradecimiento y con una sonrisa amable, respiró hondo, se sintió menos tensa, y decidió volver a la casa.

Al entrar a la sala se dio cuenta de que Samuel aún no había llegado. David lloraba desconsoladamente en su cuna y Marina yacía acostada de espalda en el sofá con la vista fija y perdida en el cielo raso. Ema trataba inútilmente de que el niño aceptara el *chupete* y le contó que recién había ubicado a la señora Froimovich: se mostró sorprendida, dijo la mujer, y prometió que trataría de ubicar a Bernardo.

–La niña no contesta, señora, hace como una hora que está así–, terminó Ema.

Viera dio vueltas por toda la casa, revisó con detalle las piezas tratando de encontrar algún indicio. Aparentemente, todo estaba en su sitio, excepto por el desorden de la pieza de su hija y los cuadernos desparramados de Marina. Decidió hacer un intento de conversar con su nieta.

–Mi niña –le dijo con dulzura–, ¿había o vino alguien hace un momento? ¿Quién golpeó a tu mamá?

Marina permaneció impasible y unas lágrimas tenues le tornaron apenas brillosas las pupilas. ¿Cómo es posible tanta distancia, tal desolación en una niña de sólo ocho años? Viera retrocede hasta atrapar su propia infancia, los días grises cuando los cosacos irrumpían en la aldea destruyendo, quemando y golpeando por doquier, busca en sus propios miedos de esos momentos por si halla un paralelo, una clave para tender hacia su nieta un puente de sufrimientos comunes que le ayude a comprender qué le está pasando, pero no encuentra ni la más mínima señal que le indique cómo romper el cerco alzado

por Marina para escatimar la realidad.

Viera transitó por la senda refractaria de la historia de su hija y Bernardo, indagó en sus propias sensaciones pasadas, en las desconfianzas que siempre abrigó y de las que jamás se atrevió a hablar. Se reprochaba ahora sus silencios, su opción de tolerancia hacia Bernardo, de respeto a las decisiones de su hija y siente deseos de gritar todas las frases no dichas, todas las intuiciones reprimidas. ¿Qué derecho tiene a poner las sospechas en su yerno? ¿De qué serviría comprobar sus aprensiones? ¿Qué victoria podría ser ésta, la de tener al fin una razón palpable, a costa de tamaño horror? Cada vez que había escuchado los relatos de los desencuentros de su hija con Bernardo había preferido callar, mostrarse comprensiva, entender su propia lógica, deslizarse junto a las dudas de su hija, aceptar sus renunciadas destinadas a cuidar la tranquilidad de un hogar, el no verse sola frente al mundo y, sobre todo, evitar el sufrimiento de los niños. Si lo ocurrido es la obra de Bernardo, entonces, qué duda podía caberle, el destino me ha jugando una mala pasada. He estado ciega y, como un *boomerang*, la vida me enseña que en la búsqueda del mal menor yace también agazapada la desgracia. Y que el tiempo, el paso inevitable de los años y sus hechos, me cobra caro la cuenta de mi cobardía. Sí, qué favor le ha hecho mi hija a Marina y David apoyando la estabilidad de un matrimonio derruido y marchito. Al contrario del suyo, el de su hija no había sido jamás la defensa de un amor a reconquistar, el jugarse de nuevo, reiniciar la marcha y volver a probar. Había permanecido detenida en su propia incapacidad de romper las amarras que han ido tejiendo los desencuentros, el tedio y la rutina. Y Viera palpa en el latido de su sangre martillándole la cabeza, en el hormigueo que le recorre todo el cuerpo, en los ojos idos de Marina, la magnitud de las sinrazones que

llevaron a su hija a negarse una nueva posibilidad. Y yo contribuí a cortarle las alas, se reprochaba Viera, con la intención de no inmiscuirme, de no empujar una decisión que de no concretarse se me hubiera devuelto como un reproche, le he hecho el peor favor de su vida.

2

YA DE REGRESO EN CASA, al cabo de dos semanas en el hospital, fui construyendo los sucesos a partir de los repliegues de la memoria y de la información que logré sonsacarle a mamá. Desperté y recobré del todo la consciencia pasados tres o cuatro días después de la golpiza. Tenía manchas violáceas en el cuerpo y el brazo izquierdo en cabestrillo. Me dolían los hematomas, el cuello, hacía mucho calor y mi madre me acariciaba la mano libre. Se hallaba a un costado de la cama junto a una enfermera, quien preparaba una jeringa para inyectarme calmantes. Le pregunté por Marina y David. Me respondió agachando la cabeza y apretándome la palma. Levantó el rostro, me observó y al instante me di cuenta que en esos momentos sería imposible sacarle palabra. Parecía ida, hundida en un dolor atónico, en una pena tan desgarradora que ni siquiera pude reconocer en ese sufrimiento aquella época de la partida de papá o cuando supo lo de mi tío Grisha. Era evidente que me estaba ocultando algo, que su silencio era su única manera de evadirse ante los hechos manifiestos.

Me resigné al paso de las horas, la dejé llorar hasta que enjugó la última lágrima y al fin la encaré sin dejarle alternativa, exigiéndole que me contara qué había pasado. Me soltó la mano, caminó arrastrando los pies hacia la ventana de la pieza y dándome la espalda con la vista clavada en el infinito me dijo en *yiddish*, con una voz vencida: Ema está cuidando a David, y Marina ya está

bien, con tu padre, sí, está bien, no puede ser cierto hija, por todos los demonios no puede ser verdad.

El relato de mamá no fue del todo nítido. Faltaban cabos por atar, sucesos no aclarados, instantes borrados, sospechas a dilucidar. Lo único claro era que Bernardo no había vuelto a casa, y que Marina se había sumido en un mutismo absoluto que nos impedía aclarar qué había pasado desde que me había desmayado. Debemos esperar, hija, debemos esperar, repetía sin cesar, tú ya volviste y Marina se repondrá, eso es lo único que nos debe importar.

Me sentía culpable, el tono de la voz de mi madre me trajo a la mente las veladas cuando Bernardo empezó a visitar la casa. El sonido autómatas de sus palabras se asemejaban a los de esos momentos, su mirada era la misma mirada de resignación de aquellos tiempos, sus movimientos rígidos me recreaban las sensaciones de malestar, de incomodidad que me invadía al ver a mamá yendo y viniendo de la cocina mientras papá y Bernardo conversaban y yo los observaba fascinada acariciando la ilusión de que ese hombre a quien comenzaba a amar era aceptado por mis padres. Mamá había sido capaz de mantenerse por años cerca de mí y, al mismo tiempo, al margen de nuestra relación. Me escuchó siempre atenta, se dedicó a disfrutar de sus nietos, y no recuerdo haberla oído emitir un juicio sobre lo que le contaba. Nunca me atreví a preguntarle directamente qué pensaba de Bernardo y de nuestro matrimonio. Me daba temor forzarla a tener que pronunciarse, a darme sus puntos de vista directamente. Viera Gleiser no se andaba con medias palabras, y ante mi cuestionamiento explícito hubiese dicho francamente lo que pensaba, lo que siempre había sentido, y supe, desde que apareció en casa, que Bernardo jamás había sido santo de su devoción. Ni siquiera a papá le había dicho nada de sus

pálpitos, había asistido estoica al desarrollo de los acontecimientos, protegiendo a su marido, respetando mi intimidad, mis dudas, alimentando sus vanos deseos íntimos de que sus nietos no vivieran en un hogar hecho trizas. ¿Hay tras su fortaleza una suerte de egoísmo solapado? ¿Cree realmente que nos impide, nos aligera el sufrimiento? ¿O es mamá quien morigera sus dolores asumiendo el papel de víctima al cargar con todas las desdichas? ¿Qué mecanismos íntimos pone en movimiento para aparecer al fin entera, para no quebrarse y terminar siempre transmitiendo esperanzas?

Después de este episodio todo sería distinto, de nada valía ya el entendimiento implícito que habíamos mantenido por años. Desde hoy en adelante podríamos hablar sin tapujos. Y la palidez de sus mejillas y el calor tembloroso de sus dedos apretando mi mano me indicaban que no se sentía para nada victoriosa, sino más bien denotaba su sufrimiento al corroborar sus aprensiones, la derrota común que nos había infligido mi excesiva tolerancia con Bernardo.

Mamá volvió a soltarme la mano, se irguió con lentitud, rodeó la cama, me retiró la chata, se perdió en el baño, cerró la puerta, la oí tirar la cadena del excusado, dar el agua del lavatorio, apagar la luz y reaparecer con el pelo arreglado y la cara lozana, aunque no pudo esconder la tristeza delatada por sus ojos. Me pidió que levante la pelvis para colocar de nuevo la palangana, miró uno a uno mis hematomas, me acarició el pelo con suavidad, y empezó a cantar su canción de cuna preferida. Su voz cubrió todo el espacio de la habitación, me invadió alta, precisa, intensa, cargada de emoción, y sé que revivimos las imágenes cuando nos instalábamos todas las tardes a cantarle a Marina y luego a David junto a sus cunas. Vimos entrar a la enfermera, a varios auxiliares, al médico de turno. Sus

rostros denotaban sorpresa, incredulidad, esbozaron sonrisas. Mi madre les extendió los brazos invitándolos con un gesto a sentarse en el suelo, caminó hacia a la ventana, corrió las cortinas, la abrió de par en par y mientras cerré los párpados dejó que los primeros rayos de la mañana ingresaran por todos los rincones de la habitación. Creí que si lo intentaba a mí no me hubiese salido la voz, pero sin darme cuenta canté con mamá, combinamos perfecto sus falsetes con mis bajos, giró sobre los talones y nos mostró su rostro más alegre. Extendiendo ambos brazos me indicó ven hija, asómate a la ventana, diciéndome con los ojos desde aquí puedes ver cómo el aire y la luz te esperan, todos te esperamos de vuelta al hogar.

3

MARINA ME ESTÁ ESPERANDO afuera. A pesar del frío conversa con su madre a través de la ventana abierta de par en par. La mujer está sentada en una silla y se toma un mate pausadamente. Su hija mira fijo hacia el automóvil y al darse cuenta que he llegado la besa en las dos mejillas y en la boca y se introduce en el auto. Yo saludo a su madre con la mano y dejo a Marina ponerse el cinturón de seguridad sin dirigirle la palabra.

—¿Qué tal? —pregunta extendiéndome la tarjeta con la invitación— no conozco la calle donde vamos.

Permanezco en silencio concentrado en dar con la dirección. Prefiero guardar mis palabras para más tarde, cuando tengamos un momento de mayor intimidad. Nos mantenemos callados hasta encontrar la casa donde vamos.

La fiesta de las amistades de Marina resultó ser la celebración de un gerente de la empresa de servicios de grabación donde harían su disco compacto. Quiso autohomenajearse con una celebración que más bien parecía un matrimonio de la alta sociedad que un simple cumpleaños. Había arrendado una gran casa en Pedro de Valdivia Norte, y para nuestra sorpresa inicial nos esperaban a la llegada un par de choferes vestidos de librea y sombreros de marino alemán como el que usaba Helmut Schmidt, quienes nos abrieron la puerta, me pidieron la llave del vehículo y nos comunicaron que al salir podríamos solici-

tarlo llamando del teléfono de la recepción.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté a Marina.

—Yo no tengo la culpa —dijo muy seria—, es importante para mí grabar en Chile y, como sabes, la única posibilidad aquí es hacer lobby. Los amigos han cambiado, qué le vamos a hacer. Patricio San Martín fue mi compañero de curso, cumple treinta y ocho y decidió gastarse un dineral con varias decenas de amigos, sus clientes importantes y los ejecutivos del banco con que trabaja. *It is just business, marketing*, pareció disculparse cuando lo llamé. Me sorprendió recibir su tarjeta de invitación, y me respondió con esa frase en un tonito un tanto cínico —terminó de contarme antes de que nos acomodaran en una mesa para ocho personas decorada con gladiolos rojos y la mejor cristalería que podía encontrarse en Santiago.

—Si mal no recuerdo fue dirigente estudiantil de la Chile al inicio de las protestas y estuvo preso después, durante el estado de sitio del ochenta y seis. Compartía una pieza en Independencia en un cité con el famoso guatón Pepe, el eterno estudiante botado a torreja que conocí en Arquitectura, ¿me equivoco?

—Patricio aparenta sentirse cómodo dentro de este mundillo —dijo Marina al tiempo que aceptaba el *Chivas Regal* que le ofrecía el mozo—. Se habrá cansado de sufrir el pobre, *bullshit* —se le escapó a Marina—. Está insoportable, pero lo necesito; por favor no te enrolles, vinimos también a tratar de pasarlo bien. ¿Y tú que tal? —vuelve a preguntarme mientras esperamos que lleguen los demás comensales.

Evado una respuesta y justo aparecen dos parejas que nos piden permiso para sentarse con nosotros. “Por supuesto”, digo como un autómatas. Marina hace las presentaciones. Uno es el socio de Patricio San Martín en la empresa de grabaciones y su mujer, y la otra son ambos

ingenieros electrónicos dedicados a la computación, conocidos de Marina desde sus años universitarios. Mientras estos últimos se ven amables, sencillos y buenas personas, el primer matrimonio tiene facha y sonrisa de página social y asume una postura tiesa un tanto *vip*. La orquesta toca un tema suave de *Mantovani Magic*. La mesa se completa con Ernesto y Raúl, un dúo de cantantes con cierta fama en el medio local. Marina los saluda de lo más risueña y feliz, y de reojo me mira con un esto se está poniendo entretenido. A mi me da una soberana lata toda la *mise en scène*, y adivino la que se va a armar cuando cada cual juegue los naipes que le parecen adecuados para salvar la noche.

Aparece el anfitrión, besa a las tres mujeres, nos pregunta si estamos bien atendidos, decimos sí en un coro que suena ridículo, y lo vemos retirarse raudo y serio a repetir el rito a la mesa contigua. Violeta Urquiza, la esposa del socio de Patricio, inicia la conversación.

—Me cuenta mi marido que van a grabar su compact disc —le dice a Marina—. ¿Es verdad que ya lo lanzó en España?

—En efecto, así es —responde tranquila.

—Y cómo han sido la ventas, todo eso del marketing —continúa Violeta.

—Difícil, como siempre para una cantante poco conocida, y además sudaca. No tengo cifras, pero no ha sido un super ventas, de eso estoy segura —contesta con sinceridad.

—Aquí será distinto, trabajamos con una empresa de publicidad de primera, te llevaremos a los estelares de la televisión —afirma Rafael Domínguez, el empresario de grabaciones—. Y el rechazo en España a los latinoamericanos es normal, con el desempleo que tienen y los problemas que han dado muchos de ellos. Hasta con la ETA han

andado metidos algunos chilenos.

—¿Es cierto que García Márquez no quiso hacer nada en España durante el quinto centenario por lo del mal trato que nos dan, y que el SIDA se ha convertido allá en un problema cototo? —interviene Ernesto.

—Lo de García Márquez fue tal cual, incluso parece que ya no vive en España y ni siquiera va de visita. Del SIDA, como en todas partes, se dice mucho y se sabe muy poco —le contesta Marina—. Y en cuanto a los sudacas y el alto desempleo, Rafael, tiene sus bemoles, hacemos las pegas que a ellos no les interesan. Y lo de los chilenos del MIR ligados a la ETA no es todavía muy..., ¡qué va!, no tengo por qué dar explicaciones.

La pareja de ingenieros escucha atenta, pero es claro que son de los que no abren la boca a menos que se los emplace directamente. Raúl se limita a disfrutar mirando las caras de los comensales de las mesas contiguas. Empiezo a desesperarme cuando aparecen dos mozos con la entrada. Ostiones a la parmesana, una delicia pienso, estamos salvados. Marina recibe su plato, se pone la servilleta y creo descubrir que prefiere que su intercambio con Rafael termine en ese punto, antes de que el diálogo pueda subir de tono y pase la vara de la tolerancia.

—Estos ostiones están deliciosos, de lo mejor —intervengo y ofrezco una ronda de blanco *Las Encinas*.

—No me digas que eres de esos que justifican a los terroristas —la increpa Rafael con un tono entre caballeroso y levemente agresivo.

—Yo apenas puedo hablar por mí, no justifico ni condeno a la ETA, mientras no atenten contra la vida de inocentes. Lo que sí condeno sin dudar es el terrorismo de Estado, y en este terreno los chilenos fuimos maestros —dice Marina fijándole la vista a Rafael Domínguez—. ¿Tienes opinión al respecto?

Ernesto emite una risa nerviosa, y Violeta le ruega a su marido con los ojos que por favor se detenga. Yo decido jugármelas esta vez y pido directamente que cambiemos de tema. Es ya evidente que jamás se van a poner de acuerdo.

—No Diego —me detiene Marina—, hasta cuándo esto de la política del avestruz, como si aquí nadie hubiese quebrado un huevo. Vamos Rafael, di qué piensas de los aparatos de seguridad.

—Los tribunales deben determinar qué pasó realmente —responde bajando la intensidad de sus palabras—. Los jueces decidirán quiénes son culpables. Si los hay, que los condenen llevándolos a la cárcel por sus delitos.

—Te parece poco lo que pasó o fueron sólo excesos —le pregunta Marina con un tono cortante y duro.

—Aunque a nuestro Ubú Rey se le puede haber pasado la mano —responde Rafael sin ocultar el orgullo que le provoca las caras que se preguntan a quién se refiere—, nada justifica las armas ni el intento de asesinarlo. Además, qué sentido tiene seguir con esto, a los chilenos parece importarnos bien poco el asunto de la violación de los derechos humanos, incluido el gobierno. Marina, en serio, mejor demos vuelta la página —trata de terminar con tono conciliador pero con el rostro malhumorado.

—¿Qué página, la de esta noche o la de los N.N.? —dice Marina soltando los servicios y apoyando ambas manos sobre el canto de la mesa como si se fuese a levantar.

—¿Hasta cuándo con esa cantinela? Los terroristas no son ningunos niñitos de pecho. Fue una guerra, desigual, es cierto, pero igual todos estaban dispuestos a matar.

—¿Cómo puedes ser tan cara de palo Rafael? Mira a tu amigo Patricio, nadie diría que debe dar gracias al cielo de estar aún con vida.

—Él sabrá por qué ha hecho lo que ha hecho, y aunque

no te guste, cada uno ha sido libre de actuar como le parezca. Y dime, ¿quién eres tú además para venir a dictarnos una cátedra sobre ética? –responde Rafael sin disimular la ironía–. El mundo cambió, es todo. No te amargues Marina, con tu historia sabes muy bien que el pasado no tiene remedio, nadie resucitará a las víctimas del holocausto, ¿o no?

Marina está indignada, sin duda, reprimida, y se le nota.

–...perdón, ya vuelvo –dice parándose de su asiento.

Nos traen de segundo filete con salsa de champiñones y papas duquesas, acompañado de una ensalada de paltas con nueces y almendras. Comemos en silencio, y los minutos parecen interminables hasta que nos traen el postre. Seguimos callados y Marina aún no regresa. Digo disculpen y me voy a tratar de encontrarla. Recorro los dos pisos de la casa, miro en todas las habitaciones y no logro ubicarla. Le pregunto a la señora que atiende el baño de mujeres de la planta alta, reconoce a Marina por la descripción que le hago, y me informa que estuvo ahí y salió hace más o menos media hora. Bajo al comedor principal, me acerco al homenajeado y no sabe nada, no la ha visto, excepto cuando se acercó a nuestra mesa. Vuelvo a sentarme y me encuentro en medio de una conversación sobre las ventajas del *multicarrier*, los dueños de cada compañía del sistema y lo increíblemente bajas que fueron las tarifas de promoción.

Miro el peto y la cartera de Marina, pienso que debo inventar una mentira, que se sintió mal y debo llevarla a casa, pero no me decido a partir mientras no esté seguro de que se marchó. ¿Cómo saberlo?

Ya están retirando el café y los platos de la torta de naranja, son más de las doce de la noche y algunas parejas han salido a bailar. Me paro para ir a dar otra ronda y

Marina aparece muy seria, casi sin maquillaje, y con el rostro demacrado y ojos de súplica me dice vámonos, por favor. Balbucea un buenas noches a todos, se cuelga su pequeña vestimenta en el hombro encima de la cartera, y me toma de la mano tirándome hacia la puerta de salida.

—¿Dónde estuviste? —le pregunto, saliendo hacia Costanera por el puente Pedro de Valdivia.

—Tratando de calmarme en el baño, luego salí a caminar —responde dejando arrastrar un poco las palabras—. Son unos cabrones, de lo peor. Me hacen sentir una imbécil, obligada a disimular y aguantar tanta basura. Diego, te juro, a veces no doy más.

4

VIERA SE MANTUVO OCUPADA de la recuperación de su hija y llevándole la casa durante las semanas que pasó en el hospital. Debió redoblar sus energías para continuar con sus labores cotidianas, yendo y viniendo en la mañana y al atardecer a hacerle compañía; a almorzar y comer con Samuel; a cuidar de Marina y David por las tardes; y a llevar a su nieta al sicólogo. Ema constituía un gran apoyo en el cuidado de los pequeños, pero Viera sentía que nadie más la podía sustituir ante la ausencia de su hija.

Samuel cerraba la tienda, se juntaban en el hospital pasadas las ocho de la noche, de ahí él se daba una vuelta para ver si los niños se habían dormido, y Viera aprovechaba esos últimos momentos antes del término de las visitas para conversar y mantener informada a su hija hasta de los detalles más nimios de la marcha de su hogar.

Pasó muchas horas sentada a su lado. A pesar de que ya conocía las historias, le pedía que le contara de su abuela Brana Fischer, de su viaje a Buenos Aires, de la última vez que había visto a su hermano despidiéndose en las calles de Praga. Escuchando sus relatos, su hija se dormía y ella permanecía unos momentos a su lado antes de partir a casa y compartir la cena con Samuel.

Viera cerraba los ojos y recordaba su propia convalecencia en el sanatorio hacía ya medio siglo, y no podía evitar la emoción al traer a su memoria la imagen de la enfermera que le había tendido una mano en medio de

una situación de total desamparo. Sí, pero ahora es distinto pensó, mi hija cuenta conmigo y con Samuel. Pero, ¿cuán diferentes eran ambas situaciones?, dudó, las dos habían sido abusadas, aunque Viera tenía el consuelo de que en su caso había sido por motivos que respondían a otras lógicas. El dolor de su hija era, sin dudarlo, mucho mayor, más profundo. No eran ni siquiera los golpes de Bernardo, el cuerpo físico transgredido por el castigo, sino la humillación que envolvía el episodio, la degradación de haber llegado a ese extremo. Para su hija era mucho peor, no había escapatoria, pensó Viera, no era un ser ajeno violando su intimidad, no era un otro al cual se lo ha despreciado desde un principio, como Viera había despreciado a sus torturadores. Aquí estaban envueltos amores y odios latentes, seres queridos donde las consecuencias de los actos permanecerían instaladas en sus vidas para siempre. Con el tiempo, Viera se sentía recuperada de las heridas, podía incluso hablar de sus días en manos de sus verdugos, sentirse incluso orgullosa de su conducta. En cambio, su hija carecía de triunfo, de cualquier compensación a la cual apelar, la violencia era simplemente la coronación de un fracaso.

Mi hija debe ser capaz de volver a pararse en sus propios pies, se decía Viera con fervor, nadie podrá reemplazar esa necesidad de volver a encontrarse consigo misma, en su nueva relación con sus hijos, con el mundo exterior y, por qué no reconocerlo, también con ella y Samuel. Todo tendría que pensarse de nuevo, las viejas y nuevas emociones retejerían los rumbos de cada cual, sus nietos tal vez no contarían jamás con su padre, y su hija debería comenzar a asumir roles que nunca imaginó.

—Y yo misma —concluyó en voz alta—, yo misma tendré que ver cómo enfrentar lo que se viene por delante.

Ya sentada en el taxi que la llevaba a casa, adivinaba

que Samuel sería comprensivo, que no le reprocharía la hora, sus ausencias, sus postergaciones, pero también debería aceptar sus rostros serios, las miradas reclamándole la dedicación que siempre le había procurado. Él también deberá pagar un precio, concluyó, todos pagaremos un precio, nadie saldrá incólume de las aristas duras de esta desgracia.

Sí, se dijo al verse frente a la reja de su casa, ninguno de nosotros será jamás el mismo, la rueda de la fortuna nos ha vuelto a trastocar la existencia. Se bajó del vehículo; pagó sin esperar el vuelto; entró por la cocina; preparó la cena en silencio; y tomó por sorpresa a su marido invitándolo a pasar al comedor mientras él miraba el fin de las noticias en la televisión.

—¿Cómo está, vino al fin el médico a verla? —le preguntó Samuel apenas se sentaron a la mesa.

—El doctor piensa que la podrá dar de alta el domingo —respondió Viera terminando de servirle su plato y dejando caer el cuchillo suavemente sobre la fuente de ensaladas—. Si no le vuelven los dolores de cabeza, la llevaremos a casa en la tarde, una vez que hagan efectos los calmantes.

—Dios te oiga —dijo Samuel en *yiddish*, y le tomó la mano derecha—. ...Bernardo apareció esta tarde en la zapatería —dejó deslizarse con timidez—. Me pidió que habláramos con ella. Quiere arreglar las cosas, que le ayudemos a convencerla. Le respondí que lo hablaría contigo, que llamara mañana y no pudo dejar de sentir el temblor de los dedos sobre su palma.

Viera le soltó la mano; le dirigió una mirada de reproche; lo vio bajar la vista; y lo obligó a través del silencio a alzar de nuevo la cabeza y sostenerle los ojos. Sólo entonces habló con un tono seco y pausado:

—No tenías ningún derecho, ni siquiera a escucharlo. Eso no lo decides ni tú ni yo, sino nuestra hija.

—Ella no está condiciones de hacerlo, no por el momento —dijo Samuel bajando el timbre a medida que emitía las palabras.

—¿Quién se cree para pedirnos esto? —dijo Viera alzando el tono—. Por todos los demonios Samuel, no pretenderás inmiscuirte y tratar de arreglar las cosas. Por mi parte olvídalo, no quiero volver a saber de Bernardo en toda mi vida, entiendes. Y tu hija jamás estará dispuesta a aceptarlo de nuevo, y de verdad me alegro —terminó recuperando la altura habitual de su voz.

—¿Te ha dicho qué piensa hacer? —preguntó Samuel.

Viera dejó pasar unos segundos; volvió a clavarle la mirada; sintió pena y desprecio por la debilidad de su marido; miedo de la decisión final de su hija y respondió airada parándose de la mesa:

—Si la conoces ya tienes la respuesta. Para qué le ha servido entonces lo que le hemos inculcado. Si Bernardo volviera a entrar a su casa no cuentas conmigo. ¿Está claro?

Samuel le suplicó que no se marchara a la habitación; la siguió hasta la cama donde se había recostado con la cara hundida en un almohadón; le rogó que por favor se calmara; que lo repensara, por los nietos y, sobre todo, para que su hija se evitara los costos de aceptar y asumir el estigma de ser una mujer separada.

—A ti no te importó dejarnos —dijo Viera girándose y mirándolo con los ojos llorosos—, ni tampoco imponerle ese “estigma”, como dices tú, a otra mujer. No te entiendo, de verdad no logro entenderte. Samuel, no te estoy comparando con Bernardo, pero por favor, esto es diferente, no hay nada que nuestra hija tenga que perdonar. Aquí el perdón sería indigno. Tú sabes que él no va a cambiar, y entonces ninguno de nosotros podría cargar con esa culpa.

5

LA VIDA SIN BERNARDO se me tornó más llevadera. Se respiraba en la casa un ambiente de pálpitos suaves, acompasados, la sensación de que las tensiones acumuladas por años se hubiesen diluido junto a su figura. Poco a poco, me fui haciendo dueña de mis ritmos, de mis tiempos, de mis energías y de mis desidias. Recordaba las épocas pasadas y, sobre todo, los últimos meses antes de la ruptura, y sentía que aquellos episodios lúgubres no me pertenecían, correspondían a seres ajenos, a un tiempo carente de espacios donde anidar. Bernardo era un semblante borroso, un cuerpo que jamás se había adosado a mi piel, una voz lejana que no emitía significados, sino apenas ecos inaudibles difuminándose en el vacío y la distancia. Me calmaba la certeza de su ausencia, de no tener que esperar el sonido de la llave en la cerradura, del silencio que antecedió al sueño, de mis ojos cerrados acogiendo la libertad de un lecho que no alimentaba tensiones ni amenazas, sino el espacio libre para mis piernas, mis brazos, mi espíritu expandido por todos los vericuetos de la cama. La presencia de Bernardo a mi lado se había ido transformando en la densidad de una gran cruz, como si allí, en su estar junto a mí, en sus movimientos anárquicos, yaciera condensada la magnitud de mi fracaso. El calor de su cuerpo era un espejismo, la mera constatación de que su humanidad continuaba latiendo tornándose patente la sinrazón de mi existencia pasada a su lado. Ahora, por fin, Bernardo se había alejado. Trataba inútilmente de recuperar aquellos momentos más íntimos antes de conocerlo, cuando todavía no cumplía veinte años y la vida se me ofrecía plena y

cargada de esperanzas. Desde allí ansiaba recomenzar, velar una década perdida en búsqueda de un amor esquivo, de una quimera volátil que hoy se había esfumado de la línea del horizonte. Quedaban sólo sus huellas, sus marcas imborrables y esas sendas, esos enigmas mirando hacia el mañana, eran Marina y David, los únicos rastros precisos de una realidad mutada y difusa. David era aún muy pequeño, apenas un ser sin habla, sin pasos, tal vez sin memoria. Él podría capear mejor el temporal, sobrevivir y salir a flote, avanzar. Marina en cambio me dolía en cada poro, en cada palabra sellada en su boca, en cada gesto de indolencia y desapego. Poco a poco, se había recompuesto de su mirada extraviada, había retomado sus rutinas, volviendo al liceo y haciendo sus labores, aceptando las comidas a sus horas y mis órdenes cuando la mandaba a dormir. Eran, sin embargo, actos reflejos, de autómata, rutinas, expresiones crueles de revancha que denotaban una siquis atormentada, quién sabe, quizá irremediablemente trizada. ¿Qué está pasando por su mente y cuáles son sus emociones? ¿Qué sabe y silencia? o, simplemente, la experiencia la supera y le torna los días un sin sentido imposible de aquilatar. Los médicos dicen que debemos esperar, mi padre prefiere callar ante la inutilidad de las palabras, mamá sufre, me acompaña y pone su fuerza indomable tras alguna estrella de esperanza. ¿Qué invoca mi madre, de qué le sirven ahora sus certezas y saberes?

Me pregunto si acaso fuese conveniente dejar la casa, reiniciar la vida en otro espacio que diluya los momentos de tristeza instalados en todos los rincones. Estoy anclada a este entorno, me siento confusa y recuerdo, cada día recuerdo el rostro de mi madre durante el tiempo que esperábamos en Buenos Aires la carta de mi padre. Cómo añoro poseer ahora su temple y poder darle curso a una

vida nueva. Tendrás que esperar, me digo, me dice mi madre con su silencio y su decisión inquebrantable de romper la costra abierta que niega y encierra a Marina. Han ido cimentando un mundo cómplice construido por la cercanía de los cuerpos, los paseos por la plaza, el placer de las flores que han transformado el jardín en un remanso de colores. Amando y cultivando las rosas mi hija y mi madre han tornado innecesario el recurso del habla, descartable un diálogo que jamás podría reemplazar ni restituir el sentido de la pérdida. Van y vienen por las habitaciones, caminan juntas por los senderos del patio, vacían y le cambian la tierra a los maceteros, injertan, plantan semillas, transplantan tallos y raíces, podan y permiten, ajenas al paso de los meses, que esos actos vayan constituyéndose en el rito de sanación que todos anhelamos. Las voces se han replegado, silenciadas, como si el ruido que emiten demorara las suturas. Hemos ido sellando el pacto de amar la hermosura de la expresión con los labios cerrados.

Me he ido refugiando en la poesía. Necesito la ternura de los versos. Es en ellos donde me encuentro con el sabor y el ritmo de la palabra y sus significaciones. La belleza del idioma despojado de toda atadura. Me paso las tardes sentada en el diván, recorro las páginas y siento a través de esos textos que aún vale la pena alimentar una ilusión. Marina y mi madre apenas me miran, encerradas, absortas en sus quehaceres, David se despierta de su siesta con el llanto entrecortado, exige que lo atiendan, y entonces los libros se cierran, las metáforas se duermen, se refugian en sus lechos blancos. Debo poner fin al hechizo de los poemas y vuelvo a instalarme del lado mundano de la existencia.

6

MARINA ME PIDIÓ que diera vueltas por la ciudad. Le propuse irnos juntos a donde ella eligiese y no obtuve respuesta. Mis argumentos para convencerla de que se fuera conmigo quedaron suspendidos en la extraña atmósfera creada por las luces exteriores iluminando de manera intermitente la cabina del automóvil.

Traté de mantener la calma. Le sugerí que no se lo tomara tan en serio, que una golondrina no hacía verano y que el socio de su amigo Patricio San Martín no representaba a este país. Más convencido, le insistí en que debía separar su trabajo de posiciones personales o políticas. La amistad era una cosa, otra muy distinta era cómo leía cada quien lo que había ocurrido en Chile, y que hiciera un intento de evitar enredarse en esa maraña, pues sólo la conduciría a cerrarse puertas.

—Sé que suena duro Marina, pero es así, los sentimientos y pasiones deben quedar a un lado de las relaciones laborales, si no te cortarás las alas —concluí.

—Y vivir disociada, Diego —dijo ya más tranquila— yo no puedo, o más bien a veces no logro separar planos. Quizás tengas razón, y no estoy segura de querer seguir trabajando con Patricio y su socio, ni tampoco si ellos conmigo —terminó mientras se arreglaba el pelo y prendía luego otro cigarrillo.

—Es posible, ¿quién sabe? —dije primero sin convicción—. Creo que todo dependerá de tu amigo Patricio, y de

las platas que ya hayan invertido. En cualquier caso lo importante eres tú, ¿qué quieres realmente hacer? Piénsalo bien, sobre todo mientras no tengas alternativas.

Conduje lentamente por la Costanera hasta tomar la Avenida Kennedy, me dirigí hacia Apoquindo por Las Tranqueras, giré hacia el oeste y decidí enfilarse hacia mi departamento. Marina parecía o simulaba no fijarse en el camino, daba largas piteadas y expulsaba el humo en forma de volutas a través de la ventana a medio abrir. De pronto botó la colilla dejándola caer por la parte externa del vidrio, me tomó la mano y clavándome la mirada dijo con una voz suave:

—Iré contigo Diego, pero no me exijas, no me pidas nada, sólo quiero estar a tu lado.

Entramos abrazados, prendimos las luces sin soltarnos las manos, y después de cruzar el umbral nos besamos. Me ofreció un café, acepté, sorprendido de su iniciativa y mostrándole dónde estaba el interruptor del fluorescente de la cocina le pedí unos segundos para arreglar el desorden de mi cuarto y del baño. Camino a mi dormitorio la vi dirigirse a abrir de par en par las celosías del living y luego perderse tras *La niña de las trenzas*, la escultura de Perotti que le había regalado el hijo del artista a mi madre antes de irse a Suecia y que ahora decoraba el pasillo.

Nos sentamos frente a frente en los sillones del balcón de mi dormitorio. Desde allí mirábamos los contornos de la cordillera apenas iluminada por la luna nueva y las estrellas difusas tras los nubarrones. Era octubre y la noche estaba agradable, a pesar de que corría un viento frío que nos hacía mantener el cuerpo en tensión. Marina se había puesto sobre la espalda una elegante mantilla rusa que había dejado olvidada mi madre la última vez que vino a verme, hacía ya muchos meses atrás. Yo había

optado por mi vieja camisa de franela escocesa estilo leñador. Nunca había soportado los chalecos: me sentía cómodo con la tela desgastada de una prenda que conservaba casi como una reliquia desde hacía veinte años.

Compartíamos un silencio cómodo, como si ambos hubiésemos estado esperando un instante de paz sin necesidad de recurrir a las palabras. Marina miraba fijamente la luna, tomaba sorbos de café abriendo apenas la comisura de los labios, volvía a depositar la taza en la mesa de centro y acunaba las manos entre sus muslos.

—¿Y tú Diego, qué piensas tú de los detenidos desaparecidos? —me preguntó de improviso trizando la quietud del momento—. Te mantuviste al margen de la conversación.

—¿Qué puede importar lo que yo piense? —respondí sin prisa—. Ya casi nadie pareciera querer escuchar la verdad sobre su paradero.

—A mí sí me importa saber qué piensas tú, en este puto país de amnésicos, ¡vaya si tu opinión me importa! —gritó parándose a mirar la ciudad desde la esquina del balcón—. ...¿qué nos pasó, Diego, por qué se ha impuesto el olvido?

—Tal vez no te guste lo que voy a decir Marina, pero más allá de nuestros deseos, el olvido parece necesario para soportar tanto horror. Yo no estoy muy seguro de lo que te estoy diciendo, pero algo de eso hay detrás de esta pérdida de la memoria.

—Mi madre dice que la gente no quiere más desencuentros, que la mayoría piensa que un cuarto de siglo de confrontación fue suficiente. ¿Pero qué le decimos a los seres queridos de las víctimas? —preguntó parándose detrás mío y acariciándome el pelo—. ¿Cómo sano yo mis propias heridas?

—Tú además eres judía, debes haber pensado más de una vez en las respuestas. Es iluso pensar que los seres

queridos se conformarán, y sería una osadía de mi parte apelar a su bondad o al desapego.

—¿Hay reparación posible? Los cristianos creen que el perdón es posible.

—Te lo digo sólo a ti, lo que yo realmente siento es impotencia, cansancio y resignación, ¿qué más te puedo decir? —y descolgando ambos brazos hacia atrás la cogí por las caderas.

Marina giró a mi alrededor, se sentó sobre mis rodillas, puso sus manos bajo mis mejillas y dijo invadida por la pena:

—No tenemos salida, Diego, no hay salida. Sólo los muertos pueden conceder el perdón, sólo ellos podrían perdonar y ofrendarnos la paz que anhelamos.

—Tú también has buscado una manera de olvidar, si no, ¿qué haces metida en este ambiente que nada parece tener que ver contigo? —me atreví a decirle y ya era tarde cuando me arrepentí de mis palabras.

Marina se levantó, su puso de frente a mí y me miró con unos ojos duros que combinaban la ira y el desconcierto. Su cuerpo se rigidizó y levantó su brazo derecho. Le mantuve la vista fija, permanecí en el sillón y me sentí dispuesto a detener cualquier intento de golpearme. Bajó el brazo pero mantuvo el puño cerrado por unos segundos. Inclino la cabeza y dijo mirando hacia abajo:

—Eres cruel Diego, jamás pensé que me dirías algo así..., sí, tal vez tienes razón, ha sido mi forma de rebelarme, de huir de este país y de mamá...

Me paré y la abracé con fuerza, le dije que la entendía y que no había sido mi intención hierirla. Volvimos a sentarnos en la misma posición y sin saber de qué parte de mí nacía, entoné unos versos de Silvio Rodríguez que siempre me habían intrigado:

*Los muertos no equivocan su cita con el alba,
los muertos tienen boca y corazón y piel,
los muertos han llegado,
el tiempo los convoca,
los muertos son estrellas que no tienen revés.*

—¿Entiendes el significado de estas palabras? ¿Qué nos dirán, o permanecerán para siempre en silencio? —pregunté llenándome de dudas por haber cantado esa estrofa.

Marina respondió dejándose reposar sobre mi cuerpo. La sentía agotada, sollozaba emitiendo unos quejidos casi inaudibles, me atenazaba y pasados unos minutos se quedó profundamente dormida. La sostuve en esa posición por largo rato, observé la luna perderse tras los cerros, me maravillé de los cambios paulatinos de la luminosidad, hasta que la madrugada nos acogió con sus primeros rayos solares.

Alcé en vilo a Marina moviéndome con lentitud, la recosté sobre el sofá, la cubrí con un chal y me dirigí al dormitorio. Me sentía feliz y pleno, lleno de energías a pesar del cansancio y la falta de sueño. Puse a Albinoni en mi radio de velador y me tendí vestido sobre la cama. Ansiaba descansar y a la vez permanecer despierto. No puedo dejar ir a Marina, pensaba, debo ser capaz de mantenerla a mi lado.

VIERA PASÓ APURADA a ver a su nieta justo después del mediodía. Debía explicarle por qué no cumplía la promesa hecha a Marina de almorzar en el *Da Carla*, llevarla al Museo de Bellas Artes y terminar la tarde en la vermouth viendo *Sissi Emperatriz*.

Desde hacía ya cinco años, pasaba todas las tardes en casa de su hija. Había visto crecer día a día a David; dar sus primeros pasos; pronunciar sus primeras palabras; y convertirse en un niño alegre y juguetón. A diferencia de Marina -terca y reflexiva-, su nieto había heredado el carácter jovial y liviano de su abuelo Samuel. Ambos se llevaban a las mil maravillas, se entretenían durante horas armando rompecabezas, jugando al *pillarse* en el jardín, o instalados frente a la televisión viendo los programas infantiles, mientras Viera y Marina jugaban ajedrez, leían los cuentos de Andersen, aprendían botánica y jardinería, o resolvían las tareas de la niña.

Ema continuaba trabajando en la casa. Viera la apoyaba desde que su hija había comenzado a estudiar un curso intensivo en un Instituto Comercial para llegar a ser contadora en un par de años.

Bernardo había desistido en sus intentos de volver al hogar y se resignó a realizar los trámites de la nulidad matrimonial. Aportaba con una cuota fija mensual, lo que sumado al apoyo reducido pero estable de Samuel les permitía un pasar modesto pero sin privaciones extremas.

Marina había vuelto a hablar a los doce años luego de un lustro de mudez total. Con Viera se comunicaba ya de manera fluida. Con su madre había comenzado recién a intercambiar algunas frases. Era un diálogo exclusivamente práctico, destinado a mantenerse informadas de lo que haría cada una durante el día.

Obligada por las circunstancias, Viera se había ido transformando en intermediaria para los asuntos importantes. Realizaba esta labor con sumo cuidado de no ofender la sensibilidad de ninguna, y le pedía a su hija tiempo y paciencia.

Marina está respondiendo bien en los estudios, le reiteraba Viera, es una niña despierta, llena de inquietudes y tendría pronto la madurez suficiente para cambiar de actitud.

–Debes esperar, hija –le decía cada vez que ella volvía sobre el tema–, es mejor no presionarla.

–¿Por qué debo cargar con este castigo? –insistía su hija–. Marina debería ya entender que mi aceptación y paciencia con su padre tuvo más que ver con defenderla a ella y a David que a mí misma. Tienes que hacérselo ver madre, la niña confía en ti. Tú eres la única que podría hacerlo.

–Sé lo que te duele, hija, lo sé, pero aquí no caben las razones –respondió Viera tratando de disimular su propia angustia.

–Ayer dijo que jamás se casaría, así, tal cual, lo mencionó al pasar camino a su pieza al escuchar una pelea de una pareja en una película de la televisión.

–Marina sólo responde aún a sus miedos –trató de consolarla.

–Y mientras tanto yo debo esperar, ¿no es cierto? ¿Hasta cuándo tengo que esperar? Los años pasan, y aparte de ti y papá, sólo tengo a Marina y a David –dijo aga-

chando la cabeza y poniéndose ambas manos en las sien-
nes—. Estoy agotada de mis estudios madre, y además
tener que soportar el comportamiento rebelde y hasta irres-
petuoso de Marina conmigo. ¡Qué horror!, no debiera de-
cir esto, pero así lo siento, madre, no puedo negarte lo que
en verdad me pasa con esta hija que a veces parece que no
fuera mía.

Viera, sin saber qué más decir, la miró sentada en su
sofá preferido, aquel viejo mueble donde se recostaba des-
pués de la cena a leer sus libros de poesía. Allí se instalaba
su hija todas las noches una vez que Ema terminaba de
lavar los platos y limpiar la cocina, y junto a David se iban
a dormir mientras Marina permanecía con la luz prendida
oyendo música y absorta traspasando a un cuaderno las
letras de las canciones que le gustaban.

Pensó en cuál era el sentido de retomar una y otra vez
esta conversación. Las hacía revivir el dolor, preguntarse
de nuevo qué había ocurrido y llevarlas a un espacio de
incertidumbre del cual tardaban días en salir.

Ocupadas del jardín, Viera intentaba por todos los
medios abrir el tema con Marina, pero cada vez que lo
mencionaba la niña suspendía su preocupación por los
rosales, la escuchaba atenta mirándola fijo a los ojos, pare-
cía que iba a decirle algo, retomaba la regadera y volvía a
concentrarse en su trabajo. Viera la seguía en silencio,
embargada por la frustración. Apenas oía la voz de su
nieta cuando se paraba junto a los almácigos y le decía con
nostalgia:

—¿Te acuerdas abuela, te acuerdas de lo bien que se
dan las hortensias en la playa? Nunca podremos tener una
tan linda.

Viera entonces desistía, comprendía que Marina no
deseaba, o tal vez no podía, alterar la relación con su
madre y, muy a su pesar, continuaba tratando de tender el

puente que ambas requerían en esas circunstancias para mantenerse conviviendo ancladas en una distancia que a veces deslindaba en una absoluta indiferencia. Viera sabía que su hija contemplaba y valoraba sus esfuerzos, pero también que era incapaz de entender el estoicismo de Marina, la porfía mantenida a pesar de su ya entrante adolescencia y, sobre todo, de aceptar que se estaba perdiendo una oportunidad de compartir con ella un tiempo que jamás volvería a repetirse.

En un lunes gris de septiembre, a Marina le llegó el momento de la menstruación. Viera estaba sentada a su lado en el escritorio resolviendo problemas de álgebra. Marina se paró en un momento para ir al baño y pronto la escuchó gritar con desesperación. Corrió, abrió la puerta y le preguntó asustada:

–¿Qué pasa niña?

–Abuela, abuela, mira, tengo sangre en el calzón –le respondió Marina entre sollozos–. ¿Qué me está pasando?

–Es tu primera regla, quédate tranquila, ya te explicaré –le dijo calmada–. Sácate la ropa y métete a la tina, yo voy a buscar una toalla seca. Por favor, deja de chillar, nada malo te va a pasar, nos ocurre a todas las mujeres a tu edad.

Regresó al baño y halló a Marina desnuda mirando el hilillo de sangre que le caía por la entrepierna.

Viera se sentó en la orilla de la tina, hizo correr el agua hasta regular la temperatura y le sonrió amorosamente:

–Lávate bien, no te asustes, no es nada malo, de verdad, ya va a parar. Desde ahora vendrá todos los meses. Yo te enseñaré para que aprendas a cuidarte.

La mantuvo abrazada durante varios minutos repitiéndole al oído mi niña ya es una mujercita, hasta que Marina recobró la calma, dejó de llorar y Viera aprovechó para pasarle la toalla.

–Vamos, vamos –indicándole que dejara escurrir más el agua–, después te secas bien, aprenderás rápido, con una vez que te muestre bastará y te las arreglarás sola cada vez que te venga.

Esa misma tarde, antes de partir a su casa, Viera le había prometido salir juntas la semana siguiente.

–Elige tú qué deseas hacer. Te regalo esa tarde –le propuso Viera.

Después de escuchar las peticiones de Marina la besó en ambas mejillas y se despidió cruzando el umbral:

–Y no te preocupes por tu madre. Lo de hoy se lo contaré yo mañana.

ME ASUSTA LA CALLE, el tráfico, temo los ruidos de la ciudad, los rostros de los desconocidos que encuentro a diario viajando y asistiendo a mis cursos en el Instituto Comercial. Hoy vuelvo a estar sentada frente a un pizarrón, los oídos se niegan a mantenerse atentos a la voz y a los signos que emite el profesor y los huesos inmóviles me hieren, piden una tregua, su dolor se resiste a sostener la rigidez de los músculos de mi cuerpo.

Me aferro al viejo maniquí de mi madre en su época de modista, mientras jugaba con mi par de vestidos a cruzar fronteras, pequeña ciudadana del mundo, como solía llamarme don Marcial. El mismo modelo mutilado con que gozaban las prostitutas mirando sus nuevos atavíos. Adelaida, su cliente preferida, entraba al cuarto de costura, pedía permiso y se desvestía sin pudor, y ya en ropa interior, con las medias color carne tomadas con portaligas, los labios carmesí, los zapatos negros taco aguja, y el pelo tomado tras la nuca, danzaba distraída un bolero a su alrededor antes de comenzar a probarse. Por favor, señora Viera, sea buenita y cántese esa canción tan romántica que le gusta bailar con su marido, picaronaza. Te verás como una reina, le respondía mamá, besándole las mejillas y dándole un golpe en la nalga, anda y pónelo de una vez mujer, y verás cómo tendrás a tu propio y único amor, al hombre que te acompañará, como a María Antonieta, hasta la misma guillotina, terminaba riendo.

Giro el rostro hacia los patios y recupero las caras de mis compañeras de curso. Sus cuerpos juveniles son apenas sombras frágiles que trato de atrapar para otorgarle un sentido a un tiempo sepultado. Preciso esa parte de la memoria, redescubrir la felicidad de aquellas jornadas. En este presente mis pisadas se hunden en noches insomnes y solitarias.

La figura es una reliquia que aún guardo en el armario. Me encierro en mi habitación, la visto con mil disfraces, le pruebo sombreros, la observo una y otra vez hasta que por fin me decido. Y cuando ya se ve hermosa y es todo desplante, fineza de movimientos, arreglada con el traje rojo de dos piezas y botones perla, la falda ceñida a la cintura, la chaqueta de corte entallado donde destacan su silueta sobre la blusa alba como sus pómulos de estatua y sus iris de muñeca inconclusa, la encamino hasta la puerta principal, la despido desde la ventana y respiro aliviada.

Pero la postura inmutable que mira hacia el cielo raso posada en este banco duro no es ni María Antonieta ni la alegre Adelaida. Jamás podrían jugar a ser felices en los estrechos límites de esta sala lúgubre. Lo sé, este no es el Trianón ni la calle Maipú. Soy tan sólo yo misma atendiendo estos rituales de silencio y resignación, quien luego de desnudar el maniquí y esconder bajo doble llave las prendas imaginarias en el baúl cual si fuesen joyas sagradas, salió a las calles muerta de espanto con el traje gris, el pelo tomado y la vista fija en la acera sin atreverme a cruzar los ojos con los transeúntes.

Mi madre me observa, se mantiene cerca y callada, pone todo de su parte para facilitarme la tarea, esconde sus propios temores, sus propias inquietudes. Necesito creer que confía en mí, en que podré lidiar con un mundo hostil. Mamá ama, añora, es incapaz de vivir sin esa permanente búsqueda de otros rostros, de nuevos horizontes

y de pequeñas conquistas. Está habituada a adaptarse en los múltiples lugares donde le ha tocado vivir, pero sabe que su experiencia es intransferible, quizá juega con la idea de que irá desatando los nudos que atan y tuercen los espacios a los cuales me veo forzada a acceder.

Miro a mi madre y gozo con sus placeres, me fascino con sus historias, sufro sus derrotas, pero he preferido siempre mantenerme anónima, ajena a las amenazas que percibo ante cualquier exposición. Me ocupo de David y las labores de la casa, converso con Ema y trato de romper la coraza que Marina ha alzado entre nosotras.

Me altera dejar la casa para ir cada tarde a escuchar de balances contables y las convenciones de la partida doble, las historias de amor que se van tejiendo y deshaciendo entre mis compañeros y compañeras a medida que avanzan los meses. Me mantengo al margen, trato de resolver sola los ejercicios, y volver a casa sin entablar un diálogo, pero resulta un esfuerzo imposible. Nos piden trabajos en grupo, debemos ponernos de acuerdo dónde y cuándo juntarnos, qué hace cada quién. Las mujeres quieren saber de mí, si tengo marido, hijos, los hombres de vez en cuando intentan abordarme a través de una relación más personal, me miran con ojos que siento extraños. Todo este ambiente me fuerza a mantenerme alerta a los innumerables detalles que giran en torno a los cursos, emprendo el regreso, y siento una gran liberación, las ansias de llegar a mi hogar y tenderme en la cama a dormir, a soñar que estos días son tan solo una pesadilla que se esfumará con el despertar.

Me subo al bus, ocupo un asiento y veo a través del cristal las imágenes de los violinistas de Chagall equilibrándose sobre los techos de las aldeas donde un día pude haber nacido. Me convierto en maga, en la pitonisa que le advierte al pueblo cuándo será noche de *progromo*. Y en-

tonces me refugio en el bosque, huyo de los cosacos con la carreta cargada con los baldes, arreando las mismas cabras y vacas que mi padre me había mandado ordeñar a las seis de la mañana. Agazapada, espero el canto de los gallos, la luz de la mañana, y comienzo mi tarea. La leche mana fecunda, debe ser porque hubo luna llena, me digo, y después de completar los tiestos retorno a la granja.

En casa nada ocurre. Ceno sola. A la hora de mi arribo los niños ya han comido, y mamá ya se ha marchado a reunirse con mi padre. Permanezco en pie hasta pasada la medianoche, me ocupo de los detalles del día aún sin resolver, espero que Ema logre dormir a David y Marina termine con su obsesión por copiar letras de canciones y apague al fin la luz. Recién entonces me ocupo de mis tareas para el Instituto, y me acuesto sin querer saber de nada ni de nadie. Me reprocho el haber elegido ser contadora, pero ya es inútil seguir divagando si hubiese sido feliz estudiando Filosofía y Letras. Pronto terminarás, me consuelo entrando a mi dormitorio, pronto dejarás atrás esos libros y podrás postular a un trabajo.

Cierro los párpados en medio de la oscuridad, y al pasar por la aldea encuentro a los hombres y las mujeres trabajando en la reconstrucción de la sinagoga, y en las huertas a los campesinos levantando los graneros quemados, felices pues esta vez no hubo víctimas fatales. Mamá y papá me esperan, me reciben con lágrimas en los ojos. Sonrío y dejo la carreta frente a la puerta del muladar y golpeo las palmas para que los animales se sientan liberados y se vayan a reponer en los pastizales.

Me doy mil vueltas sobre el lecho. Tengo también dieciséis años, cuando nos íbamos al cine Brasil con las amigas a ver *Lo que el viento se llevó*. Me acomodo entre las almohadas, hasta que todas las escenas se me van tornando borrosas, inmateriales. Rescato los ojos de Vivian Leigh

mirando hacia el infinito, su vestido escarlata, su promesa a sí misma de que volverá a ser feliz y ya no recuerdo, soy incapaz de fijar su silueta arrodillada sobre la tierra y caigo vencida, vencida por el cansancio en medio de las sombras.

9

MARINA REAPARECIÓ un par de días después de aquella noche en que fue a mi departamento. Yo había estado tratando inútilmente de ubicarla donde su madre o en la empresa de Patricio San Martín. Me dijo que había decidido no continuar con la grabación en Chile de su disco compacto. Lo hizo sin esperar un saludo apenas la reconocí por el auricular. Por su voz se la notaba serena. Me preguntó si podíamos vernos al terminar el día y se despidió con la promesa de contarme los detalles apenas nos juntásemos. Acordamos una cita a las nueve en el *Torres*.

—Prefiero que no vengas a buscarme a casa —insistió antes que yo le ofreciera hacerlo—. El lugar está apenas a unas pocas cuadras, quiero caminar un rato antes de encontrarnos.

Corté y miré el reloj: era recién un cuarto para las dos de la tarde. Necesitaba comer antes de ponerme a trabajar. Pedí una pizza por teléfono y decidí pasar la tarde delineando el proyecto de ampliación que me había pedido Gonzalo para su casa en Valparaíso.

Intenté comenzar los planos con el diseño del estudio de trabajo que mi amigo había soñado toda su vida: un ático amplio de madera rústica con un gran ventanal mirando hacia la bahía. Tracé las primeras líneas pero la voz de Marina resonaba en mi mente y me impedía la concentración. De sus escuetas palabras, lo único importante para mí era que Marina ya no tenía motivos de trabajo para

permanecer en Santiago, y eso podía significar la decisión de una nueva partida: vagabunda y solitaria, ciudadana de todas y de ninguna parte, como le gustaba calificarse.

A medida que pasaban los minutos mis temores se fueron transformando en la sensación de malestar que acompaña a la falta de certezas, pero no era la incertidumbre actuando como un motor que movilizaba mis energías, sino la emoción agobiante y sostenida de angustia en la que solía hundirme cada vez que perdía el control sobre mi destino.

Al despedirnos después de aquella extraña noche de la fiesta, acordamos vernos pronto. Yo me había quedado con la impresión de que ella aceptaría seguir trabajando con su amigo hasta lanzar el disco compacto en un par de meses más.

—Tienes razón, Diego —había dicho subiendo al colectivo—, debo ser práctica. Tengo que dar a conocer mi trabajo aquí y tratar de olvidarme de los malos ratos que será necesario pasar.

—Es lo mejor que puedes hacer —le respondí besándola en la frente—. Créeme, es lo mejor que puedes hacer, más allá de mis deseos de que te quedes aquí un tiempo largo.

El cambio en la situación de Marina me ponía en un nuevo escenario, quizá más riesgoso. Requería de su presencia, que me diera la posibilidad de acercarme a su vida, me permitiera acogerla en sus dolores, sus miedos, y sus opiniones tajantes basadas en una ética particular pero difícil de aceptar. Más de una vez me había costado un gran esfuerzo aceptarla tal cual era: reflexiva hasta dejarme exhausto, sensible en extremo y descalificadora ante cualquier argumento que cuestionara su visión del mundo, impulsiva, decididamente provocadora y mordaz. Marina me resultaba a veces agotadora, en verdad demasiado intensa para el ideal de mujer que me había ido

construyendo. Recordaba entonces a Gonzalo, quien con un tono entre burlesco y perdonavidas me sermonaba:

—*No doubt, she is a pain in the ass.* Siempre has sido igual Diego, mientras más jodidas, más te atraen. No has aprendido nada. Tienes un espíritu masoquista digno de alabanza, se te nota la formación franciscana hasta en el gusto por las minas.

¿Qué era en verdad lo que más me gustaba de Marina? Para la mayoría de los hombres podía aparecer hermosa. Para mí, por cierto, era atractiva pero, como decía mi madre, interesante sin ser bella. No obstante, mi pasión iba mucho más allá de su rasgos y atributos físicos. Me gustaba su figura esbelta, sus ojos cambiantes, su pelo muy corto dándole espacio a unas orejas perfectas, su cuello alargado y la dignidad de su silueta. Incluso yo sabía que tampoco era sólo su inteligencia, o su aura de mujer mundana y conocedora de múltiples lugares, idiomas y culturas. Tal vez Gonzalo estaba en lo cierto, pues lo que me fascinaba de Marina era sobre todo el misterio, la volatilidad que la rodeaba, esa imposibilidad de predecir qué haría, qué diría, o hacia dónde la conducirían sus pasos, sus propias reflexiones y sentimientos. En su carácter enigmático encontraba yo su mayor atractivo, era presa del imán de su personalidad ambivalente donde me sentía a la vez impotente y atraído, sufría hasta lo indecible o me sentía un pasajero de la gloria.

Incapaz de avanzar una línea sobre el papel, Marina me hizo en esos instantes recordar a María Iribarne, el personaje de Sábato. Al recrear la atracción y el impacto provocado en mí por esa mujer cuando leí la novela a los quince años, llegué a sentir pavor —mientras veía avanzar con una lentitud insoportable el minutero del reloj— de que esa lectura de adolescencia se hubiese apoderado, instalado en mi inconsciente, volcándose como Castel hacia la

paranoia, hacia un amor neurótico, descabellado, dominado por la desconfianza y la necesidad de posesión hasta llegar al asesinato. Es una estupidez el paralelo me dije, María Iribarne y Marina Mavlis no se parecen en nada, no hay nada que te asemeje al pintor, simplemente te has enamorado de Marina y sólo debes confiar en que le esté ocurriendo lo mismo que a ti.

Tal vez Marina no había decidido nada, pensé, se encuentra en medio de la duda, ha optado por dejarse llevar, vivir la experiencia de no trabajar por unos meses. Soñaba con que se iba a tomar un tiempo acá, estar a mi lado inquiriendo cuáles eran mis propios planes, y cómo la veía a ella en mi futuro. Eres un iluso, me reprochaba, jamás ha dependido de otros para fijar su rumbo, ha sido desde pequeña una mujer que aparenta saber lo que quiere, no condiciona sus opciones a los deseos de nadie, menos de un hombre a quien conoce desde hace muy poco y con el que ha estado de manera esporádica. No, concluí, debes recuperar tu sentido de realidad. Es posible que se quede, que intente grabar con otro sello, incluso que haga otras cosas, o simplemente quiera acompañar a su madre, pero cualquiera sea su decisión nada tiene que ver contigo, eres un extraño en su vida, apenas un aparecido con quien ha establecido una relación de confianza y cercanía.

Ya sabía lo que iba a plantearle, y hoy lo sentía con mayor fuerza. No tenía más alternativa que decírselo y exponerme a su respuesta, así fuera para recibir una negativa que sabía me era imposible aceptar. Saldrá bien, me repetía cansado de bandear entre alternativas extremas. Todo saldrá bien, me ilusionaba, si ha llamado sólo puede ser porque Marina me ama, me ama, a pesar de sí misma. Es suficiente, pensé, detén este masoquismo inútil, clausura tu mente, has llegado al límite, incluso comienzas a sentir el dolor físico en las piernas, detente, me digo, sabes

que has traspasado la frontera de tu propia tolerancia.

Me levanté de la silla anatómica de la mesa de dibujo, descolgué el teléfono, puse al despertador a los ocho, y opté por tomarme un somnífero. Trataría de descansar, dormir era el único subterfugio a mano para acortar la espera y contener los deseos de ver a Marina.

10

LOS MADERAS DE LOS BANCOS ardían expuestas al sol de un verano que se había extendido hasta bien entrado abril. Viera había ubicado el único asiento con sombra en una de las esquinas. Sentada con la vista hacia el sur veía las Escuelas Públicas ubicadas justo al otro lado de ambas calles perpendiculares que rodeaban la Plaza Ñuñoa. El intenso calor mantenía alejados a los visitantes habituales durante los días de semana: madres paseando y jugando con sus hijos pequeños; adolescentes rebeldes escapados de sus colegios; equipos de *baby-football* en la multicancha de baldosas; grupos de *boy-scouts* enfrascados en sus quehaceres; ancianos leyendo o conversando entre ellos; amantes besándose con pasión sin importarles la presencia de nadie o los gritos pícaros u obscenos provenientes de algún automóvil que pasaba por las calles laterales.

Viera hojeaba el periódico mientras esperaba a su nieta. Marina la había llamado por teléfono hacía unas horas pidiéndole un encuentro ese mismo día a las cinco.

—Abuela, necesito urgente hablar contigo a solas —le había dicho indicándole el lugar y la hora—, y por favor, no se lo digas ni siquiera al abuelo.

Viera se entretenía leyendo entrelíneas los pormenores del artículo de portada. Terminado el reportaje cerró el diario, miró el reloj y se dio cuenta de que era la hora acordada.

Marina apareció en ese momento caminando por Du-

blé Almeyda. Viene del Instituto Pedagógico, pensó Viera, debe haber terminado ya de dar sus clases. La agilidad con que su nieta movía su figura esbelta destacaba nítida dentro de un medio ambiente detenido. Los *jeans* ajustados, una blusa de seda apegada al cuerpo, y el pelo largo agitándose al viento tomado con un cintillo celeste marcaban aún más el metro setenta que había alcanzado Marina. La observó pararse en la vereda, dejar pasar un vehículo que subía raudo hacia el oriente, y se paró del asiento en el momento en que la vio dispuesta a cruzar la calle.

Se saludaron con beso en ambas mejillas y decidieron dirigirse a *Las Lanzas* a tomar un refresco.

—Me muero por una cerveza helada, abuela —dijo Marina—. Está realmente espantoso. Escuché que era el día más caluroso de lo que va corrido del otoño durante este siglo.

—Siempre salen con estas estadísticas grandilocuentes —respondió Viera tomándola del brazo mientras caminaban hacia la fuente de soda—. No estoy segura de que tengamos datos sobre el clima desde hace tanto tiempo. Nos encanta batir todo tipo de récords, aunque se trate de las catástrofes más terribles.

Acomodaron una mesa y un par de sillas al aire libre en el lugar más sombreado de la terraza del local. El lugar se expandía tomándose la vereda en los meses de buen tiempo. Les gustaba sentarse a platicar en la época estival bajo la sombra de los plátanos orientales. Constituía un rito veraniego que ambas se habían preocupado de mantener vivo.

En los años transcurridos desde que su hija había entrado a trabajar se habían fortalecido los lazos con su nieta. Viera y Marina compartieron aún más de cerca los años de adolescencia de la pequeña. Terminado el colegio, Viera había sentido orgullo por el excelente puntaje obte-

nido por Marina en la prueba de aptitud y de su ingreso a ingeniería en los primeros lugares.

—Al fin tendremos una profesional en la familia —recordó Viera que le había comentado a Samuel al conocer la noticia—, al menos desde que nos vinimos de Kishinev.

—Tener un título no hace a nadie ni más ni menos burro —le respondió riendo—, y Marina saldrá adelante de cualquier manera. Pero igual hagamos un brindis, querida, a la salud de nuestro futuro cerebro de las matemáticas.

Viera había dudado de la vocación de Marina para dedicarse a un área científica. Desde que era muy niña la veía siempre estudiando una carrera relacionada con el arte: música, literatura, o diseño. Jamás logró imaginarla interesada en el trabajo de los ingenieros. Al manifestarle su inquietud a Marina en esa época, ésta había respondido no muy convencida:

—Es lo que me gusta, abuela, y si no es así, me cambio. No es tan grave.

—¿Y no has pensado en tu madre?

—Ella no se va a morir si me equivoco. Hay cosas más terribles —dijo Marina con un gesto de disgusto—. Por favor, cambiemos esta conversación.

—Debieras pensar un poco más en ella. Está haciendo un esfuerzo muy grande para sacar las cosas adelante.

—Yo no le pedí que me trajera a este mundo, ni tampoco David. Mamá cumple con su deber, como los demás padres; a mí también me irá a tocar, ¿o no?

—¡Esto si es una sorpresa! —exclamó Viera frunciendo el ceño—, mi nieta también va a formar un hogar.

—Tener hijos no es lo mismo que formar una familia decente abuela —respondió Marina haciendo una mueca socarrona—, y tenemos buenos ejemplos a la mano.

—Eres insufrible... sí, es mejor que cambiemos de tema, contigo es cada día más difícil hablar —se había rendido Viera.

La garzona se acercó a la mesa a tomarles el pedido. Habían permanecido con la vista fija en la pérgola, mientras un grupo de jóvenes ensayaba con sus instrumentos electrónicos de manera desganada bajo la estructura cuadrada que oficiaba de escenario en las presentaciones nocturnas.

—Yo... agua tónica con hielo y una torreja de limón —pidió Viera—, y esta niñita quiere un schop, ¿mediano o grande, Marina?

—Grande, abuela, tenemos hartos de que chacharear.

La mujer se retiró después de asegurarse que no deseaban nada de comer y Viera no pudo aguantar más su impaciencia:

—¿Qué sorpresa me tienes ahora?

—La verdad es que son dos —dijo Marina sacando una moneda de su bolso—, cara o sello, para ver por cuál empiezo.

—Déjate de juegos, me da igual con tal de que empieces.

Marina lanzó la moneda al aire dejándola caer al suelo. La miró durante unos segundos y sin recogerla dijo enronqueciendo aún más su voz:

—Me voy de casa, y para siempre. Parto a Estados Unidos a estudiar alta costura por un par de años.

—¿Qué estás diciendo?

—Sorda no eres abuela, ya tengo todo arreglado, comienzo las clases el próximo mes. *New York, New York...* —y Marina comenzó a entonar la canción y a imitar a Lisa Minnelli con el movimiento de las manos y de la cabeza.

Viera permaneció en silencio y le clavó la mirada obligando a Marina a recobrar la seriedad. Esperó que le

trajeran su bebida y tratando de mantener el control dijo pausadamente:

—Supongo que lo habrás pensado bien. Lo que no entiendo es qué espera una persona como tú de todo esto.

—De todo esto ¿qué?

—Sabes a lo que me refiero. Alta costura; modelos; diseñadores; y todos esos *shows*.

—No pienso demasiado en eso. En este negocio se gana bien y yo quiero viajar, conocer, salir de este ambiente. Me siento como un lobo de mar agonizando playa adentro. ¿Lo puedes entender?

—Ningún argumento te hará desistir, ¿verdad?

—Te lo ruego, abuela, no empieces con lo de mamá. Si no me marchó en este mismo segundo. Quería contarte y recibir tu apoyo, nada más.

Viera recordó una escena semejante hacía cerca de una década. Marina contándole que dejaba Ingeniería, que buscaría una alternativa, y que necesitaba saberse comprendida. Aquella decisión de su nieta la había esperado, siempre estuvo preparada. Marina buscó de nuevo su camino, inició otro par de carreras hasta que al fin optó por conseguir un trabajo. Desde ese momento la había visto más tranquila dando clases a los jóvenes que postulaban a la universidad, participando con un grupo de música donde Marina era la solista. Aunque no formalmente, había dejado la casa de su hija, vivía su vida y contribuía al azar con algún dinero para sostener la educación de David. Ahora en cambio, Marina estaba haciendo un giro inesperado y difícil de comprender. Viera sentía que se estaba imponiendo un desafío, una vara demasiado alta, y que lo de ganar dinero y los viajes eran una excusa, y tal vez Marina tenía razón. Siempre nos justificamos a través de subterfugios, pensó Viera: ¿quién era ella para darle lecciones en esta materia?

Sonrió, le tomó la mano y le dijo ya más relajada:

–Espero que estés haciendo lo correcto; tienes todos mis mejores deseos de éxito. Te pido una sola cosa: díselo tú a tu madre. Yo dejo en este momento de ser tu mensajera, no en una cuestión como ésta.

–No hay caso contigo, nunca pierdes la oportunidad de anotarte un triunfo. De qué serviría, pensará que lo hago para castigarla, y no me entenderá, jamás ha hecho un verdadero esfuerzo.

–No seas injusta, has sido tú quien la elude constantemente. Hazlo, por favor, ¿me lo prometes?

–La moneda salió cara, yo gané. Y eso significa que esa parte la pones tú. Yo hablaré con David.

ME CONTEMPLA COMO si mis ojos fuesen estelas al fondo de un pozo. Reabro una y mil veces los recuerdos, y me odio al reflejarme en el espejo de sus aguas cristalinas, cansada de sentir a David asustado de verme deambular por las calles rodeada de mis sombras y fantasmas. A veces quisiera desandar mil huellas, volver a creer en la magia del amor y su aventura, soñar aferrada a unos músculos cálidos y dulces. Y por más que lo intente no me atrevo, jamás tendré la osadía de abrir los espacios tras los puentes levadizos que he alzado para evitar compartir mis olores y mi piel. Monótonos, los años se me pasaron viendo a Marina ocuparse de David al volver del colegio, antes de dirigirse al jardín balanceando la regadera y las tijeras de podar, obsesionada en cuidar los rosales. Durante toda su pubertad mi hija continuó fiel a sus ritos. Y yo, sospechosa de sus silencios, intenté múltiples sermones que siempre parecieron estar destinados al olvido, hasta que por fin, como el premio de consuelo de un juego en el cual había sido excluida, me sentí orgullosa el día en que regresó al anochechar con su inscripción en Ingeniería.

Mi ingenuidad acabó en una decepción. Marina encontró en el ambiente universitario el camino que andaba buscando para huir de mí, las justificaciones para no llegar a dormir y desentenderse de la carrera. Abandonó antes de finalizar el primer semestre y se matriculó en Artes y Letras, luego en Psicología, para terminar aparentemente

cómoda haciendo clases de álgebra en un preuniversitario. Me siento al margen de su pasado, su presente y su porvenir, una extraña en medio del volcán que me transmite su velado fuego vital, sus recurrentes desapariciones por semanas y meses a cualquier destino que le deparen sus caprichos. Vuelve, cuenta un par de historias banales, y de nuevo se siente libre para retomar su rutina varada cual palafitos sobre columnas de greda, frágiles nidos que le facilitan su condición de pájaro en permanente estado migratorio. No he educado a esta hija, se evade a cada instante de la imagen que me inventé para ella. Su pelo corto, sus blusas transparentes, sus movimientos y sus palabras me alcanzan a través de resonancias oscuras. ¿Por qué regresa?, ¿qué puede haber ya para mi hija en nuestros espacios, en nuestras voces, que la impulsen a tallarnos en los poros la magnitud de su soledad y su abandono? Soy su madre, yo la parí, tal vez sólo yo debería saber que en su interior late la más asfixiante tensión de los sentimientos: ¿vengarse de su padre, o el miedo de encontrarlo y no tener fuerzas, corazón, para llevar a cabo con Bernardo el rito de la muerte? Rehuye toda amarra, su cuerpo a la deriva es la consumación de su pugna interior entre el pavor y la inquina. Mi hija flota, se encrespa, fallece y renace con el agua que alimenta y mueve sus llamas. Su acaecer se asemeja a los primeros pasos de un infante y en ése, su caminar zigzagueante, en ese tanteo un poco ciego, golpea y palpita como una fragua su fortaleza indomable.

Marina parece regresar a casa porque intuye que dentro de sí, y tras estas murallas, duerme perpetuo un haz de luz y de esperanza. Mi hija recorre, triunfa y deserta, añora la felicidad y la soslaya, se enternece y ve en David, tal vez en mí, la única posibilidad de calmar sus ansias. O quizás sea la añoranza por las flores, las de sus atardeceres en el jardín paseándose de botón en botón, entre el arcoiris de

pétalos y de espina a espina. A pesar de su juego de máscaras, en este espacio se funden en un caleidoscopio de recuerdos su horror y sus certezas, sólo aquí sus risas y sus lágrimas, el ayer y sus avatares. Sé que no puede borrar de su mente tantas cercanías, que su bondad supera los trazos de la pena, que su amor por nosotros la conduce al retorno a pesar de sus rictus irónicos. Cada herida que me inflinge con sus desafíos va más allá de su apariencia, es un intento de rescatarme, una invitación a que yo me alce, me sume a su pasión compulsiva para que terminemos el duelo. Marina no quiere ser más una víctima ni ver en mí al agente de su desgracia. Con esos ojos perdidos en el cielo raso, en las ventanas cerradas, sé que me está insinuando que añora mirarme de frente, acariciarme con la vista antes de pasar a la piel. Sabrás que tiene un precio, sé que me dice, debes dejar el luto y volver a vivir, mi padre se puede ir a la mierda, su carajada no puede seguir manteniéndonos esclavas del remordimiento y la lejanía. ¿Es verdad que me está invitando a renacer? Y así, al unísono de mis deseos frustrados, mi pequeña se levanta del sillón de cuero gastado, va hacia su cartera, saca un fajo de billetes, lo deja sobre la mesa del teléfono y se marcha como tantas otras veces a una realidad que supera a mi imaginación. Un beso a David, murmura cogiendo la botella de *bourbon* que porta como un estandarte. Sorbe el último trago del vaso checo que adora de niña y me abandona sin jamás atreverse a una caricia. La observo cruzar el dintel, y tras los visillos, lloro y la veo alejarse en su automóvil por la misma calle Brasil donde nació hace más de tres décadas. Y vuelvo a sentirme en mi prisión, sumida en el vía crucis hacia donde apuntan sus censuras veladas. Aunque lucha por ocultarlo, sé que lo adivina, como si yo vistiese ropajes transparentes. Con su deambular ambiguo me está suplicando, exigiendo que selle el segmento de la

memoria que podrá dar curso a la huella de su propio olvido.

Abandono la imagen de Marina, su silueta se pierde de nuevo en la ciudad. Allí va dispuesta a continuar con sus infinitos giros de oficio en oficio, haciendo del trabajo su coraza, un protector que le permita ignorar sus cimientos. Pero al fin hoy creí ver en ese rostro, en esas pupilas de gata al acecho, la ilusión de verme dar el primer paso, prender la candela de mi velador y comenzar a refundar el pasado al vaivén de las sombras. Mi hija me reclama la esperma roja manando tan caliente como su sangre para velar la figura de su padre convertida en una bestia poseída por un placer torcido. Junto a ese cirio fundido irá nuestro aullido clamando la redención, la fortaleza para cicatrizar las llagas y volver a amar sin ataduras, semejantes a dos lobas en celo, a dos úteros de fuego cabalgando sobre la recreación de milenarios goces postergados.

MARINA APARECIÓ EN EL SALÓN principal del *Torres* vestida con una sofisticación extrema. Me costaba entender que se hubiese venido caminando desde su casa arreglada de esa manera. Lucía un vestido de terciopelo color turquesa de escote redondo, sin mangas, y un tajo en el lado izquierdo que partía desde el nacimiento del muslo. Traía puesto un juego de aros, pulsera y collar finamente diseñados en platino en forma de delicadas medias lunas simétricas talladas en jade. Llevaba el pelo muy corto, con su usual colita en el mismo tono del vestido, y patillas cortadas con sumo cuidado. Las puntas hacían juego a las formas alargadas que destacaban con nitidez en las joyas. A pesar del contraste con el cuidado de su aspecto exterior, la falta absoluta de maquillaje no hacía más que destacar sus rasgos, otorgándole a su rostro un aire de naturalidad.

Al notar que todas las miradas se clavaron en su figura, Marina no pudo disimular a través de una leve sonrisa el placer que le provocaba el impacto causado por su presencia. Segura, se acercó a la mesa y sin darme tiempo para levantarme a saludarla y acomodarle la silla, se sentó a mi lado y me besó suavemente en los labios.

–Perdona el atraso, Diego –dijo con una voz donde se confundían la súplica y la ansiedad.

–Está bien Marina, ha sido sólo media hora. Mi temor era que no aparecieras –respondí tratando de esconder mi propia inquietud.

—Te habría avisado si me hubiese surgido algún problema, no lo dudes. De verdad tenía ganas de verte, si no te habría llamado —afirmó con un tono ya más relajado y, mientras cogía mi vaso de vino, me tomó la mano y alzando la copa me hizo un salud con un guiño de su ojo derecho.

Incapaz de refrenar mis impulsos, antes de que Marina alcanzara a beber una gota, me levanté a medias del asiento, le retiré el vaso y tomándola por el cuello le di un beso con una pasión fuera de todo control, sin importarme ni las miradas aún puestas en Marina ni su propia reacción. Me lo devolvió paseando lentamente su lengua por mis dientes y mi paladar, sin preocuparse del paso de los minutos, buscando las zonas más sensibles dentro de mi boca, hasta que la agitación que emanaba desde mi interior alterándome el ritmo de los latidos me obligó a abandonar esa delicia y a separarme de ella volviendo a retomar la posición original en mi asiento.

—Es nuestro mejor beso, Diego —dijo sin poder evitar un tenue jadeo—, es una lástima estar rodeados de tantos voyeristas. *A votre santé, mon chéri* —dijo exagerando el francés mientras empujaba la copa y se bebía el vino de un solo trago.

Los ojos de los demás clientes fueron desapareciendo poco a poco, como decepcionados al ver terminada toda la escena que había significado la entrada de Marina y su encuentro conmigo. El mozo que me había atendido continuó parado a la expectativa con la vista fija en nosotros. Le hice un gesto con la mano para que se acercara y le pregunté a Marina qué deseaba tomar.

—Mi *bourbon* de siempre —contestó en voz alta para que la oyese el mozo—, perdón por haberme tomado tu copa, los besos siempre me dan una sed horrible —terminó la frase bajando el tono.

—A mí otra de blanco helado, por favor, y tráiganos la carta —le pedí al hombre cuando ya había llegado a nuestro lado y volví el rostro hacia Marina—. ¿Supongo que quieres comer, o es sólo una noche de tragos?

—Para empezar está bien, Diego, no tengo apuro, ¿y tú?

—Por mí no..., no te preocupes, pediré algo para picar mientras tanto —le respondí sin poder disimular la excitación que aún me recorría todo el cuerpo.

Nos mantuvimos callados a la espera de nuestro pedido hasta que el mozo apareció con los vasos rompiendo la quietud de esos instantes. La ausencia de palabras no parecía incomodarnos, sino que transmitía una profunda comunicación agazapada tras las miradas y los gestos de cercanía. Nunca me había ocurrido antes con Marina. Los espacios en blanco habían sido siempre preocupantes, anunciadores de una tensión o posteriores a uno de nuestros habituales desencuentros. Odié al hombre por quebrantar la magia que nos envolvía, y una vez que depositó los vasos sobre el mantel debimos conformarnos con su presencia a la espera de nuestra eventual orden de comida. Le indiqué sin hablar que se retirara, pero ya la fantasía del silencio se había esfumado, éramos de nuevo Marina y yo enfrentados al imperioso requerimiento de las voces, a la conversación como único resorte hacia el encuentro.

Incapaces de hablar, nos miramos sin pestañear, y alzamos los vasos para hacer un brindis. Le acaricié las mejillas con el dorso de la mano mientras Marina deslizaba la suya por mi pelo hasta que nos interrumpió la letra de un tango recién iniciado por la orquesta. Nos dedicamos a disfrutar de la música y observar a las dos parejas que se aventuraron a la pista de baile medio confundida entre las mesas.

—La pareja mayor lo hace muy bien —comentó Marina

señalándome los dos viejos que atraían ahora la atención del público—. ¿Tú sabes bailar tango, Diego?

—Ni siquiera me atrevo a intentarlo —respondí como si pidiera una disculpa—. Pero me encanta, sobre todo las letras y ver cómo se lucen las parejas que saben hacerlo. Y más todavía cuando bailan una milonga.

—Mis abuelos lo hacían de maravilla. Era un gusto verlos dar vueltas llevando tan bien los pasos y el ritmo —apuntó Marina soltándome el cabello—. Aprendieron en La Boca, de eso hace ya medio siglo. Tenemos fotos de ellos, te las mostraré la próxima vez que vayas a casa de mi madre.

—Según la mía estos bailes son tentar al demonio, como ahora la salsa —dije comenzando a aplaudir a las parejas que saludaban como en una demostración a la concurrencia antes de retirarse a sus asientos.

El mozo volvió con nuestro pedido y la carta. Durante un largo rato nos abstraímos acompañados de la orquesta y de los bailarines quienes a cada pieza eran más numerosos. Esperé que terminara su *bourbon* y decidí romper el silencio:

—¿Y que pasó con lo de tu grabación?

—Patricio empezó con una larga perorata sobre la inconveniencia de hablar de política con su socio —dijo Marina interrumpiéndose y aprovechando de prender un cigarrillo—. Y que yo había cometido un gran error al ser tan intrasigente con él.

—Yo te dije que debías separar los planos —la interrumpí para ayudarla a calmarse, pues Marina comenzaba a agitarse y alzar la voz.

—La cosa es que el tipo está molesto conmigo y aun cuando le gusta mucho mi trabajo, le dijo a Patricio que era preferible revisar mi contrato..., sí, esas fueron sus palabras exactas, re-vi-sar mi con-tra-to. ¡Qué ironía!, no crees, de

mi silencio *off the record* depende que sigamos adelante. ¿Qué se puede o debe cambiar a raíz de mis opiniones? Por cierto no la letra de mis canciones, que por lo demás no tienen nada de protesta o algo por el estilo.

—Te habrá explicado qué significa esa revisión —afirmé sin ni siquiera sospechar hacia dónde apuntaban las palabras de su amigo.

—Que debíamos encontrar una manera de asegurarle a su socio que yo no daría opiniones personales que pudiesen comprometer a la empresa en futuras entrevistas, apariciones públicas o recitales... —y volvió a detenerse, aprovechando ahora de botar varios centímetros de ceniza que había estado equilibrando con el cigarrillo apuntado al cielo entre sus dedos.

—¿Eso te planteó?

—Exactamente, Diego, si lo que tu llamas eso es posible entenderlo de otra manera que no sea callarme la boca. Cuando le pregunté a Patricio si se refería a cuestiones políticas me respondió sin arrugarse que sí, ya sea referidas al pasado y también al presente. No queremos problemas de ningún tipo, ¿estás dispuesta a hacerlo?, terminó preguntándome.

Dejé pasar unos minutos antes de decirle lo que pensaba, le llené la copa y le insinué que nos tomáramos un trago antes de continuar la conversación.

—Aunque debiera extrañarme, más bien indignarme —opiné poniendo mucho cuidado en lo que decía— en verdad parece ser que los tipos se cuidan mucho en sus relaciones comerciales. No eres la primera a quien le ocurre una cosa por el estilo.

—Como sea es una carajada ¿no crees?

—¿Y qué le contestaste finalmente? —dije cogiéndole ambas manos sobre la mesa.

Marina se mantuvo callada, me soltó separando lenta-

mente sus dedos de los míos, apagó el cigarrillo con fuerza en el cenicero de greda y dijo con una mezcla de indignación y sarcasmo:

—Que iba a darle una vuelta a su invitación a ser moderada como él, pero que me daban ganas de mandarlo a la mierda junto a su socio.

—¿Y ya decidiste qué hacer?

—Si le preguntas a mi útero te diría que el proyecto está abortado y..., y a mi cabeza que debería aceptar y después decir lo que me plazca —respondió Marina tomándose de nuevo las manos—. No se saldrán con la suya, a menos que todo sea una estratagema pensada por Patricio para que diga no y así él queda libre de polvo y paja.

—Está ejerciendo una presión, sin duda. Fue una manera de decirte hasta aquí no más llegamos —concluí con la certeza de que la situación ya no tenía salida.

—¿Entonces por qué no me lo dijo abiertamente?

—Porque no se atrevió a reconocer que él tampoco quiere seguir contigo, simplemente por eso Marina. Tu amigo está en otra y te niegas a reconocerlo. Quizá a él mismo le cuesta asumirlo, ¿quién sabe? —dije recriminándome qué hacía yo interpretando la actitud de aquel desconocido.

—Quedé en responderle mañana.

—¿Y ya sabes cuál es tu respuesta? —pregunté sin poder esconder mi nerviosismo.

Tomó la cajetilla y volvió a fumar de manera displicente, se levantó de la mesa con lentitud mientras trataba de ubicar con la mirada dónde quedaba el baño, se dirigió al fondo del local y me quedé a la espera de su decisión con un nudo en la garganta. Le pedí al mozo que por favor me sirviera rápido un ginebra doble sin hielo y tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme y no prender un cigarrillo. Marina se demoró unos minutos y regresó levemente

maquillada y con una expresión seria en el rostro.

—Diego, de veras, no saques ninguna conclusión adicional —dijo mirándome con ternura—. No puedo aceptar esta situación, ¿lo entiendes verdad?

—Está bien, ¿qué puedo reprocharte? —dije desgana-
do—. ¿Y esto significa que te irás, no es cierto?

—Estoy obligada a optar. O me quedo y trato de abrirme un camino a mi modo, o parto de una vez y para siempre a intentar hacerme camino en España —respondió Marina sosteniéndome los ojos y apretando la copa hasta parecer que se le quebraría dentro de la mano—. Me niego a navegar a medias aguas, aquí o en cualquier parte. Eso es lo único que ahora debo resolver, y me tomaré todo el tiempo que sea necesario.

A LA SALIDA DEL CEMENTERIO Viera le pidió a su hija y a sus nietos que la dejaran sola. Quería irse a su hogar, ordenar sus pensamientos y dormir unas horas.

—David, sé bueno y llévame a casa —le pidió a su nieto—. Los espero a todos mañana a almorzar.

—Yo llegaré más temprano —se despidió Marina mientras la acompañaba al automóvil.

Viera había sentido la dolorosa enfermedad de Samuel como si fuese su propia agonía. A pesar de las viglias a su lado, lo vio perder peso día a día; irse quedando poco a poco sin palabras; apagarse semana a semana hasta que su deterioro físico y mental se asemejó tanto a la muerte que experimentó una sensación de alivio cuando terminó con sus estertores y, con el sufrimiento reflejado en el rostro, dejó de respirar. Invadida por una gran paz, lo besó en los párpados cerrándole los ojos por última vez.

Una vez enterrado Samuel, le costaba dejar de pensar que la presencia de Marina en Santiago se prolongaría apenas un día más. Aunque sentía la necesidad de un respiro y hubiese preferido darse un tiempo para ir aquilantando su duelo, se sentía obligada a hablar con su nieta, enfrentársele con el inevitable tema de su partida.

Marina le contó que había hecho arreglos con otra diseñadora, quien la sustituiría en los dos próximos desfiles en Nueva York, partiría de regreso mañana por la

noche, y no podía volver a Santiago hasta después de terminada la temporada de invierno en el hemisferio norte. Si todo marchaba de acuerdo a lo conversado con Anita, para entonces Viera ya se habría integrado a su trabajo en la embajada de Israel en Buenos Aires.

Su hija había recurrido a todos los argumentos a su alcance para convencerla de permanecer en Santiago. Se resistía a aceptar su lejanía, pero convencida ya de la inutilidad de seguir insistiendo, le había escrito a Marina pidiéndole su ayuda, instándola a hablar con ella: "Tú eres la única capaz de detener esta insensatez de tu abuela", le manifestó con desesperación.

Marina le respondió con una breve tarjeta donde le contaba su calendario de actividades, y terminaba diciéndole: "Me comunicaré con ella y si no saco nada, iré a Chile apenas pueda. Un beso a todos".

Viera había decidido no tocar el tema. En todas las llamadas de su nieta se las ingenió para desviar la conversación, se resistió a entrar en un diálogo más profundo, escudándose en su preocupación centrada en el creciente deterioro de la salud de Samuel.

Marina apareció antes de las nueve. Vestía un traje de chaqueta y pantalón negro; una blusa crema cerrada al cuello; cartera y zapatos en el mismo color. La cara sin pintura y el pelo con su tono natural le otorgaban un aspecto de sobriedad al cual se había desacostumbrado desde que era estudiante universitaria. La besó y preguntándole si había tomado desayuno se dirigió a la cocina mientras Marina se instalaba en los muebles de la terraza bajo el parrón.

—Quiero sólo un té con limón y tus deliciosas galletas —respondió—, y no te preocupes más por mí, en serio, ven ya y siéntate.

Preparó la bandeja, al pasar por la sala de estar conec-

tó el grabador del teléfono, caminó hasta el patio y se instaló a su lado.

—¿A qué hora partes? —le preguntó acercándole la bandeja.

—El avión sale a las ocho. David prometió llevarme.

—Es un buen muchacho, ojalá le vaya bien con Teresa.

—¿Qué piensas de ella? Yo apenas la he visto un par de veces.

—No sabes cuánto tu hermano me recuerda a Samuel, jamás se complica la vida; Teresa tiene el carácter que a él le falta.

—Mamá es de la misma opinión, ¿no es cierto? —dijo Marina esbozando una extraña sonrisa.

Viera se mantuvo un momento callada. Se vio llegando el día anterior a su casa. Había besado a David mientras se bajaba del vehículo, pensando en los silencios adoptados por su nieto, con ese estilo tan suyo de no inmiscuirse en la vida de los demás. Dejar hacer e impedir que se metieran en sus cosas, sin jamás comprometerse. Con esa estrategia había sobrevivido en la familia evitándose muchas dificultades. Mirándolo alejarse hacia Irarrázaval, había hallado cierta sabiduría en sus mecanismos de defensa, en su actitud desapegada: ésa era tal vez la única forma para él de atenuar el daño, de romper el círculo de la culpa y la angustia que le habría provocado tomar alguna postura cuyas consecuencias sería incapaz de asumir.

—Tu madre la quiere mucho —le respondió desdeñando el rictus de Marina.

—Cómo no va a quererla, si le cuida al niño. Así se justifica a sí misma la distancia de David.

—De nada te vale la ironía...

—Siempre la misma historia, hagan lo que hagan, los hombres terminan absueltos. Ni siquiera necesitan morirse para ser buenos.

—Eres la menos indicada para juzgarnos. Vienes apenas de cuando en vez; te estás una tarde con ella; le dejas algo de dinero y te vas: así has tranquilizado tu conciencia todos estos últimos años.

Marina enmudeció. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo para no estallar y mantenerse en su sitio. Viera sabía que podría pararse en cualquier instante y partir. Le tomó la mano y esperó sin retirarle la vista. Se calmó al sentir su mano transpirando y entregada.

—Sin sermones, abuela, ... yo no vine a eso, sino a saber si de veras te marchas —la encaró con voz suave y sacando sus cigarrillos de la cartera.

—Es difícil decírtelo, pero sí, decidí aceptar la oferta de Anita —le respondió con calma.

—¡Vaya, qué locura! Irte a tu edad. Allá no encontrarás un ambiente muy diferente. Los amigos argentinos con quienes he hablado están tanto o más descorazonados que nosotras.

—¿Quién sabe? Sí, valdrá la pena..., no será todo, es otra cosa Marina, lo sé.

—A mí no me engañas, jamás te irías sólo para trabajar juntando platas con los sionistas. Dime la verdad.

—¿Cuál verdad..., cómo saber qué es lo correcto?

—No te enojés —y la observó forzándola a sostenerle la mirada—, pero tal vez el tiempo ya no te alcance, y nunca sabrás si hiciste bien o mal. Y en tanto mamá se quedará sin ti, la única persona en quien confía.

—Desvías la cuestión. Me estás pidiendo que yo continúe haciéndome cargo —le dijo con dureza parándose del asiento.

—Es increíble, no puedo creer que te marchas. Y ni siquiera le has dicho tus verdaderos motivos.

—No te hagas la ingenua. ¿Serías capaz de tener esta conversación frente a ella? Por Dios, Marina, hace tiempo

que dejaste de ser una niña. Ya he hecho lo que he podido, y no quiero más, no a estas alturas de tu vida y menos de la mía. Eres soberbia, siempre te las sabes todas, ¿no es así?

Marina contrajo el rostro y bajó la cabeza. Viera sintió de inmediato el dolor del arrepentimiento por haber dicho aquellas palabras. Pero no pudo evitar el pensamiento sobre la validez de su posición. Deben entenderme, a mi edad, y ahora sin Samuel, tienen que ser capaces de restaurar el quiebre arrastrado por tanto años, pensó tensionada por sentimientos de egoísmo y pena.

—Venirme sería como romper de nuevo la mudez —reaccionó Marina levantando el rostro y mirando al vacío—, y no quiero, me da miedo...

—¿Qué te puede pasar?, debes intentarlo, huyendo de ti dañas también a tu madre.

—Mamá..., no te he contado cuántas veces aparece una y otra vez en un sueño. La veo con un vestido blanco manchado de sangre y con la cara deformada por los golpes. Entra a mi pieza de niña con un punzón en la mano y me pregunta por mi padre. Yo estoy siempre en cuclillas agazapada en un rincón. Levanto un brazo y le indico con el pulgar una foto sepia sobre mi velador donde aparecemos los tres sentados. Él me está observando y una de sus grandes manos blancas me tiene cogido un muslo. Le ruego con la mirada que se lo clave en ese dorso pálido. Permanece inmóvil observando el retrato, baja la cabeza, camina hacia la muralla y su figura la traspasa, se diluye dejando el punzón caído en el suelo. Doy un alarido que me va oprimiendo el pecho, la voz se va callando, se transforma, se convierte en un silbido tenue hasta apagarse por completo. Mi camisón es entonces el que comienza a teñirse de rojo, ...ahí siempre me despierto, emitiendo el mismo aullido. Pero es mi voz de adulta y no la de la niña de la pesadilla. No he cesado de tenerla todos estos años

—termina mientras las manos le tiemblan tratando de encender otro cigarrillo.

Viera le tomó el rostro y mantuvo sus manos en las mejillas. Le fue secando las lágrimas, deslizándole los dedos con suavidad por los pómulos. Esperó hasta que se calmara y le dijo mirándola fijo a los ojos:

—Lo sabes verdad, lo has ocultado, pero sí recuerdas lo que pasó con tu padre ese día.

—Nada, en verdad no recuerdo nada..., quizá fui construyendo una historia paso a paso para darme cuenta o explicarme tantas cosas.

—Es increíble cómo nos inventamos y trastrocamos en las pesadillas. Yo trato en las mías de salvar a un muerto y tú en liquidar a un vivo.

—Hablas de tu hermano, ¿no es cierto?

—Sí, también se me repite a menudo..., ya no tiene importancia; en todo caso, tu madre lo mató de otra manera, y tú lo sabes. Jamás volvió a verlo ni a dirigirle la palabra.

—Matarlo, ¿qué dices?, él la enterró a ella entre cuatro paredes.

—¿Y por eso no la perdonas?

—Podría haberse separado antes. Nos ha hecho cargar a todos su frustración...

—No seas tan dura, ya ha tenido suficiente. No fue nada fácil. ¿Te contó alguna vez la historia que le escondió tu padre?

—Recién ayer. Yo no sabía..., la coincidencia de su imagen enterrándose el punzón me aterrorizó aún más.

—Como ves, todos llevamos lo nuestro. No justifica a Bernardo, para nada, pero te debiera ayudar a entenderla.

—¿Piensas en serio que debo venirme? —le preguntó levantando la cara hasta encontrar su mirada y abrazándola por la cintura.

–Sí, Marina, yo no veo otra forma. Parece haber llegado el momento.

–¿Te vas en realidad por nosotras?

–A tu madre jamás se lo diría, pero sí, sobre todo por ustedes. Y también por mí.

–No sé, abuela..., no sé qué hacer.

–Aprovecha la oportunidad, tu miedo jamás acabará mientras me tengas como un escudo.

Marina la apretó con fuerza, se levantó del sillón manteniendo su cuerpo unido al de Viera y terminando de secarse las lágrimas le pidió con dulzura:

–Me harías el favor de esperar hasta que vuelva. De alguna manera acomodaré mi itinerario a tus tiempos, pero quiero estar aquí cuando partas.

–Claro que sí. Te esperaré, es la mejor manera de facilitarnos las cosas a las tres.

MI PADRE HA MUERTO. Mi padre ha muerto y siento una terrible sensación de abandono, de abandono y miseria entre estas murallas donde las voces hechas cenizas repican trémulas, hora tras hora, a cada minuto, segundo a segundo. Las voces hechas cenizas, me repito. A esta frágil compañía se han ido reduciendo mis desvelos. Definitivamente todo acaba, todos se van yendo, unos para siempre, como mi padre ayer. Mamá lo acompañó hasta el último respiro con su cuerpo disminuido por la resignación y la tristeza en el rostro. Preparada de antemano para asumir su viudez no se movió de su lado durante los seis meses que duró ese creciente marchitarse de papá. Mi padre expiró y nos quedamos mirando con mamá y David sin saber qué decir, de qué condolernos sino de nuestros rostros de desconcierto frente a los vecinos y a las amistades más cercanas, a mis compañeros de oficina quienes se movían incómodos en torno al féretro, suplicándome que-remos irnos de aquí, por favor libéranos de este calvario. Váyanse todos pensé, ya nada importa, da igual, pero permanecí callada para evitarme la vergüenza de reconocer que mi deseo más íntimo era verlos marcharse y velarlo en la intimidad más estrecha acompañados por esta luz mortecina, esperando tan sólo la llegada de Marina desde Nueva York. Recién entonces, cuando mi hija aparezca, podremos completar el rito de la muerte, levantar a papá amortajado de blanco en el suelo del escritorio, ponerlo en

el ataúd y partir hacia el camposanto donde aguardará a mi madre. Todo el tiempo que fuese necesario, repitió hasta sus últimos días, para esperar tranquilo a la única mujer que he amado, sonreía apenas con los ojos hundidos y las mejillas color de cera. Mi padre, siempre ingenuo, nunca quiso darse por enterado de que mamá tenía una visión tan distinta de la muerte. El cuerpo se nos va agotando, se deteriora, se detiene junto a las emociones que lo movilizan y con el paso de los años se vuelve una estela, le gusta repetirme en los pocos momentos que podemos estar tranquilas mientras oficiamos de anfitrionas de quienes vienen a darnos el pésame. De nada nos serviría reposar juntos, yo jamás me sentiría más cercana a tu padre por el mero hecho de yacer a su lado. Lo único importante hija, me dice con voz pausada, es la permanencia en el corazón de los vivos. Mira a Marina y David, me dice decepcionada, incluso a ti misma hija, ninguno guarda el menor recuerdo o sentimiento por su bisabuela, Brana Fischer no es más que una sombra en mis labios cuando les relato de nuestra vida en Kishinev. Y mi madre comienza a divagar, qué quedará de ella cuando yo no esté, sino su lápida en ese cementerio donde ya nadie de nuestra familia puede concurrir a colocar una ofrenda. Qué duda cabe, me consuelo, mi madre sufre al ver en la muerte de papá la desaparición de su único referente sólido y vivo para dialogar y tratar de comprender el ciclo que ha recorrido. Su ausencia la deja como la única sobreviviente de su generación. La miro rogándole, exigiéndole que a pesar de su pena y sus ansias de partir me vea y se deje un espacio donde apoyarme y acogernos mutuamente. Cómo puedo llevarla a cambiar su decisión, hacerla desistir, si en su fuero más íntimo mi madre ya sabía que no le quedaba más camino que abrazar a último momento la causa del sionismo. Siempre he necesitado creer de nuevo para vivir

y tú los sabes, me repite, y a mi edad yo ya no tengo otra salida, no puedo desaprovechar la oportunidad de sentirme útil más allá de ti y de mis nietos. Sé que mamá rehuyó la posibilidad de una partida, se la negó pues sabía que mi padre jamás la acompañaría. Pero en silencio intuía el destino de papá y se mantenía a la espera, resuelta a aceptar el ofrecimiento de tía Anita. Ya nada podrá evitar el quedarme sin mamá, con su amable y fiel compañía. Debo ser capaz, me digo sin convicción, de reponerme como si hubiese sufrido la muerte conjunta de mis padres, pues nada la detendrá en su determinación. Con su salud de hierro, ni siquiera puedo ofrecerle la posibilidad de cuidarla en sus últimos años de vida. Tendré entonces que aferrarme a mi trabajo, a esperar la visita semanal de David y Teresa en los almuerzos del domingo, a la ilusión de que Marina algún día decida regresar y permanecer a mi lado. Llegará al entierro de su abuelo, de eso no me cabe duda, ama demasiado a mi madre como para dejarla sola en estos momentos, pero se marchará de nuevo, de seguro, y estará pensando que da lo mismo ver a su abuela aquí o en la Argentina. Marina no nos necesita, ni a David ni a mí, sólo en mi madre encuentra el calor y la complicidad que ni siquiera le ha otorgado una pareja. Pobre hija mía, depende exclusivamente de ese lazo filial, no ha querido abrir su corazón a nadie más en todos estos años, y me temo que el día en que su abuela muera se le derrumbará el mundo y no tendrá en quién apoyarse para calmar su dolor. Por qué no acepta de mí la posibilidad de otra salida, qué daño tan irreparable le puedo haber causado para mantenerse distante y aferrada a cicatrices tan antiguas que yo misma ya he cerrado en mi piel y mi memoria. Marina no sabe del perdón, por qué me reabres las llagas y no me concedes por fin la absolución. Llegará para estar unos días junto a su abuela, y volverá a marcharse. Y muy

pronto será mamá quien se aleje de mí, y entonces aparte de David y su dulzura medida y sincera, me convertiré en mi única compañía. Me evado tras la ilusión de que después del funeral de mi padre Marina y yo nos abrazaremos llorando por los años perdidos. Miro a mi alrededor y veo siluetas de seres indistingibles, las sombras de los cirios proyectándose hacia todos los rincones, las sábanas cubriendo los espejos. Hoy sin duda es día de difuntos, deslizo la mirada por el cuarto buscando otra señal y veo a Marina tras el perfil nítido de su hermano, me da un beso tenue y va en pos de mi madre sentada mirando los rasgos de su Samuel apenas visibles tras su cabeza amortajada. Marina y mamá se besan, se abrazan con fuerza, y permanecen entrelazadas. Ya estamos todos, digo en voz baja, debemos ponerlo en el ataúd, es viernes y ya no podemos esperar más, hay que sepultarlo antes de que comience el *Shabbat*.

MARINA VENDRÍA A MI DEPARTAMENTO esta noche. Había aceptado mi invitación a cenar tras varias citas después de nuestra charla en el *Torres*. A partir de esa velada, nos vimos en distintos puntos escogidos al azar a las horas más disímiles y, a pesar de mis insinuaciones, siempre rehuyó ir directamente a la cuestión que más me preocupaba: ¿qué haría después de desechar el nuevo contrato de grabación?

Durante esos encuentros habló largamente de la vida de su madre, y de cómo la partida de Chile y la muerte de su abuela Viera la había forzado a plantearse una vez más la relación con su madre.

Deseoso de estar más cerca de Marina me vi envuelto en un sinuoso triángulo de sentimientos filiales encontrados, de cercanías y distancias, culpabilidades, entregas y renuncias que habían ido urdiendo abuela, madre e hija, hasta configurar una compleja trama afectiva.

Haciendo esfuerzos por seguir su historia que fluía desordenadamente a través de los días, formulándole preguntas cuando me perdía en sus relatos, presionándola en algunos puntos hasta que Marina profundizaba en los vacíos de sus explicaciones, y dándole muchas vueltas a nuestras conversaciones, llegué finalmente a pensar que, paradójicamente, el amor entre las dos jamás se había basado en el hecho de ser madre e hija. Más bien, era portadora de la fuerza inquebrantable de su abuela Viera.

Marina y su madre habían labrado de esta forma el prodigio de antecederse y sucederse mutuamente, de ser al mismo tiempo origen y destino de partos que trizaban la lógica de la descendencia. Era a partir de esa llama de lazos filiales desde donde arrancaba la naturaleza circular que les había enlazado las vidas. Marina había heredado de su abuela la estrella maternal que su mera condición de hija le negaba. Y sólo recurriendo a este expediente atávico asumía el sacrificio de olvidarse de sí misma. Marina cargaba esa cruz extraña desde que fue dada a luz, ese venir al mundo portando sobre los hombros un compromiso inescapable y cruel. Incapaces de restablecer el orden de la descendencia, aisladas en sus temores, ella y su madre caminan indisolublemente ligadas en la desgracia, tanteando en las sombras, sin que ninguna de las dos se sienta con derecho al amor. Ambas se lo niegan, se aterrorizan, porque en el mismo amor que dio origen a Marina yacía el germen de la destrucción que las tenía presas del desamor. Impacientes de ver la felicidad en la otra, se sueñan queriendo en un cruce de fantasías y se reservan las pesadillas para sus propias vidas. La alegría y la tristeza como proyecciones que se anulan en una simple amargura. Parecieran estar condenadas sin remedio a un profundo aislamiento, a la frustración de mirarse y comprobar que cada cual a su manera no es capaz de amar ni dejar que nadie las quiera. Todo gira en torno a ese sino maldito, alrededor de un amor cuya pasión se agota y se consume en sí misma, que rechaza y coarta todos los demás amores y todas las otras pasiones. Mientras se mantengan presas de este juego, entre Marina y su madre no caben ni las amistades ni los amantes, concluí aterrado. Era un mundo fuera del cual los afectos nacen deflagrados.

A partir de aquellas conversaciones con Marina creí entender que sus opciones iban mucho más allá de un

asunto de alternativas laborales. La decisión de quedarse la forzaría a resolver la cuestión de su madre, a lo cual había continuado resistiéndose más allá de la ida de su abuela a Buenos Aires, e incluso después de su muerte hacía ya más de dos años. Marina me lo había reconocido con pesar un par de días atrás sentados en un banco de la Plaza Brasil:

—Mi abuela se nos fue con el dolor y la frustración de no saber qué pasaría entre mi madre y yo.

—No te culpes por ello —le respondí tomándola de los hombros—. En serio, no vayas a tomar a mal lo que te digo, pero eso estaba dentro de los riesgos que ella asumió al partir, y aún tú tienes la posibilidad de reparación.

—Ya es tarde, no le alcanzó la vida para verla —dijo Marina fijando la mirada en una anciana afanada en alimentar a los gorriones en su propia mano—. En cualquier caso, lo de la vieja Viera, como le dice mamá, ya no tiene arreglo. Soy yo quien debo atreverme de una vez por todas a afrontar a mi madre. Me aterra, Diego, pero sé que no puedo seguir dilatándolo.

Al terminar mi trabajo miré el reloj para calcular los tiempos antes de ponerme a preparar la cena, y volví a recordar y recrear todos aquellos últimos diálogos con Marina. Me sentía embargado por una sensación de derrota: en el mejor de los casos, pensé, yo era apenas una carta de ajuste en el difícil naípe que ella estaba barajando. Mi paciencia se había agotado, añoraba su arribo, pero estaba decidido a poner término a nuestros encuentros, a menos que Marina me abriese una puerta segura por donde dejar transitar y darle una posibilidad a nuestra relación.

Marina me llamó por teléfono a las siete anunciándome que venía con una hora de retraso.

—Estamos en la casa de mi madre conversando, y necesito un poco más de tiempo —me explicó con voz

sería-. Llegaré pasado las nueve. ¿No te enoja, verdad? ¿Necesitas que te lleve algo?

–No puedo ir a buscarte –me disculpé sin saber por qué lo hacía–, y no te preocupes, a esa hora tendré todo listo, te espero.

–Gracias por tu paciencia, Diego –se despidió apurada.

Apareció después de la diez y media. Disimulado tras el maquillaje, su rostro se veía cansado, como si no hubiese dormido en varios días. Al igual que siempre, su vestimenta reflejaba la preocupación de Marina por su apariencia. Pero en esta ocasión destacaba por su sencillez. Una falda y una blusa hindúes en azules sobrios, zapatos bajos en el mismo tono burdeos de la cartera, y unos pendientes de lapislázuli en forma de diminutas lágrimas enquistadas en plata. No me había dado cuenta hasta ese momento que su pelo trigueño le había crecido, y su peinado al estilo *Príncipe Valiente* le otorgaba a su cara un aura más juvenil. Era la misma Marina, pero me pareció más centrada en sí misma y menos preocupada de su aspecto exterior con el cual solía habitualmente distraer a su interlocutor.

Me ofreció ayuda dejando entrever cierta preocupación por su retraso. Le ofrecí de inmediato un aperitivo, y traté de no darle más importancia al asunto.

–Haremos como si nada hubiese pasado. Puedo recalentar la cena en el micro-onda después que terminemos de picotear, ¿estás de acuerdo? –terminé diciéndole mientras me dirigía a la cocina.

–¡Vaya día! –dijo Marina en el momento que retornaba con la bandeja–. Siempre se me junta todo de una vez.

Me senté frente a ella, serví un par de vasos de *whisky* con hielo sin preguntarle qué quería beber –mientras miraba la estantería con discos compactos y *cassettes* pensando en qué música tocar–, y le indiqué con un gesto de la mano

hacia los platillos para que se sirviera a su antojo.

—¿Te gusta Vollenweider? —le pregunté parándome a colocar mi tema preferido—. A mí me fascina cómo va agregando y entramando los instrumentos. Pareciera navegar y elevarse junto a sus sonidos. Me encanta sentir su entrega. Me sugiere el puro placer de componer de un creador.

—Está bien, Diego, es agradable y me relaja —dijo Marina bebiéndose el contenido de su vaso de una sola vez—. ¿No te molesta si yo misma me sirvo otro?

Regresé a mi asiento con el control remoto, bajé un poco el volumen, me adelanté para agregarle más hielo a su vaso y dije alzando el mío:

—Ha pasado tiempo desde la última vez que estuviste acá. A nuestra salud por esta noche.

—Sobre todo a la tuya, de verdad me siento muy cómoda en tu casa —brindó Marina fijando su mirada en mi cuerpo reclinado en el sillón—. Eres quizás demasiado comprensivo.

—¿Qué te tuvo tan ocupada? —cambié la conversación mirando al pasar la noche a través del ventanal del comedor—. Además de tu madre, por supuesto.

—Terminé el asunto con Patricio. Me fui de su oficina sin callarme la boca, hasta le grité que le había dado la espalda a lo único valioso que había tenido en su vida —dijo endureciendo el tono en una mezcla de frustración y rabia.

—Cálmate, por favor —le pedí acercándome a su lado y tomándola de ambas manos—. Ya es asunto cerrado, y no vale la pena que continúes pasando malos ratos.

—Tienes razón, Diego, tienes razón —dijo recobrando el temple—. Pero tenía que hacerlo, no podía irme así no más de brazos cruzados. Necesitaba descargarme, y créeme, ya lo he conseguido.

La invité a pasar a la mesa. Cenamos en silencio y al terminar pasamos de nuevo al living a tomar un bajativo. Antes de sentarse, Marina se dirigió a la terraza a contemplar la estrellas y el primer día de la luna nueva.

Me instalé a degustar el ron añejado, apagué el equipo de música y esperé sentado hasta que Marina entró y se acomodó frente a mí. Nos mantuvimos callados, mientras ella consumía un cigarrillo tras otro, yo volvía a llenar las copas, y nos clavábamos intermitentemente la mirada hasta que uno de los dos retiraba la vista. Jugamos con los ojos durante un largo rato, hasta que un cambio en el brillo de su pupilas me indicó que el silencio había llegado a su fin.

—He pensado en lo que voy a hacer, de eso estuve hablando con mamá —dijo Marina parándose de improviso y yéndose a apoyar con delicadeza y soltura sobre el canto de la mesa del comedor.

Junto a sus palabras resonando como un eco en mi mente un frío me recorrió el cuerpo. Me sentí paralizado y con la musculatura agarrotada. Los efectos placenteros del alcohol se transformaron en una sensación febril y comencé a sentir agudos pálpitos resonando en mis sienes.

—Ya lo he decidido, Diego —me pareció oír a la distancia de sus labios—. Me quedaré en Chile, al menos por unos meses. Lo del trabajo puede esperar, necesito saber si soy capaz de cambiar las cosas con mi madre.

Epílogo

VIERA DIO UNA ÚLTIMA vuelta a la plaza San Telmo, se detuvo frente al puesto de teléfonos antiguos y decidió comprar el modelo más simple, una vieja reliquia que le hacía recordar su paso por Buenos Aires a fines de los años veinte. Desde un aparato como éste, en medio del ruido de la fuente de soda del puerto, había llamado a Samuel recién llegada de Moldavia. Adquirirlo era iniciar la clausura de un ciclo inconcluso; del archivo de su paso por un continente que junto al discurrir de la vida se había convertido en su mundo y sus dilemas. Acá en el sur de América estaban su hija y sus nietos; la tumba de su esposo en el popular barrio de Conchalí en el cementerio judío de Santiago; los recuerdos de los horrores nazis; y su giro final hacia el sionismo cuando la muerte comenzó a parecerle más plácida y cercana.

Su venida desde Chile a trabajar a la embajada de Israel había marcado el hito definitivo de una decisión largamente postergada. Muerto Samuel, recordó Viera, había llegado el momento de dejar el espacio para el reencontro entre su hija y Marina. Su ausencia era el único camino que fue capaz de imaginar para poner término a esa distancia ya sin sentido, donde ella había terminado sintiéndose una valla insalvable. Incluso sin su presencia, su hija y su nieta no habían podido superar su antiguo desencuentro, pero Viera aún confiaba en la posibilidad de que ambas dejaran atrás sus miedos, sus reproches, y le abrieran finalmente las puertas a un amor transparente y pleno.

Pero estaba también su necesidad de abandonar la existencia sintiéndose más cerca de su pueblo. No era a sí misma, sino a Grisha, a quien sentía le debía explicaciones, aunque la consolaba la certeza —o era apenas una esperan-

za— de que su hermano, de haber sobrevivido, habría estado de su lado, o al menos la hubiera entendido.

Viera sabe que todo este divagar es un juego inútil, pero ha disfrutado medio siglo conversando con Grisha, inventándole opiniones y adelantándose a sus risas. A medida que pasan los días ha sido su mejor compañía en los momentos de soledad, mientras el paso de los años le ha ido enseñando que envejecer es por sobre todo saber convivir con los recuerdos y las voces ausentes de los seres queridos.

Regresa a mirar el teléfono antiguo, atrapa el semblante apenado de Marina despidiéndola hace unos meses en el aeropuerto de Santiago, odia las permanentes despedidas que han marcado su vivir, y vuelve, como a partir del mismo día de su viudez, a sentir las ansias de ser por fin ella misma.

Quiere darle paso cada día más a sus emociones en vez de a los pensamientos y a las opiniones. Después de tantos sinsabores, añora acercarse a su esencia, dejarse llevar por los impulsos, entenderse más con el corazón que a través de las ambigüedades traicioneras de la razón. Está viviendo una pasión compulsiva de agradarse con sus palpitos, sus expresiones físicas, sus dichos sin tamiz, de sentirse relajada más allá de los efectos que provoquen su presencia, sus ideas, su ser ataviado de una historia que guste o no es la única que le pertenece. Sí, debe olvidarse de exigirse a sí misma, Viera Gleiser no le debe a nadie explicaciones en esta encrucijada de su devenir. Dirá y hará lo que se le venga en gana y callará lo que le plazca si eso la ayuda a sentirse feliz antes de partir.

Cuartito Azul retumba fuerte sobre el empedrado mientras una pareja porteña baila atrayendo a los transeúntes. Y Viera se da cuenta que ya es hora de volver a la embajada, de retomar una rutina que se ha ido transformando en

tensión a medida que las conversaciones con sus compañeras de oficina versan cada vez más sobre las nuevas medidas de seguridad y los temores de un atentado. Los agentes del *Mossad* parecen cada día más nerviosos, se indignan contra quienes insisten en llegar a un entendimiento con Arafat. Viera intuye, desea, siente que luego de la conferencia de Madrid la puerta —¿o es tan sólo un visillo de su ilusión?—, está por fin abierta para acercarse a un entendimiento entre judíos y palestinos.

Viera sabe que sólo a partir de ese momento podrá emprender su postergada visita a Jerusalén, acercarse al *Muro de los Lamentos* y guardar entre sus piedras su única petición a un Dios con quien jamás logró entenderse. Sabe que no va tras la inmortalidad, la trascendencia del alma, quiere que sus sentimientos, sus entregas, sus renunciaciones, permanezcan en el corazón de su hija y de Marina y David. En el recuerdo de ellos tres y de sus amistades diversas, volátiles y eternas, ansía dejar una huella, hacer una memoria de tantos desvelos amargos, alegrías y amores cuya certeza estaba en que jamás pudo dejar de sentirlos, de los cuales le es imposible escapar pues le corren por las venas y sus sueños una y otra vez derrotados y vueltos a nacer.

Imagina su vida como un largo tren que ha ido perdiendo los vagones a medida que se detiene en las estaciones, que las distancias recorridas se prolongan, que su motor se envejece y no admite su trueque desde el carbón, su energía arcaica, a los inventos de una modernidad que la supera. Viera se ve más y más como una locomotora piafando humo, perdiendo velocidad a pesar de una carga que se aligera, de los carros que han ido quedando en el camino, de los pasajeros que le van diciendo adiós desde los andenes. Percibe su condición de máquina solitaria, llena de mañas y de comidas que su cuerpo rechaza. Qué

no daría por unos pimentones rojos con ajo, por las raíces picantes del pescado relleno, por el ají verde del ceviche y los cogotes rellenos de gallina. Todo se ha convertido en el ayer, en los fui, hice y no será jamás de nuevo. Está segura, son los costos de haber sido testigo de un siglo XX que la ha remecido con una fuerza telúrica y la hizo rodar y volar sobre la tierra cual si fuese una espiga. Ha sido duro, demasiado para una sola vida, se dice en voz baja mientras decide que sí se quedará con el teléfono.

Pero también tuvo a Samuel y su pasión compartida por la música y el baile; vivió con él una solidaridad que pasados los años se asemejó un tanto al amor profundo. Pudo vaciar en él sus angustias y ver siempre en sus pupilas la comprensión y una mano tendida sin condiciones ni pasadas de cuenta, el beso cálido en la comisura de los labios acompañando los pulgares secándole las gotas de pena provenientes del alma y diciéndole: "que lindo lloras a través de tus lindos ojos grises".

Sí, todo aquello fue suyo, y hoy siente la vejez, sola y libre, como una coronación de sí misma, como la culminación de una vida dedicada a los otros que por fin le ha otorgado el derecho a mirar el mundo desde su propio centro, a sentirse con orgullo una anciana que aún puede ganarse el pan y darse el lujo, por puro placer, de comprarse un aparato de anticuario sin duda tan hermoso como inútil.

Mira su reloj y se da cuenta que está atrasada cerca de una hora. Paga y camina apurando el paso a tomar el colectivo. Mientras avanza, observa los rostros de todos los que ama confundidos entre las facciones de los bonaerenses y las imágenes de su propia mente, múltiples registros del sentido y la felicidad de una existencia que siente plena y verdadera. Se recrea viendo aparecer el sol pujando por aparecer entre medio de una nube de nubes,

de un atardecer que sin saber cómo ni por qué la ha llevado por las vicisitudes de la melancolía y los *racontos*. Sí, ha sido una jornada de identidad personal, un viaje interior, un espacio para trenzar en un gran lienzo su abanico de fantasmas, idolatrías, placeres y demiurgos. Como en los cuadros de Van Gogh, la insuperable gama de tonalidades, cadencias y resonancias, el colorido de las flores como las que cultivaba Marina recreados por lo sublime de una mente lúcida en los extramuros de la cordura, todo el febril divagar de sombras y luces que fue heredando y recomponiendo por la venturanza de nacer y tener la fuerza de defender ese privilegio día a día. Esos óleos no son gratuitos como metáfora. Viera lo ha recordado pues tan sólo ayer ha leído sus *Cartas a Théo* y una frase se le ha quedado grabada: "Yo siento en mí un fuego que no puedo dejar extinguir, que, al contrario, debo atizar, aunque no sepa hacia qué salida esto va a conducirme. No me asombraría que esta salida fuese sombría".

Vivió sus palabras como un presagio indefinible, como la consumación de su perenne intuición de que más allá de las penurias y desengaños, su opción por los humillados y los marginales, y el respeto a su fuego interior, habían constituido sus grandes fuentes de energía.

Al bajar del colectivo a dos cuadras de la embajada de Israel el cielo ya se ha liberado de sus cataratas, brilla de un azul-oro que le quema la piel y Viera comienza a sudar ahogada por la humedad y el calor. "El sol radiante transporta en su masa de fuego el más misterioso destino vital: vivir para el amor o consumirnos en su llama", habían sido las últimas palabras que conocieron de puño y letra de Grisha, dejadas por un desconocido en la puerta de la casa en Kishinev. Volvió a repetirlas, y le trajeron el relato de su madre sentada en la sala de espera de la cárcel de

Samarkanda adonde fue con la esperanza de ver a su hijo tras recibir un aviso oficial de que allí se encontraba recluido. Sentada largas horas en un banco de madera, Brana Fischer se había mantenido estoica y confiada, hasta que se le acercó un guardia asustado, quien miró en rededor y le dirigió la palabra sin preámbulos.

—Yo fui quien le dejó la carta hace mucho tiempo en su casa, señora. No espere más, su hijo, Grisha Gleiser, luego de un juicio sumario, fue fusilado hace tres años—, y se perdió por un pasillo oscuro que desaparecía junto a las tinieblas del crepúsculo.

Brana Fischer decidió creerle al joven guardia, y dio por terminada la búsqueda de su destino incierto. Lo enteró en una tumba en el cementerio de Kishinev junto a su marido, le hizo, de acuerdo a la tradición, a los once meses, una lápida con su nombre, le fijó como fecha de muerte la del último día en que Viera lo vio con vida en Praga, y hasta que falleció le llevó flores y colocó siempre dos piedras en la tumba, una por ella y otra por su hija, para dejar un testimonio de que tampoco su hermana jamás lo había olvidado.

Al cruzar el dintel de la sede diplomática, Viera se libera de los rayos solares, mira el retrato de Golda Meir al final del pasillo principal y siente el alivio que le provoca el aire acondicionado. El reloj de pared frente a su escritorio marca las cuatro y cuarto, se inquieta por el retraso, pero al no ver a su jefa en su cubículo se tranquiliza y va donde Rosa a mostrarle el teléfono.

—Es bello, muy bello, tal vez debería comprarle uno a mi hija para su nuevo departamento en San Telmo, a tres cuadras de la plaza—, le dice su amiga.

—La tarde se ha convertido en un desastre, le cuenta Viera volviendo a su escritorio.

—Hoy saldremos media hora antes, —les grita Lea des-

de la otra punta de la habitación— harán de nuevo una revisión los de la seguridad.

Vuelve a rememorar el sentimiento de Van Gogh y la frase póstuma de Grisha. Las disfruta en la certidumbre de que ambas provienen de almas gemelas. Pero antes de que pueda terminar de acariciar las palabras hasta fundirlas en una sola gran máxima de humanidad, detona el bombazo de un horror anunciado, y la muerte y el exterminio se apoderan de la embajada. Como si los hubiesen expulsado desde un volcán en erupción, todos sus cimientos se destruncan, se tornan áureos, y el edificio estalla y cae derruido.

Atónita, envuelta en el púrpura de sus labios asombrados, en medio del espanto y los gritos agonizantes, Viera inicia su peregrinar hacia el firmamento con el cuerpo desgarrado en astillas de fuego y sangre. Y como un sino maldito del que jamás hubiera podido escapar, ardiendo en las llamas de un odio que intentó vanamente extinguir, emprende el viaje hacia la vastedad del mismo cielo que la vio nacer y morir en todas las latitudes del universo.

OTROS TÍTULOS SERIE NARRATIVA

- LUCÍA GUERRA
Más allá de las máscaras / Novela (1993)
- MARJORIE AGOSÍN
Sagrada memoria / Cuentos (1994)
- DIAMELA ELTIT
Por la patria / Novela (1995 2ª edición)
- PEDRO LEMEBEL
La esquina es mi corazón / Crónicas
(1995 1ª edición, 1997 2ª edición)
- DAUNO TÓTORO
El buscador de ciudades / Cuentos (1995)
- EUGENIA PRADO
Cierta femenina oscuridad / Novela (1996)
- DENISE ASTORECA
Remolinos en la pampa / Cuentos (1996)
- GUADALUPE SANTA CRUZ
El contagio / Novela (1997)
- LUCÍA GUERRA
Frutos extraños / Cuentos
(1995 1ª edición, 1997 2ª edición)
- ANTONIO GIL
Mezquina memoria / Novela (1997)
- MARIE DARRIEUSSECQ
Marranadas / Novela (1997)
- REINA ROFFÉ
La rompiente / Novela (1998)
- MARCELO MELLADO
El objetor / Cuentos (1998)
- EUGENIA PRADO
Lóbulo / Novela (1998)

PRÓXIMOS TÍTULOS

- JUAN FORCH
Bar Paraíso. Los caminos del amor / Cuentos (1999)
- PATRICIO RIVEROS
Cuando las habaneras no tenían calzones /
Cuentos (1999)
- MARJORIE AGOSÍN
El gesto de la ausencia / Antología (1999)



“Mi hija me reclama la espermia roja manando tan caliente como su sangre para velar la figura de su padre convertida en una bestia poseída por un placer torcido. Junto a ese cirio fundido irá nuestro aullido clamando la redención, la fortaleza para cicatrizar las llagas y volver a amar sin ataduras, semejantes a dos lobas en celo, a dos úteros de fuego cabalgando sobre la recreación de milenarios goces postergados”.

Habla materna, una de las tres voces narrativas, de los tres puntos de vista que van construyendo la saga de Viera (la abuela), su hija y Marina (la nieta). Historia que transita por el siglo XX desde Moldavia y Praga, inmediatamente después de la revolución rusa, hasta un Santiago de Chile finisecular aún cautivo de sus discordias y traumas irresueltos. Genealogía de una tríada femenina de ancestros judíos, recorrido de una tradición familiar con sus fortalezas, prejuicios y carencias atávicas, pero que es también una metáfora de las pasiones, errancias y dolores de otros pueblos y mujeres de diversos orígenes.

Por el ojo de la cerradura indaga en el conflicto, en la distancia-atracción entre una madre y su hija (Marina), y nos confronta también con el sufrimiento y la fuerza de Viera, lúcida mediadora, aunque impotente ante la carga emotiva y las tensiones en que se funda el desencuentro filial.

Disputa que coloca también a un obsesivo Diego, testigo y protagonista, ante la disyuntiva de huir, de negar sus sentimientos por Marina, o de esperar sumido en la incertidumbre y la soledad hasta que una incierta sanación de las heridas le abra una esperanza al encuentro y el amor.

Por el ojo de la cerradura es un viaje a las raíces, el rescate de una memoria que pugna por ser nombrada, por constituirse en eslabón, en deseo de atrapar un esquivo devenir.

